

ARENA ABIERTA



**IGNACIO
RAMONET**

IRAK
**HISTORIA DE
UN DESASTRE**

DEBATE



© Oscar Mach

IGNACIO RAMONET, nacido en 1943 en Redondela (Galicia) y criado en Tánger (Marruecos), es director, en París, del mensual *Le Monde diplomatique*. Especialista en geopolítica y estrategia internacional y profesor de teoría de la comunicación en la Universidad Denis Diderot de París, Ramonet es doctor en semiología y en historia de la cultura por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde fue alumno de Roland Barthes. Fundador de ATTAC y uno de los promotores del Foro Social Mundial, entre sus obras destacan *La golosina visual*, *Un mundo sin rumbo*, *La tiranía de la comunicación*, *Rebeldes, dioses y excluidos* y *Guerras del siglo XXI*, que también ha sido publicada en esta colección.

Irak
Historia de un desastre

IGNACIO RAMONET

Título original: *Irak, histoire d'un desastre*

Primera edición: enero de 2005

© 2005, Ignacio Ramonet
© 2005, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2005, Lluís Miralles de Imperial, por la traducción

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-8306-616-5
Depósito legal: B. 51.755-2004

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en Limpergraf
Mogoda, 29. Barberà del Vallès (Barcelona)

C 8 4 6 1 6 5

ESTADO

100 102

Índice

1. La marcha hacia la guerra	9
2. Un giro estratégico	47
3. Manipulaciones y propaganda	65
4. ¿Hacia una nueva era de violencia mundial?	97
5. Un desafío al orden internacional	105
6. Un nuevo mundo se perfila	117
CONCLUSIÓN: El cenagal iraquí 149	
BIBLIOGRAFÍA 157	
ÍNDICE ONOMÁSTICO 161	

La marcha hacia la guerra

La historia está de nuevo en marcha.

ARNOLD J. TOYNBEE

La decisión de atacar Irak se tomó muy pronto. Exactamente el 21 de noviembre de 2001, setenta y un días después de los atentados del 11 de septiembre, cuando George W. Bush iniciaba el undécimo mes de su presidencia y acababa de terminar, en Afganistán,¹ la guerra contra el régimen de los talibanes acusados de

1. La ofensiva estadounidense contra Afganistán empezó el domingo 7 de octubre de 2001; la capital, Kabul, fue tomada por las fuerzas de la Alianza del Norte, apoyadas por Estados Unidos, el lunes 12 de noviembre de 2001. Pero, tres años después de esta victoria, en vísperas de las elecciones presidenciales de octubre de 2004 y dos años y medio después de ser nombrado el primer gobierno de Hamid Karzai, el sueño de los afganos de ver restablecidos la ley y el orden, así como unas instituciones honestas, parece todavía muy lejano. Los talibanes han reconstituido unas fuerzas guerrilleras que acosan a las tropas de la coalición occidental y controlan territorios cada vez más extensos, mientras el país permanece bajo el yugo de las milicias de los señores de la guerra. El cultivo de la adormidera y el comercio del opio se han reanudado y aumentan cada vez más. La comunidad internacional olvida poco a poco sus promesas, y el porvenir de Afganistán, que vuelve a hundirse lentamente en el caos, parece cada día más sombrío.

acoger a los jefes de la red al-Qaeda —y en particular, a Osama Bin Laden—, supuestos responsables de los ataques contra Nueva York y Washington.

Aquel día, a la salida de una reunión del Consejo de Seguridad Nacional² en la Casa Blanca, el presidente se acercó al secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, y le preguntó de sopetón: «¿Qué tipo de plan militar tiene con respecto a Irak?».³ Incluso Rumsfeld, halcón entre los halcones y uno de los primeros en haber querido implicar a Bagdad en la agresión del 11 de septiembre, se sorprendió. Bush insistió: «Pídale a Tommy Franks [por entonces, general en jefe del Mando Central de las Fuerzas Armadas estadounidenses] que estudie los medios que habría que emplear para proteger a Estados Unidos derrocando, si es preciso, a Sadam Husein».

Hacía tiempo que le daba vueltas en la cabeza la idea casi obsesiva de atacar a Sadam Husein. En sus memorias, el antiguo presidente Bill Clinton confirmó que el régimen iraquí constituía una de las preocupaciones centrales de Bush. Al relatar su primer encuentro con su sucesor en diciembre de 2000, antes incluso de la toma de posesión del nuevo presidente electo, Clinton recuerda que, para Bush y su entorno, Irak, sobre todo, y un escudo antimisiles «constituían los principales problemas de seguridad».⁴

2. El Consejo de Seguridad Nacional, ligado a la oficina del presidente, reúne a los miembros del gabinete —vicepresidente, secretario de Estado, secretario de Estado del Tesoro, secretario de Defensa, así como al jefe del Estado Mayor de los ejércitos y al director de la CIA— encargados de aconsejar al presidente en materia de defensa y de política exterior. Bajo la primera administración Bush, la coordinadora del Consejo era Condoleezza Rice, consejera del presidente para la Seguridad Nacional.

3. Bob Woodward, *Plan of Attack*, Simon and Schuster, Nueva York, 2004; trad. fr. *Plan d'attaque*, Denoël, París, 2004.

4. Bill Clinton (*Mi vida*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004) recuerda lo que

Desde el 30 de enero de 2001, diez días después de su toma de posesión y de haber sido declarado oficialmente cuadragésimo tercer presidente de Estados Unidos, en la primera reunión que mantuvo con el Consejo de Seguridad Nacional, Bush pidió a su equipo que estudiara la cuestión que más le preocupaba: de qué modo la falta de estabilidad en Oriente Próximo estaba causada por Irak. Paul O'Neill, por entonces secretario de Estado del Tesoro, que se encontraba presente en esta reunión, lo recuerda así: «En la cúspide acababa de decidirse una nueva orientación, y ese cambio de política iba a alimentar la discusión desde entonces. La hipótesis de partida era que el régimen de Sadam desestabilizaba la región y que era claramente susceptible de poseer armas de destrucción masiva».⁵ Esto sucedía ocho meses antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Está claro que los atentados fueron utilizados como un formidable pretexto para confirmar la voluntad, muy anterior, de atacar Irak y derrocar a Sadam Husein. Hasta este 11 de septiembre, Bush no tenía, por así decirlo, ningún programa de gobierno, tomaba decisiones sobre la marcha y, desde hacía nueve meses, su administración se encontraba atascada. Estos ataques dieron un sentido a su presidencia. Fue como si ese día hubiera comprendido de pronto quién era y cuál era su destino. «Es como si una lámpara se hubiera encendido en su cabeza», dijo Condoleezza Rice, su consejera para la Seguridad Nacional. Bush debió de recordar entonces que un día había declarado: «Estoy investido de una

entonces le respondió: «Le dije que, si se examinaban los últimos ocho años, pensaba que sus mayores problemas de seguridad serían, en este orden: Osama Bin Laden y al-Qaeda; la ausencia de paz en Oriente Próximo; el *impasse* en que se encontraban las potencias nucleares india y paquistaní y los lazos que unían a los paquistaníes con los talibanes y con al-Qaeda; Corea del Norte, y por fin, Irak».

5. Ron Suskind, *The Price of Loyalty*, Simon and Schuster, Nueva York, 2004; trad. fr. *Le Roman noir de la Maison-Blanche*, Saint-Simon, París, 2004, p. 117.

misión divina: promover una visión bíblica de la política desarrollada por Estados Unidos». Por fin había llegado su hora.

Desde el miércoles 12 de septiembre de 2001, el día siguiente a la fecha infausta, cuando los servicios de información ya no tenían ninguna duda sobre la culpabilidad de Osama Bin Laden y cuando el propio George Tenet, por entonces director de la Central Intelligence Agency (CIA),⁶ afirmaba categóricamente que la red al-Qaeda era la autora de las atrocidades, Bush —que acababa de prometer que emprendería «un combate monumental del Bien contra el Mal»— no dudó, una vez más, en pedir a los responsables de la lucha antiterrorista que analizaran «una eventual complicidad de Sadam Husein».

El por entonces jefe del antiterrorismo en la Casa Blanca, Richard Clarke, narra la escena: el presidente, escribe Clarke, «tiene manifiestamente una idea en la cabeza. Hace una seña a algunos de nosotros y cierra la puerta de la sala de conferencias: “Escuchen, sé que tienen un montón de cosas que hacer [...], pero en cuanto sea posible, quiero verles a todos revisando con el máximo cui-

6. George Tenet dimitió de la dirección de la CIA el 2 de junio de 2004. Nombrado por el presidente demócrata Bill Clinton, ocupaba este puesto desde 1997. Después del 11 de septiembre de 2001, Tenet había respondido del valor de las «pruebas» y las manipulaciones sobre la existencia de armas de destrucción masiva. Al dimitir, sirvió de fusible para proteger al presidente Bush. Chivo expiatorio, su cabeza fue ofrecida a una opinión pública irritada por la ausencia de armas de destrucción masiva en Irak, escandalizada por las revelaciones sobre las torturas en la prisión de Abu Ghraib y cada vez más dubitativa con respecto a la aptitud de la administración Bush para gestionar una ocupación de Irak que condiciona ya la seguridad interna de Estados Unidos. El 20 de octubre de 2004, en una conferencia en el Mendel Center del Lake Michigan College, Tenet admitió que los informes de la CIA sobre Irak contenían una información «inconsistente», que nunca habían anunciado la existencia de una «amenaza inminente», pero que la Casa Blanca los había deformado para justificar una invasión que él calificó de «errónea».

dado, desde el principio, absolutamente todo. Comprueben si Sadam está en el origen de todo esto. Vean si está ligado a esto de una manera u otra”. Yo me siento, una vez más, atónito, incrédulo, y seguramente se me nota en la cara: “Pero, señor presidente, es al-Qaeda”. “Lo sé, lo sé, pero [...] comprueben de todos modos si Sadam no está implicado. Vuelvan a mirarlo, eso es todo. Quiero hasta la menor partícula de información.”⁷

Como puede verse, desde el principio Bush aprovechó la ocasión, sacó partido de esta tragedia nacional para imponer sus intenciones sobre Irak, para pasar al ataque y acabar con Sadam Husein. «Ese era el plan —ha reconocido Robert Steele, antiguo oficial de la CIA—. El gobierno solo esperaba un pretexto. El general Wesley Clark⁸ ha dicho públicamente que el 11 de septiembre, cuando los norteamericanos se lanzaban al vacío desde lo alto de las Torres Gemelas dándose la mano, la gente de la Casa Blanca le había llamado para decirle: “Cargádselo a Irak”. No dedicaron un solo pensamiento a nuestros conciudadanos que estaban muriendo, o a los que se suicidaban para escapar de las llamas. Para ellos el 11 de septiembre no era un ataque. Era un regalo.»⁹

7. Richard Clarke, *Against All Enemies: Inside America's War on Terror*, Free Press, Nueva York, 2004; trad. fr. *Contre tous les ennemis. Au coeur de la guerre américaine contre le terrorisme*, Albin Michel, París, 2004.

8. Nacido el 23 de diciembre de 1944, el general Wesley Clark fue el comandante supremo de las fuerzas de la OTAN de 1997 a 2000. A este título dirigió a las fuerzas aliadas en la guerra de Kosovo, en 1999. En la época de los atentados del 11 de septiembre era uno de los principales miembros del Center for Strategic and International Studies (CSIS) en Washington. Fue candidato a la designación por el Partido Demócrata como representante en las elecciones presidenciales de noviembre de 2004, pero finalmente cedió el paso a John F. Kerry.

9. Testimonio recogido en el documental *Le monde selon Bush*, realizado por William Karel y Eric Laurent (2004).

RICHARD CHENEY, «EL RICHELIEU AMERICANO»

En el entorno del presidente, el hombre que buscaba por todos los medios implicar a Irak era el vicepresidente Richard Cheney. «Desde el día siguiente al 11 de septiembre —ha revelado el periodista Stanley Hoffman—, un cierto número de miembros del Pentágono fueron a ver al vicepresidente para decirle: “Es el momento de derrocar el régimen de Sadam Husein”.»¹⁰

Y efectivamente fue Cheney quien convenció al presidente Bush de la necesidad de una acción militar unilateral contra Irak. Paradójicamente, Cheney había sido, en 1990-1991, entonces como ministro de Defensa, el teórico de la guerra del Golfo, librada para establecer el principio de que ningún país puede invadir a otro por una decisión unilateral de un dirigente y sin autorización de la ONU...

A sus ojos, los atentados del 11 de septiembre habían venido a confirmar su visión hobbesiana¹¹ de un mundo dominado por la guerra de todos contra todos. Y de paso confirmaron también su ascendiente sobre el inmaduro presidente, con quien comparte la experiencia de haber tenido, en su juventud, graves problemas con el alcohol y haber sabido superarlos.¹²

10. *Ibidem*.

11. De Thomas Hobbes (1588-1679), filósofo inglés, autor de *Leviatán* (1651), libro en el que desarrolla su filosofía política y asocia el concepto de contrato social al de poder absoluto. Según Hobbes, en el estado de naturaleza los hombres son presa de las pasiones y cada uno posee bastante fuerza para matar a otro. Se trata, pues, de una guerra de todos contra todos. El contrato social permite la aparición de un soberano (en el sentido de poseedor del poder) que garantiza a los hombres la supervivencia.

12. A los veintiún años de edad (nació en 1941), y después de haber fracasado en su intento de entrar en la Universidad de Yale (Bush es diplomado por esta universidad), Cheney cayó en el alcoholismo. Fue detenido en dos oca-

El estatus del receloso halcón Cheney en relación con el presidente es muy particular. Algunos lo representan como el diablo que se encuentra tras Bush, y pretenden que es el vicepresidente más poderoso de toda la historia estadounidense y el hombre más influyente de Estados Unidos. John W. Dean, antiguo consejero del presidente Richard Nixon, lo califica de «gurú cruzado con Rasputín», «primer ministro oficioso» y «Richelieu americano, eminencia gris de George W. Bush».¹³

Junto a un presidente más joven que él, poco experimentado, adepto del fundamentalismo cristiano, nacionalista y poco inclinado al estudio de los informes de política internacional, Cheney ejerce funciones que se sitúan entre las de un superjefe de gabinete y las de un copresidente. Fue él quien, desde el fondo de su seguro búnker, tomó las riendas el 11 de septiembre de 2001, cuando el presidente Bush parecía paralizado. Aquel día encontró el pretexto que le faltaba para invadir Irak.

Cheney tiene la reputación de ser un permanente aguafiestas, un pájaro de mal agüero atormentado por la amenaza de un ataque nuclear inminente. Su pensamiento estratégico radical —que puede resumirse en una frase, «Estados Unidos debe dominar el mundo»— se gestó en la época en que era secretario de Defensa del presidente George H. W. Bush, de 1988 a 1992. Tras constatar que las necesidades militares de Estados Unidos habían cambiado con el fin de la guerra fría y la desaparición de la Unión Soviética, Cheney pidió a su secretario para cuestiones de estrategia

siones por la policía, acusado de conducir con una tasa de alcohol elevada. Estos arrestos produjeron en él un shock y le llevaron a una especie de «reconversión espiritual». Cheney reemprendió sus estudios y terminó brillantemente un doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Wyoming.

13. John W. Dean, *Worse than Watergate: The Secret Presidency of George W. Bush*, Little Brown and Co., Nueva York, 2004; trad. fr. *Bush, le dossier accablant*, Presses de la Renaissance, París, 2004, pp. 158-159.



—que era, precisamente, Paul Wolfowitz, que se convertiría, en 2001, en secretario adjunto a la Defensa junto a Donald Rumsfeld— que constituyera un equipo de unos setecientos expertos en el tema para elaborar una nueva «doctrina estratégica militar para la identificación y la prevención de nuevas amenazas».

Cheney y Wolfowitz fueron los hombres que divulgaron en la prensa, en la primavera de 1992, las nuevas «Recomendaciones para una política de defensa»,¹⁴ que darían lugar a un gran debate. Estas recomendaciones se abstendrían de hacer referencia a las Naciones Unidas o a cualquier otra organización multilateral y proponían que las futuras coaliciones fueran alianzas *ad hoc*, que no deberían mantenerse forzosamente más allá de la crisis que hubiera dado pie a su creación. Insistían en el hecho de que «Estados Unidos actuaría solo cuando no pudiera organizarse una acción colectiva o si fuera necesaria una acción rápida». Y preveían la necesidad de «tomar medidas militares para impedir la proliferación de armas de destrucción masiva, anticipándose, llegado el caso, a un eventual ataque inminente».¹⁵

LOS NEOCONSERVADORES

Estas «recomendaciones» de Cheney y Wolfowitz se convertirían en los fundamentos de la política exterior de los neoconservadores. En efecto, siguiendo esta reflexión estratégica, William Kristol¹⁶

14. *The New York Times*, 8 de marzo de 1992.

15. *Ibidem*.

16. Antiguo jefe de gabinete del vicepresidente (republicano) Dan Quayle, fundador del *Weekly Standard*, órgano de los neoconservadores, y presidente del Project for a New American Century, el *think-tank* electoral de George W. Bush.

y Robert Kagan,¹⁷ los dos principales gurús de los «neocons», publicaron, en julio-agosto de 1996 en la revista *Foreign Affairs*,¹⁸ un largo artículo explicando que el fin de la guerra fría proporcionaba a Estados Unidos la soñada ocasión de ejercer una «hegemonía benevolente» en el mundo gracias a la puesta en marcha de una «política exterior de honor nacional y elevado patriotismo».

En junio de 1997, Kristol y Kagan elaboraron el Project for a New American Century (PNAC),¹⁹ una «organización educativa sin afán de lucro» que iba a desempeñar un papel decisivo en la elección de George W. Bush en noviembre de 2000, ya que el PNAC iba a proporcionar a la *intelligentsia* republicana el cuerpo doctrinal de lo que pronto se conocería con el nombre de «neoconservadurismo». Importantes personalidades se adhirieron a él rápidamente, como Francis Fukuyama, Donald Rumsfeld, Elliott Abrams, Richard L. Armitage, Richard Perle, Paul Wolfowitz y James Woolsey.

El PNAC promovía las ideas geopolíticas de Cheney y Wolfowitz y defendía, en particular, esta «proposición fundamental»: «La hegemonía estadounidense es buena a la vez para Estados Unidos y para el mundo».

Desde 1998, después del informe de Richard Butler, jefe de

17. Fundador y director del Project for a New American Century, es también uno de los miembros principales de la Carnegie Endowment for International Peace, cronista en el *Washington Post*, colaborador del *Weekly Standard* y autor de un ensayo muy comentado: *On Paradise and Power: America and Europe in the New Order*, Vintage Books, Nueva York, 2004. Su esposa, Victoria Nuland, era la representante adjunta de Estados Unidos en la OTAN y fue consejera de política exterior del vicepresidente Richard Cheney.

18. William Kristol y Robert Kagan, «Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy», *Foreign Affairs*, julio-agosto de 1996.

19. Véase el sitio: www.newamericancentury.org/index.html.

la misión de inspección de las Naciones Unidas encargada del desarme iraquí, que criticaba la actitud no cooperativa de Bagdad,²⁰ los miembros más influyentes del PNAC se dirigieron al presidente Clinton para pedirle el «derrocamiento de Sadam Hussein». Su carta terminaba con las siguientes palabras: «Seamos claros: derrocar a Sadam es la única actuación susceptible de responder a los intereses vitales de Estados Unidos».

En septiembre de 2000, el PNAC publicaba un informe titulado *Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century* («Reconstruir las defensas de América: estrategias, fuerzas y recursos para un nuevo siglo»), en el que los autores denunciaban la reducción de los presupuestos de Defensa desde el fin de la guerra fría y declaraban que había que hacer todo lo necesario para «preservar la preeminencia militar americana en el curso de los decenios venideros». Admitían, sin embargo, que esta política difícilmente podría realizarse si no se producía un «cambio revolucionario» de las mentalidades que probablemente sería largo «en ausencia de un acontecimiento catastrófico o catalizador, como un nuevo Pearl Harbor».²¹

20. De resultas de este informe, remitido el martes 15 de diciembre de 1998, el presidente Clinton aconsejó a los inspectores de la United Nations Special Commission (UNSCOM) que abandonaran Irak, y amenazó con recurrir a la fuerza sin aviso previo. El 16 de diciembre de 1998, por orden de Richard Butler, los inspectores abandonaron efectivamente Irak, y en la noche del 16 al 17 de diciembre Estados Unidos y el Reino Unido efectuaron una serie de ataques aéreos contra objetivos iraquíes. Según Clinton, se trataba de «atacar los programas de armas nucleares, químicas y biológicas de Irak y su capacidad militar de amenazar a sus vecinos».

21. El domingo 7 de diciembre de 1941 Japón atacó preventivamente, por sorpresa y sin declaración de guerra, la base estadounidense de Pearl Harbor, situada en la isla de Oahu, en el archipiélago de Hawái. Este ataque, que repetía con medios modernos el dirigido contra los rusos en Port Arthur en 1905, causó 2.403 muertos y provocó la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Este «acontecimiento catastrófico», como es fácil imaginar, fueron los atentados del 11 de septiembre, que estos neoestrategas del PNAC, en cierto modo y por monstruoso que pueda parecer, reclamaban para el cumplimiento de sus anhelos.

Justamente el que estos atentados fueran, en cierta manera, «necesarios», es decir, «indispensables» para la puesta a punto de la política neoconservadora de la administración Bush, explica que pudieran difundirse tantas especulaciones sobre la «complicidad pasiva» de las autoridades y de los servicios de información estadounidenses, acusados de haber cerrado los ojos ante unos indicios abrumadores y, en última instancia, de haber dejado hacer a los terroristas.

Si a esto se añade la enérgica obstrucción, durante meses, del presidente Bush y el vicepresidente Cheney a la constitución de una comisión de investigación oficial sobre los atentados del 11 de septiembre, como si los dirigentes tuvieran algún secreto que ocultar o algún error que encubrir, podrá comprenderse que hicieran aparición decenas de «teorías del complot».²²

Richard Cheney se oponía a cualquier investigación bajo el pretexto de que «un examen de los acontecimientos del 11 de septiembre privaría al esfuerzo de guerra contra el terrorismo de una parte de sus recursos y de su personal».²³ Y es que el vicepresidente tenía prisa por lanzarse a la batalla, en particular contra Irak. Cheney no paraba de declarar que Sadam Husein constituía una amenaza aún mayor que al-Qaeda porque tenía un Estado, un ejército, miles de millones de dólares de los ingresos del petróleo y decenas de laboratorios de investigación y de fábricas que elaboraban, según él, armas de destrucción masiva.

22. Véase Thierry Meyssan, *11 septembre: L'effroyable imposture*, Carnot, París, 2002; y Mathias Bröckers, *Verschwörungen, Verschwörungstheorien und die Geheimnisse des 11.9*, Zweitausendeins Verlag, Frankfurt, 2001.

23. *The Washington Post*, 30 de enero de 2002.

Cheney fue el gran artífice de la tesis según la cual Irak estaba a punto de dotarse del arma atómica. El 26 de agosto de 2002, en un discurso en Nashville ante la asociación de veteranos de las guerras en el exterior, el vicepresidente fue el primero en designar públicamente a Irak como próximo objetivo de una guerra preventiva. Después de haber denigrado a las Naciones Unidas y haber calificado a las inspecciones de «inútiles», declaró: «La amenaza nuclear iraquí justifica un ataque preventivo».²⁴ «Por decir las cosas sencillamente —afirmó—, no cabe duda de que Sadam Husein posee hoy armas de destrucción masiva y de que las acumula para utilizarlas contra nuestros amigos, nuestros aliados y contra nosotros mismos.»²⁵

Cheney estaba persuadido de que la mayor amenaza potencial en el porvenir reside en la unión entre un grupo terrorista y un «Estado potencialmente terrorista». Tenía la convicción de que en un momento u otro, en un futuro próximo, al-Qaeda y el régimen iraquí, movidos por su común odio a Estados Unidos, llegarían a un acuerdo a pesar de sus diferencias. Irak era, a sus ojos, el país más dispuesto (aunque Bagdad no hubiera tomado aún la decisión) a proporcionar armas de destrucción masiva a terroristas. De esta manera, unos locos dispuestos a todo incluso podrían adquirir, según él, artefactos nucleares rudimentarios y utilizarlos contra la población estadounidense. En una especie de exaltación alarmista, Cheney repetía que esta alianza potencial entre «estados potencialmente terroristas» y «terroristas iluminados» era la principal amenaza que se cernía sobre la seguridad de Estados Unidos en los decenios y las generaciones venideras. Este era el motivo por el que quería actuar a cualquier precio, a título preventivo, contra Sadam Husein. Para él, eso era lo único importante.

24. Véase *The New York Times*, 27 de agosto de 2002.

25. Citado en Bob Woodward, *Plan of Attack*; trad. fr. *Plan d'attaque*, p. 184.

PAUL WOLFOWITZ, UN «REPUBLICANO AUTORITARIO»

Calificado por la revista *Time* de «padrino de la guerra de Irak», el otro gran obsesionado por el derrocamiento a cualquier precio de Sadam Husein era Paul Wolfowitz, secretario adjunto de Defensa, nacido en Nueva York en 1943. Según varios testimonios concordantes, Wolfowitz, apoyado por su jefe, Donald Rumsfeld, y por el vicepresidente, Richard Cheney, quiso sacar partido inmediatamente después de la matanza del 11 de septiembre para imponer sus objetivos sobre Irak.

Antiguo alto funcionario del Pentágono en la época en que Richard Cheney era secretario de Estado de Defensa bajo el mandato del presidente Bush padre, Wolfowitz se ha consagrado a la política internacional desde hace más de treinta años, y a veces ha sido descrito como el «Kissinger de la administración Bush». Paul Wolfowitz es la cabeza pensante, el ideólogo supremo de la era Bush y, sin duda, un genio de la política en su versión más maquiavélica.

Este halcón del Pentágono, personaje inquietante —ha sido apodado en ocasiones «el Velocirraptor»—,²⁶ tiene una visión: la de un mundo ideal dominado «con benevolencia» por Estados Unidos, que hace que triunfen en él los ideales democráticos y su fe en la economía de mercado. Wolfowitz es el hombre que ha concebido el nuevo pensamiento político-militar, la doctrina de la hegemonía y la de la guerra preventiva. Su tesis es que no debe emerger ninguna otra superpotencia que rivalice con Estados Unidos. Los norteamericanos solo tienen

26. El velocirraptor («depredador rápido»), un dinosaurio particularmente inteligente, poseía una técnica de caza muy elaborada. Este animal cazaba en grupo y a veces mataba solo por diversión... Fue popularizado por la novela de Michael Crichton *Parque Jurásico*, adaptada al cine en 1993 por Steven Spielberg.

ahora enemigos de poca envergadura, pero Estados Unidos debe arrogarse el derecho de atacarlos si llegasen a constituir una amenaza.

Con este objetivo, Wolfowitz ha preconizado la reforma de las fuerzas armadas. Porque en adelante Estados Unidos no necesitará ya un gran ejército para librar una gran batalla contra un gran enemigo, sino un ejército más flexible, con efectivos más reducidos, dotados de armas inteligentes e interconectados en red. Un ejército con un poder disuasorio colosal, más rápido, apto para librar muchas pequeñas batallas contra cualquier adversario, en cualquier lugar y en cualquier momento.

Generalmente Wolfowitz expresa el punto de vista del grupo de neoconservadores ligados a la seguridad nacional en Washington, veteranos surgidos de las administraciones Reagan y Bush. Muy marcados por la guerra fría, estos neoconservadores se opusieron en el pasado a la distensión con la Unión Soviética y hoy siguen siendo hostiles a la *realpolitik*, al multilateralismo y al *containment* de los adversarios de Estados Unidos. Estos hombres están persuadidos de encontrarse en el origen del hundimiento de la Unión Soviética. Creen verdaderamente que acabaron con ella. Y se dijeron que, si habían conseguido liquidar a la URSS, nada les impedía derribar a todos los imperios del Mal en Oriente Próximo. Consideraban que había llegado el momento de cambiar esta región del mundo y que había que empezar aplastando el régimen de Sadam Husein.

Muchos de estos neoconservadores —Paul Wolfowitz, Richard Perle, Douglas J. Feith, Lewis Libby, Jack D. Crouch, John R. Bolton, etc.— son ferozmente proisraelíes, y pensaban que la liquidación de Sadam Husein beneficiaría en primer lugar a Israel, tanto como a Estados Unidos. «Los neoconservadores —explica el periodista Stanley Hoffman— no ven ninguna contradicción. Lo que es bueno para la derecha israelí, es bueno para Estados

Unidos, y viceversa.»²⁷ «Israel —añade Arnaud de Bochgrave, director del *Washington Times*— es parte integrante del cuerpo político norteamericano. Si se quiere explicar a los árabes nuestra posición, basta con que se hagan a la idea de que Israel es el estado número cincuenta y uno de Estados Unidos. De hecho, tratamos a Israel mejor que a la mayoría de los estados americanos.»²⁸

Wolfowitz encarna esta doble preocupación: defender las ambiciones hegemónicas de Estados Unidos y, a la vez, confirmar la seguridad de Israel tal como la conciben los dirigentes del Likud.²⁹ «Paul Wolfowitz —afirma Robert Steel, antiguo oficial de la CIA— es alguien que ha encontrado su caballo de batalla con Israel y el nuevo conservadurismo. Ninguna otra cosa tiene importancia para él. Ahí encuentra todas las satisfacciones personales, usando y abusando del poder americano.»³⁰

Para todos estos republicanos autoritarios, imperialistas de la democracia, existe un Bien y un Mal, y la misión de Estados Unidos en la posguerra fría consiste en hacer triunfar al Bien. «Estos hombres —explica el periodista estadounidense Bob Woodward— pensaban que no había mayor amenaza en el mundo que Sadam Husein, el presidente de Irak, y sostenían que si el presidente quería perseguir realmente a los que daban co-

27. Testimonio recogido en el documental *Le Monde selon Bush*, realizado por William Karel y Eric Laurent (2004).

28. *Ibidem*.

29. Palabra hebrea que significa «unión», designa al gran partido de la derecha israelí, creado en 1973. Su base ideológica puede resumirse en pocas palabras: promover la extensión de la soberanía israelí sobre todos los territorios al oeste del Jordán (Cisjordania y Gaza), manteniendo al mismo tiempo las reivindicaciones sobre los territorios transjordanos, y hacer valer el respeto de los valores judíos tradicionales.

30. Testimonio recogido en el documental *Le Monde selon Bush*, realizado por William Karel y Eric Laurent (2004).

bijo a los terroristas, debía colocar a Sadam Husein a la cabeza de la lista.»³¹

Wolfowitz defiende este análisis. «Es cierto —confirma Jim Hoagland, editorialista en el *Washington Post*— que Paul Wolfowitz aprovechaba el menor pretexto para sugerir que había que aprovechar todas las ocasiones para derrocar el régimen de Sadam Husein.»³²

Desde hacía tiempo, Wolfowitz quería atacar Irak y aprovechar la ocasión para remodelar todo Oriente Próximo. A propósito del atentado de 1993 contra el World Trade Center,³³ ya había explicado que concentrarse solo en la lucha contra al-Qaeda era «un error» y que había que acorralar al «terrorismo apoyado por Irak...». Sin embargo, todos los servicios de información occidentales sabían que, precisamente desde 1993, Bagdad había dejado de apoyar, financiar o proporcionar ayuda a las acciones terroristas contra los países occidentales.

A pesar de las afirmaciones inmediatas de la CIA y de otros servicios de información sobre la implicación de al-Qaeda en los atentados del 11 de septiembre, Wolfowitz se declaró de entrada escéptico: «Para Wolfowitz —explicaba un testigo— es una operación demasiado sofisticada y demasiado compleja para haber sido

31. Bob Woodward, *Bush at War*, Simon and Schuster, Nueva York, 2002; trad. fr. *Bush s'en va-t-en guerre*, Denoël, París, 2002, p. 80.

32. Testimonio recogido en el documental *Le Monde selon Bush*, realizado por William Karel y Eric Laurent (2004).

33. El 26 de febrero de 1993, al mediodía, un camión cargado de explosivos estalló en el sótano del World Trade Center de Nueva York, matando a seis personas y haciendo temblar las dos torres. Miles de empleados se encontraron prisioneros en los edificios invadidos por el humo y sin electricidad. En 1995, el jeque Omar Abdel Rahman, que residía en Brooklyn y mantenía relaciones con Osama Bin Laden, fue condenado a cadena perpetua por haber «inspirado» el atentado.

obra de una organización terrorista aislada, sin el apoyo de un Estado: Irak ha tenido que ayudarles forzosamente».³⁴

Partiendo de la declaración del presidente Bush en la televisión la noche del 11 de septiembre —«Hemos tomado la decisión de castigar a cualquiera que dé apoyo a terroristas, no solamente a los propios actores»—, Wolfowitz la radicalizó, esbozó la idea de la «guerra preventiva» y señaló, en primer lugar, a Irak. Dos días más tarde, el jueves 13 de septiembre de 2001, se expresó en estos términos: «No se trata solo de capturar prisioneros y obligarlos a que respondan de sus actos, sino de erradicar sus refugios, de erradicar su sistema de ayuda mutua, de poner fin a los estados que apoyan al terrorismo».³⁵

El día siguiente, viernes 14 de septiembre, el Congreso otorgó al presidente Bush el poder «de utilizar toda la fuerza necesaria y apropiada contra las naciones, organizaciones o personas de las que juzgue que han preparado, permitido, cometido o ayudado a los ataques terroristas».³⁶ Y aunque Afganistán era el país al que se apuntaba directamente y el que sería bombardeado a partir del 7 de octubre, para el señor Wolfowitz y sus amigos esta resolución autorizaba también un futuro ataque contra Irak. Bastaba con persuadir a los medios de comunicación y a la opinión pública de que Bagdad había «ayudado» a al-Qaeda.

34. Richard Clarke, *Against All Enemies*; trad. fr. *Contre tous les ennemis*, p. 55.

35. Bob Woodward, *Bush at War*; trad. fr. *Bush s'en va-t-en guerre*, p. 80.

36. Votada por unanimidad en el Senado, esta resolución solo encontró una voz desfavorable en la Cámara de Representantes: la de Barbara J. Lee, demócrata de California. Lee opinaba que la acción militar no garantizaba la seguridad del país, y recomendó: «Al actuar, evitemos perpetrar el mal que deploremos».

DONALD RUMSFELD, EL MAESTRO DE LA GUERRA

El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, no estaba lejos de compartir este sentimiento. Es sabido que desde el 12 de septiembre, en el curso de la primera reunión de crisis dirigida por el presidente Bush, planteó la cuestión de Irak y citó la conveniencia de ampliar los objetivos de la respuesta estadounidense para lanzarse contra este país. «¿Por qué no deberíamos atacar Irak? —preguntó—. ¿Por qué solamente a al-Qaeda?» Un poco más tarde, lamentando la ausencia de «objetivos correctos» en Afganistán, reiteró de nuevo que habría que plantearse bombardear Irak. Orgulloso de la potencia militar de Estados Unidos, Rumsfeld está convencido, como los constructores de imperios de antaño, de que «la fuerza hace el derecho».

Rumsfeld pensaba que «cualquier guerra en gran escala contra el terrorismo debía tener, a fin de cuentas, a Irak como objetivo» y «emitió la hipótesis de que podían sacar provecho de la ocasión que ofrecían los atentados terroristas para atacar inmediatamente a Sadam». ³⁷ Como se ha visto, a partir de esta reunión el presidente retomó por su cuenta la idea al preguntar al secretario de Defensa —que no esperaba tanto— qué planes militares tenía el Pentágono en relación con Irak...

Elegido diputado en 1962, con veintinueve años, en el 13.º distrito de Illinois (una zona residencial del norte de Chicago donde había crecido), Donald Rumsfeld fue nombrado ese mismo año por Richard Nixon para encabezar la Office of Economic Opportunity (OEO), una agencia de lucha contra la pobreza legada por el precedente gobierno demócrata (y que Nixon cerró en 1973), con la misión de depurarla de «izquierdistas». Los dos adjuntos de Rumsfeld en la OEO eran Richard Che-

37. Bob Woodward, *Bush at War*, trad. fr. *Bush s'en va-t-en guerre*, p. 69.

ney, que se convertiría en vicepresidente de Estados Unidos en 2001, y Franck Carlucci, antiguo director adjunto de la CIA y antiguo patrón (hoy presidente de honor) del grupo financiero Carlyle, uno de los principales beneficiarios de los aumentos de los créditos militares decididos por el presidente George W. Bush. ³⁸

Desde hacía tiempo Bush había hecho totalmente suya la tesis defendida por Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz según la cual la medida más urgente que se debía tomar para proteger a Estados Unidos de un nuevo ataque terrorista era destruir el Irak de Sadam Husein.

A partir del 15 de septiembre, cuatro días después de los atentados, Bush reunió en Camp David, en Maryland, a los miembros más importantes de su gabinete y a sus principales consejeros en temas de seguridad. Estuvieron presentes el vicepresidente Cheney, el secretario de Estado Colin Powell, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, y su adjunto, Paul Wolfowitz. Y acudieron también: Condoleeza Rice, consejera del presidente para cuestiones de seguridad; George Tenet, director de la CIA; Robert Mueller, director del FBI; el general Shelton, jefe del Estado Mayor; Lewis Libby, jefe de gabinete de Cheney, y Andrew Card, jefe de gabinete de Bush.

Era un consejo de guerra. En un momento dado, Condoleeza Rice preguntó: «Si el ataque contra Afganistán fracasa, ¿se puede plantear otro tipo de expedición?».

Wolfowitz respondió: «Sí, contra Irak. Es la ocasión de hacerlo, y es mucho más fácil que contra Afganistán. Además —añadió—, Irak desarrolla armas de destrucción masiva y arde en deseos de utilizarlas. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades

38. Léase François Missen, *Le Réseau Carlyle. Banquier des guerres américaines*, Flammarion, París, 2004.

de que Sadam Husein se encuentre detrás de los atentados del 11 de septiembre».³⁹

El presidente Bush escuchó con mucha atención. Dos días después, el 17 de septiembre, todo el equipo se reunió en el rancho presidencial para poner a punto, en secreto, el derrocamiento de Sadam Husein.

Tres días más tarde, el 20 de septiembre, dirigiéndose al conjunto de los elegidos al Congreso en Washington, y ante su invitado Tony Blair, primer ministro británico, Bush dejó planear la amenaza: «Nuestra guerra contra el terror empieza por al-Qaeda, pero no se detendrá ahí [...]. No cesará hasta que cada grupo terrorista, se encuentre donde se encuentre, sea localizado, neutralizado y eliminado. Ahora cada nación, en todas las regiones del mundo, debe decidir si está con nosotros o con los terroristas».

Al día siguiente, el periódico de difusión nacional *USA Today* publicó una información de capital importancia: el espía iraquí Ahmed Khalil Ibrahim Samir al-Ani, cónsul y segundo secretario de embajada en Chequia, se había reunido, el 8 de abril de 2001, en Praga con Mohamed Atta, jefe de los comandos suicidas del 11 de septiembre, y le había entregado el dinero y los documentos necesarios para cometer los atentados. El vínculo entre el régimen de Sadam Husein y la red de Osama Bin Laden quedaba, así, demostrado.

Esta información procedía de una sola fuente y nunca sería confirmada. De hecho, parece que fue fabricada en todos sus detalles.⁴⁰ Pero serviría, de todos modos, para apuntalar las sospechas

39. Véase Stefan Aust y Cordt Schnibben, coordinadores, *Irak, historia de una guerra moderna. Una investigación de la revista Der Spiegel* (traducido del alemán por Sergio Pawlowsky), Galaxia Gutenberg, Madrid, 2004, p. 29.

40. El FBI demostró que, el 8 de abril de 2001, Mohamed Atta se encontraba en Virginia Beach, en Estados Unidos, donde alquiló un coche para dirigirse a Florida.

expresadas por Wolfowitz sobre los supuestos lazos existentes entre Bagdad y al-Qaeda, y serviría de pretexto a las acusaciones contra Irak.

A partir de ese instante, el presidente Bush hizo creer premeditadamente a los norteamericanos que Irak había desempeñado algún papel en los atentados del 11 de septiembre, y atizó así las ansias de revancha.

El sábado 10 de noviembre de 2001, hablando ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en nombre de «la guerra de la civilización contra la barbarie», Bush lanzó una advertencia solemne al mundo: «Quien no está con nosotros está con los terroristas».

Y el martes 29 de enero de 2002, en su discurso sobre el estado de la Unión, ante el Congreso, pronunció finalmente de forma abierta la condena a Irak y a Sadam Husein: «Nuestra guerra contra el terror no ha hecho más que empezar. Irak sigue proclamando su hostilidad hacia nosotros y apoyando el terror. El régimen iraquí desarrolla en secreto, desde hace más de diez años, gérmenes de ántrax, gases mortales y armas nucleares. Este régimen ha aceptado inspecciones internacionales para acabar por expulsar [en 1998] a los inspectores. Este régimen tiene algo que ocultar al mundo civilizado. Estados como estos, y sus aliados terroristas, constituyen un Eje del Mal⁴¹ que se arma para amenazar al mundo. Al tratar de procurarse armas de destrucción masiva, estos regímenes representan un peligro grave y creciente. El precio de la indiferencia sería catastrófico. Estados Unidos hará lo

41. La denominación establecía, además, una especie de vínculo con la causa sagrada de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), que enfrentó a las democracias con las potencias del Eje (Berlín, Roma, Tokio), y recordaba también la expresión «Imperio del Mal», empleada por Ronald Reagan para designar a la Unión Soviética.

necesario para garantizar la seguridad de la nación. No esperaré sin reaccionar mientras los peligros se acumulan».

A partir de este instante, sin que estuviera probada ninguna acusación, la máquina de guerra y los planes de ataque contra Bagdad se pusieron en marcha de forma inexorable. En torno al presidente Bush y el vicepresidente Cheney, un pequeño grupo de halcones iba a elaborar la estrategia diplomática y militar para atacar Irak. El secretario de Estado, Colin Powell, participó igualmente, si bien defendió la necesidad de tener en cuenta a la ONU y el punto de vista de los principales aliados de Washington.

Lo que este grupo se disponía a hacer —responder al terrorismo con una estrategia belicista atacando preventivamente un país— era una novedad en la historia de Estados Unidos. No tenía precedentes. Como afirma John W. Dean, antiguo consejero de Richard Nixon, «Estados Unidos nunca ha agredido militarmente a otra nación antes de haber sido él mismo objeto de un ataque». ⁴² Pero Irak no había atacado a Estados Unidos.

DERROCAR A SADAM HUSEIN

A principios de 2002, el vicepresidente Cheney informó a la CIA sobre rumores e informes imprecisos que, según dijo, le habían proporcionado «servicios secretos extranjeros» y que hacían referencia a una pretendida tentativa de Bagdad de comprar en secreto uranio a Níger. Así, en febrero de 2002 George Tenet, el jefe de la CIA, decidió enviar a Niamey a un diplomático de carrera, Joseph Wilson —antiguo embajador en Gabón y el último diplomático estadounidense en entrevistarse con Sadam Husein—, para que llevara a cabo una investigación *in situ*. Aquella información

42. John W. Dean, *Worse than Watergate*; trad. fr. *Bush, le dossier accablant*, p. 211.

podía confirmar los temores expresados en numerosas ocasiones en el sentido de que Sadam Husein estaba avanzando a toda velocidad hacia la puesta a punto de armas nucleares, lo que haría tanto más urgente la liquidación del régimen iraquí.

En su libro *Plan of Attack*, el periodista Bob Woodward da a entender que inicialmente el presidente Bush se hubiera contentado con derrocar a Sadam Husein recurriendo a una acción clandestina ejecutada por comandos especiales. Fomentar un golpe de Estado para eliminar al presidente iraquí sin desencadenar una guerra: ese era, según Woodward, el proyecto inicial de George W. Bush. Pero los servicios de información, y la CIA en particular, le indicaron que se trata de una misión imposible por dos razones. En primer lugar, porque el régimen de Sadam Husein, a causa de su naturaleza (que él mismo había surgido de un golpe de Estado y había desbaratado posteriormente decenas de conspiraciones para derribarlo), estaba totalmente blindado contra los golpes de Estado. En segundo lugar, porque la CIA, a consecuencia de los virajes sucesivos de la política estadounidense, ⁴³ se había ganado la hostilidad de una gran parte de los potenciales cómplices (kurdos, shiíes, generales, opositores, etc.) de la operación de desalojo. Por este motivo, al final se mantuvo la opción del ataque militar masivo. El general Franks pidió que esta opción fuera anunciada públicamente como la única que se mantenía, para volver a dar esperanzas en el interior de Irak a los adversarios del régimen, que así podrían ayudar confiadamente a los primeros comandos especiales que se infiltrarían para preparar el ataque.

43. Washington fue aliado de Sadam Husein de 1980 a 1989, durante la guerra de Irak contra Irán; luego le atacó, después de la invasión iraquí de Kuwait. En 1991, después de la guerra del Golfo, Estados Unidos llamó a los kurdos y los shiíes a levantarse contra el régimen de Sadam Husein, pero cuando se rebelaron Washington los abandonó y las fuerzas iraquíes aplastaron las revueltas a sangre y fuego.

Presionado por Colin Powell, así como por el primer ministro británico Tony Blair, el presidente Bush rechazó, sin embargo, esta vía y mantuvo, al menos en público, las dos opciones oficiales: preparación de una invasión militar y discusiones diplomáticas en el seno de la ONU para buscar una solución de recambio. En cualquier caso, Bush estaba convencido de que la presión militar y la amenaza de un ataque contra Bagdad favorecían las gestiones diplomáticas.

El 12 de febrero, en su declaración ante una comisión del Senado, Colin Powell reconoció que, desde 1998, la línea política de Estados Unidos había sido la de un «cambio de régimen» en Irak, y se vio forzado a confesar: «Estamos estudiando una serie de opciones susceptibles de facilitar la realización de este objetivo».

Powell había cambiado mucho, ya que un año antes, el 24 de febrero de 2001, siete meses antes de los atentados del 11 de septiembre, interrogado en El Cairo sobre las sanciones impuestas por la ONU a Bagdad, había formulado una tesis muy diferente a propósito de Irak: «Las sanciones existen para contener las ambiciones de Sadam Husein y disuadirle de desarrollar armas de destrucción masiva. Y, francamente, esto ha funcionado. Sadam Husein no ha desarrollado ninguna capacidad significativa en lo que concierne a las armas de destrucción masiva. Ni siquiera está en condiciones de utilizar armas convencionales contra sus vecinos».⁴⁴ En resumen, según él no había en esa época ninguna razón para atacar Irak.

Powell había mantenido esta misma actitud durante una comparecencia previa ante la comisión de Asuntos Exteriores del Senado el 15 de mayo de 2001. Entonces, el secretario de Estado había sido interrogado por el senador Bennet, que le había planteado la siguiente pregunta: «¿Cuál es nuestro grado de preocupación

44. *El País*, Madrid, 1 de febrero de 2004.

con respecto al progreso de los programas de armas químicas y biológicas de Sadam Husein?». Powell había respondido: «El régimen iraquí está bastante debilitado. Ya no tiene la capacidad de hacer diez o doce años. Ha sido contenido. Incluso aunque no dudemos de que prosigue sus programas para desarrollar armas de destrucción masiva, pienso que las mejores estimaciones de nuestros servicios de información dan a entender que no ha tenido mucho éxito en este aspecto. Es evidente que controla todavía algunos depósitos de este tipo de armas, pero no ha sido capaz de avanzar ni de obtener la capacidad necesaria para utilizar este tipo de sistema o simplemente de poseerlo».⁴⁵

Declaraciones muy diferentes, como puede verse, a las que hizo un año más tarde, el 5 de febrero de 2003, en su célebre intervención ante el Consejo de Seguridad de la ONU.

EL ASESINATO DE ESTADO

En abril de 2002, el primer ministro británico, Tony Blair, se entrevistó con el presidente Bush en Washington y le remitió un informe secreto, elaborado por sus servicios de información, en el que se describían de forma muy precisa las amenazas que representaban «las armas de destrucción masiva» que poseía Bagdad.

Dos meses más tarde, el domingo 1 de junio de 2002, ante varios miles de cadetes de la Academia Militar de West Point, el presidente Bush completó en cierto modo su discurso de enero sobre el estado de la Unión anunciando lo que podría considerarse como el nacimiento de una nueva era.

Si antes Estados Unidos se contentaba con contener las amenazas o disuadir a sus autores, en adelante lucharía preventivamente

45. *Ibidem*.

contra ellas: «En el mundo en que hemos entrado —declaró—, solo hay un camino para la seguridad, y este camino es el de la acción. Y esta nación actuará. No ganaremos la guerra contra el terror manteniéndonos a la defensiva. Debemos llevar la batalla al campo del enemigo, desbaratar sus planes y afrontar las peores amenazas antes de que emerjan».

Con estas palabras —sugeridas por Cheney y Wolfowitz—, Bush modificaba el fundamento de varios decenios de estrategia estadounidense de seguridad nacional y de política exterior. Como en la época de los grandes imperios, el instrumento militar volvía a convertirse en una herramienta decisiva de la política exterior.

A partir del 22 de julio, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, dirigía una orden secreta a las fuerzas especiales de los servicios de información, autorizándolas a «capturar terroristas» y «si es necesario, matarlos» en cualquier parte del mundo. Durante cerca de treinta años, la idea misma del «asesinato de Estado» había sido desterrada por las diferentes administraciones estadounidenses. En 1975, las revelaciones sobre las tentativas de la CIA para eliminar a Fidel Castro y a otros «enemigos de la nación estadounidense»⁴⁶ habían provocado una severa condena por parte de la comisión senatorial presidida por Frank Church: «Estas agresiones concertadas violan los preceptos morales sobre los que hemos fundado nuestro estilo de vida. Rechazamos categóricamente la idea de que Estados Unidos pueda justificar tales actos invocan-

46. A finales de los años sesenta, en Vietnam, unidades de las fuerzas especiales asociadas a la CIA tenían establecido un plan, llamado plan Phoenix, que consistía en liquidar, a partir de datos proporcionados por informadores, a agentes del Norte instalados en pueblos del Sur. A finales de 1970, más de ocho mil procomunistas o supuestos procomunistas habían sido eliminados. Investigaciones ulteriores probaron que a menudo se trataba de gente sin relación con la guerra de la que algunos responsables sudvietnamitas habían querido desembarazarse por razones personales...

do normas que son las de los estados totalitarios». En 1976, en una «orden ejecutiva» que permanece en vigor puesto que nunca ha sido abolida, el presidente (republicano) Gerald Ford había prohibido explícitamente el asesinato político.

Esto no impidió que Rumsfeld, ese 22 de julio de 2002, invitara al general Charles Holland a elaborar un plan que permitiera «detectar y liquidar a los miembros comprobados de organizaciones terroristas [...], siendo el objetivo el de proceder a su detención si fuera posible, a su captura, su interrogatorio y su eliminación en caso necesario».⁴⁷

En la práctica, pues, el asesinato de Estado había sido restablecido, con grave perjuicio para numerosos oficiales estadounidenses, como un coronel de las fuerzas especiales que expresaba así su inquietud al periodista Seymour Hersh: «Las supercherías estratégicas y los asesinatos perpetrados por militares en todos los rincones del mundo acabarán por definirnos. Estos actos nos dirán quiénes somos y en qué deseamos convertirnos como nación. Los efectos secundarios serán enormes. No se puede gestionar la imagen de Estados Unidos a golpe de artimañas y de maquillajes estratégicos. No se puede transformar a nuestro país en un vigilante planetario obsesionado con la aniquilación de sus enemigos».⁴⁸

HACIA LA GUERRA

El 4 de agosto, el senador demócrata Joseph Biden, presidente de la comisión de Asuntos Exteriores del Senado, declaró a la pren-

47. Citado por Seymour Hersh, *Permission de tuer. Les nouveaux services secrets, Les empêcheurs de penser en rond*, París, 2004, p. 15 (hay trad. cast.: *Obediencia debida: del 11-S a las torturas de Abu Ghraib*, Aguilar, Madrid, 2004).

48. *Ibid.*, p. 27.

sa: «Probablemente habrá una guerra contra Irak». Los medios de comunicación solo hablaban de esto y especulaban sobre la fecha de inicio de las hostilidades. Según los sondeos, el 70 por ciento de los estadounidenses aprobaban en esta época al presidente Bush, y el 60 por ciento eran favorables a un ataque contra Irak.

A partir de principios de septiembre de 2002, se sentía que la guerra contra Irak era inexorable. Por tierra, mar y aire, una formidable máquina militar mandada por el general Tommy Franks se agrupaba al sur de Mesopotamia, en Qatar y en Kuwait. La logística estaba casi lista. Las cámaras de las televisiones de todo el mundo también empezaron a acudir a la zona. La orden de abrir fuego no podía tardar.

La decisión formal de atacar se había tomado en agosto, pero no fue anunciada hasta septiembre porque, según la frívola expresión de Andrew Card, secretario general de la Casa Blanca, «desde un punto de vista de marketing, no se lanza un nuevo producto en agosto». ⁴⁹ Por esta razón esperó Bush al 12 de septiembre, día siguiente al aniversario de los atentados, para reclamar al Consejo de Seguridad de la ONU una resolución que autorizara una intervención en Irak. Sin la menor prueba, declaró:

El peligro contra nuestro país es grave. Y no deja de crecer. El régimen iraquí está en posesión de armas biológicas y químicas. Construye las instalaciones necesarias para su fabricación. Y, según el gobierno británico, el régimen iraquí está en condiciones de desencadenar un ataque en los cuarenta y cinco minutos siguientes a que se dé la orden. Este régimen mantiene relaciones continuadas con los terroristas de al-Qaeda en el propio Irak. Su objetivo es construir una bomba nuclear y, con material fisible, podría conseguirlo en el plazo de un año.

49. *The New York Times*, 12 de septiembre de 2002.

Para apoyar este paso, el 24 de septiembre de 2002, en Londres, el gobierno de Blair hacía público un documento titulado: «Las armas de destrucción masiva en Irak. Evaluación del gobierno británico, elaborado en colaboración con el Joint Intelligence Committee». ⁵⁰ Su contenido recogía de nuevo las informaciones que el señor Blair había transmitido al presidente Bush con ocasión de su visita a Washington en abril.

En un corto prefacio de su propia mano, Blair explicaba que este informe era «en gran parte secreto» y afirmaba que su publicación representaba «un hecho sin precedentes» pero que quería «compartir con el público británico las razones» por las que consideraba que Irak constituía «una amenaza seria y actual para el interés nacional del Reino Unido». Declaraba que los servicios de información habían «establecido sin la menor duda» que Sadam Husein había «seguido produciendo armas químicas y biológicas», que proseguía «sus esfuerzos para desarrollar armas nucleares» y que había sido «capaz de aumentar el alcance de su programa de misiles balísticos». Blair añadía: «Creo también que Sadam hará todo lo posible por ocultar sus armas a los inspectores de la ONU [...]. La política de contención no ha dado resultados satisfactorios para impedir a Sadam desarrollar sus armas». Y concluía: «Este informe revela que la planificación militar [del régimen de Bagdad] permite que algunas de las armas de destrucción masiva estén listas cuarenta y cinco minutos después de que se haya dado el orden de utilizarlas».

El informe mencionaba entre sus conclusiones el asunto del uranio de Níger: «Sadam Husein ha tratado de procurarse cantidades significativas de uranio en África sin disponer de ningún programa nuclear civil que pueda justificarlo».

50. Organismo creado en 1936 que reúne a los jefes de los tres servicios de información británicos, así como a los responsables del gobierno.

En el curso de este mes de septiembre, cuando ya se disponía todo para la invasión de Mesopotamia, el presidente Bush declaró al recibir en la Casa Blanca a miembros de la Cámara de Representantes: «La guerra contra el terrorismo va bien. Estamos acorralando uno tras otro a los miembros de al-Qaeda. La mayor amenaza, sin embargo, es Sadam Husein y sus armas de destrucción masiva. Sadam Husein puede hacer estallar Israel, lo que desencadenaría un conflicto internacional [...]. Tomaremos los campos petrolíferos desde el principio y atenuaremos el impacto petrolero. ¡Que ninguno de los presentes repita esto a nadie!».⁵¹

Esta confidencia tiene una importancia capital, ya que revela de forma transparente que, entre las causas de esta guerra, algunas son públicas y oficiales —las «armas de destrucción masiva» que supuestamente poseía Sadam Husein, así como los lazos supuestamente existentes entre este y la red al-Qaeda—, mientras que otros objetivos permanecen ocultos: en particular, apoderarse de los campos petrolíferos de Irak.

UNA SITUACIÓN ÚNICA

La administración estadounidense hablaba ahora de forma abierta de una guerra contra Irak, antes incluso de pedir a la CIA, como es habitual en estos casos, un National Intelligence Estimate (NIE), un informe preciso sobre la amenaza específica que representaba el régimen iraquí. Era una situación realmente insólita. Porque esto significa que en agosto de 2002, cuando la guerra ya estaba decidida, todavía no se había presentado a la CIA una petición oficial de elaboración de un documento que evaluara la amenaza que podían representar las eventuales armas de destrucción masiva que Irak poseía.

51. Citado por Bob Woodward, *Plan of Attack*, trad. fr. *Plan d'attaque*, p. 205.

Se trata de una situación realmente única —consideraba Ray McGovern, veterano de la CIA y autor en otro tiempo de informes decisivos sobre la guerra del Vietnam y sobre la guerra fría—. Durante mis veintisiete años de experiencia en el seno de la CIA, cuando la Casa Blanca debía adoptar una decisión importante en materia de política exterior, los organismos de información elaboraban lo que llamamos un National Intelligence Estimate, un documento oficial firmado en la primera página por el director de la CIA. En este informe se dice al presidente de Estados Unidos lo que la Agencia piensa de la situación, es decir: ahí tiene nuestra mejor valoración, la ponemos a su disposición para que le ayude a tomar sus decisiones. Así ocurrió en el caso de Cuba, Vietnam o sobre las fuerzas estratégicas de la antigua Unión Soviética. En el caso de Irak no se pidió ningún documento parecido antes de adoptar la decisión de hacer la guerra. Es uno de los hechos más curiosos de esta historia. La decisión de atacar se tomó a más tardar en la primavera de 2002, sin ningún informe de este tipo [...]. Pienso que la Casa Blanca no reclamó un informe semejante porque no estaba segura de que las conclusiones del documento fueran las que necesitaba.⁵²

El 7 de octubre de 2002, con objeto de convencer al Congreso para que autorizara el uso de la fuerza contra Irak, el presidente Bush recogió de nuevo el argumento de la compra de uranio a Níger por parte de Bagdad: «Irak —afirmaba— ha tratado de comprar tubos de aluminio altamente concentrado y otros equipos indispensables para las centrifugadoras de gas para enriquecer el uranio y fabricar armas nucleares».

El viernes 11 de octubre de 2002 se sometió al Congreso la petición del presidente Bush de autorizar «el uso de la fuerza militar en Irak». «Después de una parodia de debate que duró menos de una semana —comenta un analista—, la resolución

52. Entrevista con Ray McGovern, *El País*, Madrid, 10 de marzo de 2004.

conjunta que daba al presidente el poder de ordenar la invasión de Irak cuando lo creyera oportuno y por cualquier razón que le pareciera digna o adecuada fue votada apresuradamente por una mayoría dócil, tanto en el Senado (77 votos contra 23) como en la Cámara de Representantes (296 contra 133).⁵³ Pocos representantes electos se preguntaron por qué Estados Unidos debía atacar a Irak si este país no había atacado a Estados Unidos...

A principios de ese mismo mes de octubre, la CIA remitió por fin al presidente un informe de evaluación sobre Irak. La Agencia afirmaba: «Existen incluso posibilidades de que los iraquíes estén poniendo a punto cultivos de gérmenes de viruela» para utilizarlos como armas biológicas. El documento constataba que «por medio de los recursos de la ingeniería genética, probablemente han desarrollado otros agentes de armas biológicas». Recogido a su vez por los grandes medios de comunicación, este argumento de las armas biológicas, que se añadía a las otras acusaciones sobre las armas nucleares y de destrucción masiva, hizo que soplara sobre el mundo un viento de espanto.

LA RESOLUCIÓN 1441

En este contexto presentó Washington a las Naciones Unidas, el viernes 8 de noviembre, la resolución 1441. Los quince miembros del Consejo de Seguridad (entre ellos, Francia) la votaron unánimemente. La resolución dirigía un ultimátum a Irak: si Sadam Husein persistía en faltar a sus obligaciones en materia de desarme, se expondría a «graves consecuencias». Francia, Rusia y China entendían por «graves consecuencias» que la ONU debería votar

53. Lewis Lapham, *Gag Rule: On the Stifling of Dissent and the Suppression of Democracy*, Penguin Press, Nueva York, 2004.

entonces una nueva resolución autorizando explícitamente el uso de la fuerza. Para el presidente Bush no significaba sino la luz verde para ir a la guerra.

Porque la decisión firme de invadir Irak se había tomado hacía ya más de dos meses. Scott Ritter, antiguo jefe de los inspectores de las Naciones Unidas para el desarme en Irak de 1991 a 1998, sostiene que, según un informe secreto del Departamento de Defensa elaborado después de la invasión de Irak y del que se hizo eco el *Washington Post* en septiembre de 2003, «el presidente Bush aprobó la estrategia de la guerra contra Irak en agosto del año pasado [la fecha exacta es el 29 de agosto de 2002]; es decir, ocho meses antes de que se lanzara la primera bomba y seis meses antes de que pidiera al Consejo de Seguridad de la ONU un mandato que nunca recibió».⁵⁴

Nada, desde el punto de vista de la legalidad internacional, autorizaba semejante agresión. En una entrevista concedida a la BBC el 15 de septiembre de 2004, Kofi Annan, secretario general de las Naciones Unidas, reafirmó, por otra parte, que «los invasores de Irak hubieran debido tener una autorización de la ONU. Pero no la tuvieron. Se trataba, pues, de una *invasión ilegal*».⁵⁵ En vísperas de la agresión, los inspectores enviados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para descubrir eventuales «armas de destrucción masiva» seguían sin haber obtenido resultados. El informe elaborado por el equipo que presidía el diplomático sueco Hans Blix y remitido a la ONU el 27 de enero de 2003 no era concluyente.

Esto no fue obstáculo para que el presidente Bush, en su discurso sobre el estado de la Unión del día siguiente, 28 de enero

54. Scott Ritter, «Tout le monde ne s'est pas trompé en Irak», *Le Monde*, 11 de febrero de 2004.

55. *International Herald Tribune*, 17 de septiembre de 2004.

de 2003, insistiera en las acusaciones (sin fundamento) que engañarían al Congreso y a la opinión pública.

Sadam Husein —afirmó— dispone de instalaciones capaces de producir al menos 5.000 toneladas de gas sarín, gas mostaza y sustancia neurotóxica VX. Los servicios de información estadounidenses nos han informado de que Sadam Husein podría disponer de cerca de 30.000 proyectiles que puede transportar agentes químicos. Los inspectores de la ONU han encontrado dieciséis, a pesar de las declaraciones de Sadam Husein que negaba su existencia. Sadam Husein se niega a rendir cuentas de los otros 29.984 proyectiles prohibidos. Se niega a decirnos qué ha hecho con ese material. No ha dado ninguna prueba de que lo haya destruido. Sadam Husein posee suficientes instalaciones para producir 38.000 litros de toxinas de botulismo, con las que se podría provocar una parada respiratoria mortal en millones de personas. Los servicios de información nos han comunicado que ha tratado de adquirir tubos de aluminio que se utilizan en la producción de armas nucleares. La Agencia Internacional de la Energía Atómica confirmó, en los años noventa, que Sadam Husein tenía un programa de desarrollo de armas nucleares.

Y Bush repitió también, una vez más, la acusación sobre el uranio de Níger. «El gobierno británico —afirmó— ha sabido que Sadam Husein ha intentado procurarse importantes cantidades de uranio en África.»

LA INTOXICACIÓN DE COLIN POWELL

El 3 de febrero de 2003, para tratar de convencer a los miembros dubitativos del Consejo de Seguridad de la ONU y preparar la gran intervención, ante ese mismo Consejo, del secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, el 5 de febrero, el gobierno

británico difundió un nuevo documento «elaborado a partir de numerosas fuentes, incluyendo informes de los servicios de información» titulado «Irak, su infraestructura de ocultación, mentiras e intimidación».

Dos días más tarde, con George Tenet, director de la CIA, sentado detrás de él como para cubrirle, Colin Powell expuso ante el Consejo de Seguridad, durante noventa minutos, la gravedad de la situación. Su intervención era de capital importancia. En ese momento se alcanzaba el punto culminante del drama de la preguerra. La opinión mundial seguía reclamando las pruebas indiscutibles que acusaran a Bagdad y justificaran el ataque que se preparaba. La exposición fue retransmitida en directo por centenares de cadenas de televisión y seguida en directo por millones de telespectadores. Se trataba de convencer a la comunidad internacional de que la guerra no era un capricho de Estados Unidos, sino que era necesaria para la seguridad del mundo y, por tanto, inevitable.

«Cada una de mis afirmaciones, queridos colegas —declaró Powell en tono grave y solemne—, está fundada en fuentes sólidas, muy sólidas. No se trata de simples afirmaciones. Lo que les presentamos son hechos y conclusiones fundadas en un riguroso trabajo de información.» A través de Powell, el objetivo de la administración Bush era mostrar, con el apoyo de «pruebas», que los inspectores de desarme de las Naciones Unidas no hacían correctamente su trabajo y que estaban siendo engañados por las autoridades iraquíes.

«Poseemos descripciones de primera mano —añadió Powell— de fábricas móviles de producción de armas químicas sobre ruedas y sobre raíles para evitar ser detectadas por los inspectores.» Y mostró ampliaciones de fotos, tomadas a partir de satélites espía, donde se podían ver grandes camiones entrando y saliendo de edificios aislados.

Parecía una película de intriga. Agitando con gesto grave un tubo de laboratorio que parecía contener un gas mortífero, dijo: «Una sola gota de gas nervioso VX derramada sobre la piel puede matar a una persona en unos minutos». Mostró un frasco que contenía unos polvos blancos que presentó como «cepas de ántrax». «Dos cucharaditas de este polvo blanco —afirmó en tono dramático ante un auditorio petrificado por la emoción— lanzadas sobre las ciudades americanas pueden matar a miles de americanos.» Hizo escuchar grabaciones de conversaciones en árabe (subtituladas en inglés) captadas por agentes *in situ* que, según él, probaban que los iraquíes ocultaban las armas a los inspectores de las Naciones Unidas. Y acabó afirmando que existían vínculos entre el régimen de Sadam Husein y los terroristas de al-Qaeda sin aportar pruebas.

Se explica que no lo hiciera, porque jamás ha podido establecerse ningún lazo creíble entre Bagdad y las redes terroristas islamistas y en particular con al-Qaeda. «Nunca creí en ello —declaró, a propósito de estos supuestos lazos, el general estadounidense William E. Odom, director entre 1985 y 1988 de la National Security Agency—. ¿Por qué Sadam Husein hubiera debido correr el riesgo de asociarse con al-Qaeda? Él nunca ha confiado en los grupos terroristas.»⁵⁶

Met Goodman, agente de la CIA durante veinte años, lo expresa con la misma contundencia: «Irak no estaba en el mapa del terrorismo. Sadam Husein y Bin Laden eran enemigos notorios».⁵⁷ Bent Scowcroft, un hombre próximo a Bush y antiguo consejero de Seguridad Nacional del presidente George H. W. Bush, es

56. Testimonio recogido en el documental *Le Monde selon Bush*, realizado por William Karel y Eric Laurent (2004).

57. Declaración en el documental de Robert Greenwald *Uncovered: The Whole Truth about the War on Iraq* (2003).

de la misma opinión. Scowcroft publicó en el órgano del mundo de los negocios, el *Wall Street Journal*, un artículo titulado «¡No ataquéis a Sadam!», en el que afirmaba: «Los indicios que vinculan a Sadam con organizaciones terroristas son escasos. Y lo son aún más en lo que se refiere a los atentados del 11 de septiembre. En realidad, los objetivos de Sadam tienen poco que ver con los terroristas que nos amenazan, y pocas cosas le incitan a hacer causa común con ellos».⁵⁸

También el juez antiterrorista francés Jean-Louis Bruguière es muy claro al respecto: «No hemos encontrado ninguna prueba de lazos entre Irak y al-Qaeda, y trabajamos sobre cincuenta casos que implican a al-Qaeda o a células radicales islamistas. Pienso que si estos lazos existieran los habríamos detectado. Pero no hemos encontrado ninguna conexión de ningún tipo».⁵⁹

Ebrios de poder, Bush y su entorno han engañado a los ciudadanos estadounidenses y a la opinión pública mundial. Sus mentiras constituyen, según el profesor Paul Krugman, «el peor escándalo de la historia política de Estados Unidos, peor que el Watergate, peor que el Irangate».⁶⁰

58. *The Wall Street Journal*, 15 de agosto de 2002.

59. *Los Angeles Times*, 4 de noviembre de 2002.

60. *The New York Times*, 4 de junio de 2003.

Un giro estratégico

NUESTRO AMIGO SADAM HUSEIN

El régimen iraquí era, sin duda, odioso, y Sadam Husein, un autócrata particularmente detestable que no había dudado, en más de una ocasión, en martirizar a su propia población. Por eso Condoleeza Rice, consejera del presidente George W. Bush, no se equivocaba al recordar los argumentos «irresistibles» que habían conducido, según ella, a Estados Unidos a querer derrocar a Sadam Husein: «Ha matado a miles de sus conciudadanos. Ha utilizado armas químicas contra su propio pueblo y contra sus vecinos. Ha invadido a sus vecinos».¹

Todo esto es innegable. En septiembre de 1980, en efecto, Sadam Husein se lanzó al ataque de Irán, donde la república islámica había sido proclamada en 1979. Quería impedir que el régimen de los ayatolás levantara contra él a la población shií de Irak. De paso, quería conquistar también territorios en el este que le permitieran ampliar su fachada marítima en el Golfo. De este modo Sadam inició uno de los conflictos más mortíferos desde 1945.

Los iraníes, que en el curso de las primeras semanas se encontraron con serias dificultades, resistieron y, a partir de marzo de 1982, lanzaron contraofensivas masivas mediante la técnica espantosa de

1. BBC, Londres, 15 de agosto de 2002.

las «oleadas humanas». Para sorpresa general, los iraquíes se vieron obligados a retroceder. En 1984, las fuerzas de la república islámica cruzaron incluso la frontera y amenazaron la ciudad de Basora, el gran puerto petrolífero iraquí. En las cancillerías occidentales cundió el pánico; Irak no debía perder.

En esa época, el enemigo número dos de Occidente, después de la Unión Soviética, era la república islámica de Irán (y su jefe, el ayatolá Jomeini). Washington, París e incluso Moscú se movilizaron para ayudar a Irak. Obsesionados con su milenaria rivalidad con Persia,² los países árabes (sunníes), con Arabia Saudí y Kuwait a la cabeza, fueron los primeros en apoyar al régimen de Sadam, puesto que serían también los primeros en pagar las consecuencias de una eventual expansión (shíi) iraní. Así, proporcionaron a Bagdad créditos ilimitados.³ Los soviéticos enviaron blindados con urgencia; los franceses (el presidente era entonces François Mitterrand), aviones de combate y misiles, mientras que los estadounidenses suministraron a Bagdad los elementos constitutivos de las armas de terror.

El presidente Ronald Reagan y su secretario de Estado, George Shultz, enviaron en diciembre de 1983 a un emisario especial para discutir con Sadam Husein los medios que Washington podía poner a su disposición. Eligieron a un hombre sin función oficial,

2. En 637, cinco años después de la muerte de Mahoma, tuvo lugar la célebre batalla de al-Qadisiya, al sudoeste de Irak, en la que los árabes islamizados vencieron al ejército de los persas zoroastrianos, muy superiores en número. La batalla fue tan terrible que se la denominó «la Noche del Estruendo». Esta victoria abrió la vía para la islamización de Persia, el Cáucaso y la India. A principios de la guerra entre Irak e Irán (1980-1988), Sadam Husein bautizó su ofensiva militar con el nombre de «Segunda Qadisiya».

3. El reembolso de los créditos concedidos en esta ocasión por Kuwait se encuentra en el origen de una disputa posterior entre iraquíes y kuwaitíes que desembocará finalmente en la invasión de Kuwait, en agosto de 1990, y en la guerra del Golfo de febrero de 1991.

un antiguo consejero especial del presidente Richard Nixon y presidente en la época de la empresa farmacéutica GD Searle and Co. (inventora del aspartame): se trataba de Donald Rumsfeld.

Este se entrevistó en Bagdad, el 20 de diciembre de 1983, con Sadam Husein, que le recibió de uniforme. Una célebre foto, procedente de un reportaje realizado por la televisión iraquí, inmortalizó el apretón de manos entre los dos hombres. Sadam Husein, adversario declarado de Israel, era descrito ya, en numerosos informes de organizaciones de defensa de los derechos humanos, como el «carnicero de su pueblo»; fue acusado de haber utilizado gases de combate contra los iraníes, y era sospechoso, además, de intentar tener acceso a la tecnología nuclear. Parece que ninguna de estas acusaciones molestó a Rumsfeld.

Interrogado en septiembre de 2002 por la cadena CNN por las razones de este encuentro con el dictador en Bagdad, el secretario de Defensa respondió que se trataba de «ponerle en guardia contra la utilización de armas químicas en su enfrentamiento contra Irán».

Se trataba de una mentira. Según un periodista que buceó en los archivos del Departamento de Estado,

el informe de rendición de cuentas oficial de su encuentro con el dictador no menciona para nada esta puesta en guardia. En él se habla más bien de un proyecto de oleoducto que Donald Rumsfeld defendió ante el dictador. Este oleoducto era un proyecto de la compañía Bechtel, el gigante estadounidense de las obras públicas del que George Shultz, el secretario de Estado al que Rumsfeld debía su viaje a Bagdad, era presidente y director general hasta su entrada en la administración Reagan. Por otra parte, en 1989 volvería a ser uno de sus principales directivos.⁴ De ahí a pensar

4. La complicidad de Rumsfeld con George Shultz, consolidada en diferentes negocios comerciales, sigue manteniéndose. Después de haber sido nombrado secretario de Defensa en 2001, Rumsfeld hizo entrar a Shultz en el seno

que Donald Rumsfeld representó los intereses de Bechtel ante Sadam Husein solo hay un paso. En cualquier caso, en esa época no veía en ese cliente de uniforme a un terrorista.⁵

Sin embargo, el presidente iraquí ya había ordenado la utilización de medios de guerra prohibidos: sus fuerzas ya habían recurrido al empleo de armas químicas en el campo de batalla. Ante semejante crimen de guerra, ¿cuál fue, en la época, la actitud de Estados Unidos?

WASHINGTON CIERRA LOS OJOS

En aquellos momentos, Estados Unidos se guardó bien de lanzar una cruzada contra ese «tirano sanguinario». Hicieron, incluso, lo contrario. Un documento gubernamental estadounidense clasificado como *top secret* y fechado en 1984 (desclasificado en 1992), redactado por el secretario de Estado Alexander Haig y dirigido al presidente Ronald Reagan, revela incluso que «el presidente Carter hizo saber a Sadam Husein que tenía vía libre para iniciar la guerra contra Irán».⁶ Según ciertas fuentes, Estados Unidos par-

del Comité de Consejo del Pentágono (Defense Policy Board), aunque el código ético excluye la participación de personas que presenten un posible conflicto de intereses. Shultz, sin embargo, sigue siendo, a sus ochenta y cuatro años, administrador de Bechtel, una de las principales empresas beneficiarias de las ayudas para la reconstrucción de Irak. Sin pasar por el procedimiento habitual de concurso, esta empresa ha obtenido contratos por valor de 1.800 millones de dólares, es decir, el equivalente al 15 por ciento de su cifra de negocios en 2002. Véase *Le Nouvel Observateur*, 27 de mayo de 2004.

5. Christophe Grauwain, «Donald Rumsfeld», *Le Nouvel Observateur*, París, 27 de mayo de 2004.

6. Léase la investigación de Michel Despratx y Barry Lando «Notre ami Saddam», *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2004.

ticipó en la elaboración del plan de batalla contra Irán. Al parecer, los norteamericanos proporcionaron a Bagdad listas de objetivos iraníes para bombardear, y estas informaciones permitieron que Irak se alzara con la victoria final.

Una comisión de investigación estadounidense reveló igualmente que la Casa Blanca y la CIA transfirieron en secreto al régimen iraquí todo tipo de armas, entre ellas bombas de fragmentación. Sus informaciones permitieron también localizar de forma más precisa a las tropas iraníes, aun cuando Washington conocía la utilización de armas químicas por parte de las tropas iraquíes.⁷ Según medios de comunicación estadounidenses, en esa época unos sesenta oficiales de la CIA y de la Defense Intelligence Agency (DIA) se encontraban presentes en Bagdad y proporcionaban secretamente al Estado Mayor iraquí, gracias a los satélites espía estadounidenses, «informaciones detalladas sobre el despliegue de las fuerzas iraníes».⁸ Estos oficiales preparaban los planes de batalla con el Estado Mayor.

Informados de la utilización de gases de combate —prohibidos por las convenciones de Ginebra—, estos consejeros no se opusieron a ella: «El uso de gases de combate en el campo de batalla por parte de los iraquíes —señaló, por ejemplo, el coronel Walter P. Lang, uno de los agentes de la DIA presentes en Bagdad— no constituía un tema de profunda preocupación estratégica [...]. Su uso contra la población civil no se hubiera aceptado nunca, pero el uso de armas químicas contra objetivos militares estaba considerado como inevitable en la lucha de Irak por su supervivencia».⁹

7. *Ibidem*.

8. Véase Bob Woodward, «CIA Aiding Irak in Gulf War; Target Data from US Satellites Supplied for Nearly 2 Years», *The Washington Post*, 15 de diciembre de 1986.

9. Patrice E. Tyler, «Officers Say US Aided Irak Despite Use of Gas», *The New York Times*, 18 de agosto de 2002.

Por otra parte, desde 1984 la administración Reagan había restablecido las relaciones diplomáticas con el país —rotas después de la guerra contra Israel de 1967— y había tachado a Irak, promovido por los países occidentales al rango de «muralla contra la revolución islámica de Irán», de la lista de países que apoyaban el terrorismo. A partir de esos años, 1984-1985, «científicos estadounidenses iban a proporcionar a sus colegas iraquíes cepas de enfermedades terribles cuya única utilidad parecía ser la producción de armas biológicas».¹⁰

Según el senador demócrata Robert Byrd, uno de los pocos que se opuso a la invasión de Irak, «las cepas de peste, botulismo y carbunco», por citar solo las más virulentas, fueron transferidas así a Bagdad desde Estados Unidos para ayudar al régimen iraquí en su guerra contra Irán...¹¹ Ya no constituye ningún secreto que Sadam Husein nunca hubiera podido atacar a sus vecinos ni cometer los crímenes que se le imputan contra su propia población sin la ayuda de empresas y gobiernos occidentales. De Alemania llegaron gases de combate mortales, y las fábricas que los fabricaban en Irak estaban equipadas por Francia y Estados Unidos.¹²

El 16 de marzo de 1988, alrededor de cinco mil civiles kurdos del pueblo de Halabja, situado en el Kurdistán iraquí, murieron por efecto de los gases. En aquel momento, esta espantosa masacre no despertó especiales protestas entre la comunidad internacional. Por entonces era generalmente aceptado que estos civiles habían muerto como consecuencia de un error de manejo del gas de combate.

Estados Unidos hizo incluso todo lo posible para impedir que

10. Véase Jean Guisnel, *Bush contre Sadam*, La Découverte, París, 2003.

11. Intervención en el Senado, Washington, 20 de septiembre de 2002.

12. Léase la investigación de Michel Despratx y Barry Lando, *op. cit.*

Sadam Husein fuera condenado por este crimen. El presidente Ronald Reagan —que, por otra parte, a través de la trama del Irangate, y con ayuda de Israel, hacía suministrar armas a Irán—¹³ vetó una ley destinada a bloquear el comercio estadounidense con Irak. Y dio instrucciones a sus embajadas en todo el mundo pidiéndoles que afirmaran que los kurdos de Halabja habían sido gaseados por... los iraníes.¹⁴

Existen también varios informes estadounidenses que tratan de disculpar al régimen iraquí. Uno de ellos es un informe del Army War College, redactado en 1990, que demuestra que «los civiles muertos fueron víctimas de gases iraníes, y no iraquíes».¹⁵ En el *New York Times* del 28 de abril de 1991 se puede leer: «Las dos partes utilizaron armas químicas, ha declarado un responsable de la administración Bush [padre] que ha examinado los informes de los servicios secretos sobre la masacre. Probablemente no existió voluntad por ninguna de las dos partes de matar a los lugareños».

No hay que olvidar que, en enero de 1989, con ocasión de su toma de posesión, el presidente George H. W. Bush, preocupado aún por Irán y su revolución islámica, había firmado una directriz no carente de cinismo concerniente al régimen de Sadam Husein: «Unas relaciones normales entre Estados Unidos e Irak servirían a nuestros intereses a largo plazo y favorecerían la estabilidad en el Golfo y en Oriente Próximo. Debemos proponer a Irak estímulos para moderar su comportamiento e incrementar nuestra influencia allí».

Durante este período, con el aval del Departamento de Esta-

13. Léase cap. 17, nota 101.

14. *Ibidem*.

15. Véase Emmanuel Ludot, *Saddam Hussein. Prêsumé coupable*, Carnot, París, 2004. Léase también *The Washington Post*, 20 de marzo de 1990.



do, sociedades estadounidenses exportaron a Irak productos que podían ser utilizados para la fabricación de armas bacteriológicas.¹⁶ En diciembre de 2002, la CIA se apoderó en plena noche, en la sede de la ONU en Nueva York, de un informe de doce mil páginas sobre el armamento de Sadam Husein que había sido remitido la víspera por las autoridades iraquíes a las Naciones Unidas. Lo devolvió cuarenta y ocho horas más tarde *con un centenar de páginas menos...*

Los periodistas Michel Despratx y Barry Lando investigaron sobre estas páginas arrancadas.

Una fuga gubernamental —escriben— permitió a Gary Millhollin, experto norteamericano en mercados de armamento, recuperar las páginas eliminadas. Nosotros pudimos consultarlas. Estas páginas revelan que el Laboratorio Pasteur vendió a Irak gérmenes biológicos, que la empresa alsaciana Protec equipó una fábrica de gas de combate en Samarra, o también que la empresa norteamericana Bechtel, que financia las campañas electorales de la familia Bush, proporcionó a Irak una fábrica química. Otros documentos que podrían implicar a sociedades occidentales duermen todavía en la sede neoyorquina de las Naciones Unidas, donde se guardan los expedientes de los inspectores de la ONU en Irak.¹⁷

Se comprende que la «comunidad internacional», tan preocupada en los años noventa por volver a trazar la historia del programa iraquí de armas de destrucción masiva, no haya investigado nunca sobre las compañías extranjeras que ayudaron a Bagdad en los años ochenta... De Estados Unidos a Alemania, pasando por Francia, demasiados gobiernos occidentales estaban implicados...

16. Informe del Senado estadounidense citado por William Blum, «What the Left Out», *Znet Commentary*, 20 de agosto de 2002.

17. Léase la investigación de Michel Despratx y Barry Lando, *op. cit.*

LAS INSPECCIONES DE LA ONU

Desde el 28 de febrero de 1991, fecha del fin de la guerra del Golfo, el desarme de Irak fue exigido por la resolución 687 del Consejo de Seguridad de la ONU, adoptada el 3 de abril de 1991. El punto 14 del texto precisa que estas medidas «se inscriben en un proceso cuyos objetivos son crear en Oriente Próximo una zona exenta de armas de destrucción masiva y de toda clase de misiles vectores».

Este «proceso» nunca se ha iniciado a escala regional. Toda la atención se centró en Irak, sometido a un cruel sistema de embargo que conducía al hambre a la población, disgregaba la sociedad y reforzaba, paradójicamente, el régimen de Sadam Husein.

El Consejo de Seguridad de la ONU decidió, además, ese mismo 3 de abril de 1991, crear la United Nations Special Commission (UNSCOM), cuyas dos funciones esenciales eran: 1) velar por la destrucción de todas las armas de destrucción masiva, así como de los misiles de un alcance superior a 150 kilómetros, y 2) asegurarse de que Irak no se procurara nuevas armas ni infraestructuras para fabricarlas.

Simultáneamente, se encargó a la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA) que supervisara el aspecto nuclear de esta misión en cooperación con la UNSCOM. Las prerrogativas de estos dos órganos eran muy amplias. Se trataba del régimen de verificación más extensivo e intrusivo que nunca se hubiera dispuesto desde la creación de la ONU.

Estados Unidos y el Reino Unido decretaron además, de forma unilateral —y de forma ilegal desde el punto de vista del derecho internacional—, «zonas de exclusión aérea» al norte y al sur del país, sobre un territorio que representaba aproximadamente el 60 por ciento de Irak. De este modo se establecía para la aviación iraquí la prohibición de sobrevolar las regiones kurda y shíí del país.

El 14 de abril de 1995, la resolución «Petróleo por alimentos» situó el petróleo iraquí bajo la tutela de las Naciones Unidas. Por razones humanitarias, Bagdad fue autorizada a vender, por un máximo de mil millones de dólares, productos petrolíferos en contrapartida por una distribución equitativa de los productos de primera necesidad a los iraquíes.

Entre 1991 y 1998, inspectores de la ONU realizaron sobre el terreno un trabajo impresionante, asegurándose de la anulación del programa nuclear, de la casi totalidad de los misiles y de una parte importante de las armas químicas. Philip Coyle, que fue durante siete años adjunto del secretario de Defensa y director de la oficina de test y evaluaciones operacionales del Pentágono, lo expresa de forma muy clara: «Irak nunca fue capaz de tener armas nucleares; no tenía los medios, ni durante la guerra del Golfo ni después. No tenía ninguna forma de dotarse de ellas en el futuro. A mediados de los años noventa dirigí la recopilación de informaciones sobre Irak, y puedo asegurarle que no teníamos ninguna prueba al respecto».¹⁸

De 1991 a 1998, los inspectores de la ONU dispusieron un control a largo plazo con un sistema de cámaras de vigilancia en decenas de enclaves. La comunidad internacional se encontraba así, por fin, en vías de lograr el desarme total del régimen iraquí, lo que debía permitir el fin del embargo. Pero desde esa época Washington tenía, en la práctica, otros objetivos.

Según el investigador Michel Wéry, del Groupe de Recherches et d'Informations sur la Paix et la Sécurité (GRIP):

Parece que Estados Unidos trataba de orquestar la crisis en función de sus intereses. Esa fue, en cualquier caso, la razón por

18. Declaración en el documental de Robert Greenwald, *Uncovered: The Whole Truth about the War on Irak*, 2003.

la que Scott Ritter¹⁹ dimitió en agosto de 1998. En su carta de dimisión, Ritter explica que las altas autoridades estadounidenses ejercían presiones para que la UNSCOM retrasara determinadas inspecciones para dar tiempo a Estados Unidos a preparar el terreno militar y diplomático apropiado. Todos estos elementos permiten relativizar y contextualizar la mala voluntad atribuida a Irak en 1997-1998 con respecto a los órganos de inspección de la ONU. Probablemente estas inspecciones se hubieran desarrollado de forma más eficaz en un contexto más constructivo con respecto a Irak.²⁰

Rolf Ekeus, antiguo presidente de los inspectores de desarme de las Naciones Unidas en Irak entre 1991 y 1997, reconoció que, bajo su dirección, Irak había sido «fundamentalmente desarmado» desde 1996.²¹ También reveló que Estados Unidos no solo había utilizado a los inspectores en tareas de espionaje, sino que había «presionado para que estos llevaran a cabo misiones controvertidas desde el punto de vista iraquí, creando así un bloqueo que pudiera justificar una acción militar directa».²²

Eso fue lo que ocurrió el 16 de diciembre de 1998, bajo la

19. Scott Ritter, ex oficial de los marines, participó en la guerra del Golfo, y luego fue inspector de las Naciones Unidas en el marco de la UNSCOM durante cerca de siete años. Ritter dimitió en agosto de 1998 y declaró: «Cuando dejé Irak, la infraestructura y los equipamientos habían sido eliminados al cien por cien. Esto es indiscutible». Ha escrito diversas obras, entre ellas: *War on Iraq: What Team Bush Doesn't Want You to Know* (Context Books, Nueva York, 2002) y *Frontier Justice: Weapons of Mass Destruction and the Bushwhacking of America* (Context Books, Nueva York, 2003).

20. Michel Wéry, «Les inspections de l'ONU: une solution à la crise irakienne?», disponible en el sitio: www.grip.org/bdg/g2042.html.

21. Véase Scott Ritter, «Tous le monde ne s'est pas trompé en Irak», *Le Monde*, París, 11 de febrero de 2004.

22. *Financial Times*, Londres, 30 de julio de 2002.

presidencia de Bill Clinton, cuando Washington y Londres, bajo el pretexto de que Bagdad no cooperaba, decidieron bombardear Irak sin el aval de la ONU en el curso de la operación Zorro del Desierto. En unos días, Irak fue machacado con más misiles que durante toda la guerra del Golfo. La consecuencia fue que los inspectores fueron expulsados y el programa de armamento iraquí quedó fuera de todo control.

En el curso de los tres años siguientes, Estados Unidos y el Reino Unido multiplicaron los bombardeos puntuales sobre decenas de instalaciones militares en las zonas de exclusión aérea del norte y el sur de Irak.

Cuando, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la presión de la administración Bush contra Irak se redució, Bagdad acabó por aceptar, a partir de septiembre de 2002, el retorno de los inspectores de la ONU. La United Nations Monitoring, Verification and Inspection Commission (UNMOVIC), que había sido creada el 17 de diciembre de 1999 (resolución 1284), retomó la misión de la UNSCOM. Sus agentes, así como los de la AIEA,²³ volvieron a iniciar las inspecciones intensivas en Irak a partir del 17 de noviembre de 2002.

El diplomático sueco Hans Blix, jefe de la UNMOVIC, afirmó claramente que sus inspectores no habían encontrado ninguna prueba de armas de destrucción masiva ni de programas en relación con las armas de destrucción masiva en Irak: «Estábamos en Irak desde noviembre de 2002. Efectuamos más de un centenar de inspecciones, e informé de ellas de manera precisa al Consejo de Seguridad. No encontramos una sola prueba de cargo. No encontramos rastro de una sola arma de destrucción masiva». ²⁴ Y añade: «Yo mismo, en otoño de 2002, pensaba que había armas de destrucción masiva en Irak. Los

23. Bagdad había aceptado varias visitas de la AIEA entre 1999 y 2002.

24. Entrevista con Hans Blix, *El País*, Madrid, 29 de febrero de 2004.

servicios de información nos señalaron varias decenas de enclaves que había que inspeccionar. Nunca encontramos nada en ellos. Fueron destruidas antes de la guerra, mucho tiempo antes». ²⁵

Esto ha sido confirmado de forma rotunda por Yafar Dhia Yafar, que fue, durante veinticinco años, jefe del programa nuclear de Irak y que, a pesar de las proposiciones de desertión que le hizo la CIA, permaneció fiel al régimen de Sadam Husein hasta el final (no huyó a Siria hasta dos días antes de la invasión). «Los planes para tratar de poner a punto la bomba nuclear —afirmó— fueron paralizados en julio de 1991 por orden de Sadam Husein, así como los programas concernientes a las armas químicas y biológicas. Recibimos la consigna de remitir todo el material a la Guardia Republicana, y esta recibió la orden de destruir todos los equipos que le habíamos remitido.» ²⁶

LOS BUENOS NEGOCIOS DE CHENEY

Tras haberse probado que los principales argumentos para atacar Irak eran falsos, Bush y Cheney siguieron afirmando que «la principal arma de destrucción masiva era Sadam Husein» y que «librar al mundo de un dictador como él» bien valía una guerra.

¿Es creíble esto? Sadam Husein no era, ¡por desgracia!, el único dictador del mundo. Y ya ha podido verse que, cuando sirvió a sus intereses, Estados Unidos nunca tuvieron el menor escrúpulo en apoyar al régimen iraquí.

Se sabe, por ejemplo, que cuando Cheney era presidente y director general de la compañía Halliburton (líder mundial de equipos petrolíferos), de octubre de 1995 a agosto de 2000, esta

25. Entrevista con Hans Blix, *Le Figaro*, París, 8 de abril de 2004.

26. *Newsnight*, BBC, Londres, 12 de agosto de 2004.

compañía no dudó en firmar contratos con Irak (que por entonces se encontraba bajo el embargo de las Naciones Unidas), así como con otros países acusados de violar los derechos humanos, como Libia, Arabia Saudí, Azerbaiyán, Irán e Indonesia. El *New York Times* revelaba el 27 de julio de 2000 que «la sociedad de Cheney [que por entonces hacía campaña como vicepresidente designado de George W. Bush] ya ha comerciado con países sometidos a sanciones por parte de Estados Unidos, comprendidos Libia e Irak, los enemigos que Cheney [secretario de Estado de Defensa en 1991] se había esforzado en vencer en el marco de la guerra del Golfo».

El vicepresidente de Halliburton, Donald Vaughn, reveló en agosto de 2000 que las filiales del grupo habían tenido relaciones de negocios con Irak. En concreto, vendieron productos al Irak de Sadam Husein por valor de más de 73 millones de dólares. Bajo la dirección de Cheney, Halliburton vendió más equipamiento a Bagdad que cualquier otra compañía.²⁷ «Los principios están muy bien, pero hasta cierto punto», parece que tiene la costumbre de decir Cheney.

Apoyar a dictadores, o llevarlos al poder después de haber acabado con experiencias democráticas, ha sido, desde 1945, una práctica frecuente de las administraciones estadounidenses. Las administraciones norteamericanas han ayudado, financiado, armado y protegido a decenas de dictadores abominables en todo el mundo: el general Franco en España, Salazar en Portugal, el rey Hasan II en Marruecos, los coroneles en Grecia, el general Cemal Gürsel en Turquía, el rey Husein en Jordania, la dinastía Saud en Arabia Saudí, el general Mubarak en Egipto, el general Zia ul-Haq en Pakistán, el general Chang Kai-shek en Taiwan, el general Park

27. Véase John W. Dean, *Worse than Watergate*; trad. fr. *Bush, le dossier accablant*, pp. 82 y 83.

Chung Lee en Corea del Sur, Marcos en Filipinas, el general Suharto en Indonesia, el sha Reza Pahlevi en Irán, Somoza en Nicaragua, Batista en Cuba, Duvalier en Haití, Trujillo en Santo Domingo, Pinochet en Chile, Mobutu en Congo-Zaire, Idi Amin Dada en Uganda, el régimen del *apartheid* en Sudáfrica, etc.

Todavía hoy, algunos de los tiranos más sanguinarios siguen siendo apoyados por Estados Unidos, como el delirante Teodoro Obiang,²⁸ de Guinea Ecuatorial, que fue recibido en septiembre de 2002 con todos los honores en la Casa Blanca por el presidente Bush. O el neoestalinista Islam Karimov, dictador de Uzbekistán, país con el que Washington ha firmado acuerdos de cooperación y donde ha instalado bases militares.

Se sabe, por ejemplo, que Richard Cheney estaba muy ligado a Heydar Aliyev, un antiguo *apparatchik* soviético convertido en 1993, de resultas de un golpe de Estado, en dictador de Azerbaiyán, una república transcaucásica situada al borde del mar Caspio que rebosa petróleo. Algunos expertos consideran que las reservas del Caspio son iguales, si no superiores, a las de Arabia Saudí. Todo este oro negro bien valía saltarse unos (tímidos) principios y un acercamiento al dictador Aliyev. «Conocido por su limpieza étnica de la población armenia de Azerbaiyán —explica un analista—, por el recurso a los procesos por traición o sencillamente al encarcelamiento brutal cuando quería deshacerse de sus enemigos personales: este era Aliyev, el amigo de Cheney.»²⁹

En febrero de 2003, animado por Cheney, el presidente Bush recibía en la Casa Blanca al dictador de Azerbaiyán, que prome-

28. Llegado al poder gracias a un golpe de Estado en 1979, el general Obiang fue «reelegido» para un mandato de siete años, el 15 de diciembre de 2002, con un 97,1 por ciento de los votos... Su país rebosa petróleo, explotado por empresas estadounidenses. Léase Jean-Christophe Servant, «Offensive sur l'or noir en Afrique», *Le Monde diplomatique*, enero de 2002.

29. John W. Dean, *Worse than Watergate*; trad. fr. *Bush, le dossier accablant*, p. 84.

tía el envío de tropas (150 hombres) en el marco de la coalición para la guerra en Irak. En octubre de 2003, Heydar Aliyev cedió el poder a su hijo Ilham, después de unas elecciones amañadas dignas del mismísimo Stalin.

«El presidente Bush —señala un comentarista— dijo que iba a la guerra contra Irak, en parte, para crear modelos democráticos en los países islámicos. Pero el apoyo de Estados Unidos a los Aliyev hace pensar que la administración no ha extraído ninguna lección de su ayuda de inspiración petrolífera al sha de Irán, a Sadam Husein y a diversos gobiernos saudíes.»³⁰

La reconstrucción de Irak y las considerables inversiones que supone pronto se convirtieron en la mayor preocupación de los planificadores de esta invasión. La guerra en sí, con su derroche de «armas inteligentes» y su orgía de «municiones de precisión», representa ya un fabuloso negocio para algunas empresas de armamento. Seis de ellas se han beneficiado especialmente de la destrucción de Irak. Estas compañías son: United Technologies, que ha vendido armas al Pentágono (helicópteros Black Hawk, Seahawk) por valor de 4.000 millones de euros; General Dynamics (submarinos, carros de combate Abrams, misiles Hydra) por un total de 9.000 millones de euros; Northrop Grumman (portaaviones, acorazados, aviones F14 Tomcat y F18 Hornet, aviones sin piloto Global Hawk) por 12.000 millones; Raytheon (misiles Patriot y Tomahawk, bomba gigante BLU109), también por 12.000 millones; Boeing (helicópteros Apache y Chinook, aviones Awacs, B52 y F22 Raptor) por 18.000 millones, y Lockheed Martin (aviones F117 «furtivos», U2 espías, C130 Hércules) por 25.000 millones.

En total, en previsión de este conflicto, el Pentágono había comprado en 2002, a estas seis compañías, armas por un valor total

30. *Ibid.*, p. 86.

de 80.000 millones de dólares; es decir, el equivalente del producto interior bruto anual de un país como Colombia...

Y las empresas de armamento sacan partido sin el menor remordimiento de esta exuberancia de gastos militares. Raytheon, por ejemplo, el fabricante de los misiles Tomahawk, había sufrido una pérdida del valor de sus acciones del 6 por ciento en el primer trimestre de 2003, pero, después del inicio de la operación Conmoción y Pavor, ¡su cotización aumentó más del 16 por ciento!

Los negocios no se detienen ahí. El coste total de la reconstrucción de Irak ha sido estimado —según el economista William Nordhaus, de la Universidad de Yale— en no menos de 100.000 millones de dólares... El reparto de este gigantesco pastel da lugar a una guerra dentro de la guerra entre los países y las empresas que no quieren verse excluidos de semejante mina. La lista de las principales empresas beneficiarias —Betchel Group Inc., Parsons Corp., Halliburton Co., Fluor Corp.— indica inequívocamente que el gobierno ha querido recompensar en primer lugar a las compañías que más contribuyeron a financiar la campaña electoral de George W. Bush. Sin olvidar a los amigos.

Por ejemplo, para gobernar el nuevo Irak, Bush nombró primero como procónsul en Bagdad al ex general Jay Garner,³¹ amigo de los neoconservadores y también presidente de una empresa de armamento, SY Coleman, asociada a Raytheon en la fabricación de los célebres misiles Patriot, tan utilizados durante el conflicto...

Otro ejemplo: para apagar los pozos de petróleo incendiados en el sur de Irak, las autoridades estadounidenses designaron, sin una previa concurrencia de ofertas, a la empresa Kellogg Brown and Root, filial del grupo de obras públicas Halliburton, cuyo jefe fue, como es sabido, el actual vicepresidente Richard Cheney, que sigue siendo accionista.

31. Véase la nota 5 del capítulo 6.

Por otra parte, la prensa ha revelado que uno de los más fervientes partidarios de esta guerra, Richard Perle, apodado «el príncipe de las tinieblas», presidente del Consejo de Política de Defensa del Pentágono, negoció la concesión de importantes contratos de telecomunicaciones en el nuevo Irak a favor de la empresa Global Crossing, de la que él era uno de los principales consultores...

Manipulaciones y propaganda

MENTIRAS DE ESTADO

Hoy sabemos que las «instalaciones» para producir armas químicas no existían, y que la cifra de «30.000 tipos de municiones» era totalmente caprichosa, una pura invención, igual que los «38.000 litros de toxinas de botulismo», fruto de la imaginación de los consejeros del presidente Bush.

En lo que se refiere a los «tubos de aluminio», Scott Ritter, antiguo inspector de la ONU, es categórico: «Expertos en el tema nuclear y en materia de enriquecimiento centrifugado, como los de la división Z del laboratorio Lawrence Livermore,¹ han afirmado que no era posible producir uranio enriquecido a partir de estos tubos. No eran compatibles».²

En cuanto a las famosas «dieciséis palabras» sobre el uranio que Irak habría tratado de comprar en secreto a Níger, se sabía, incluso antes de que el presidente Bush hablara de ello, que era falso.

1. El Lawrence Livermore es un laboratorio nacional del Departamento de la Energía de Estados Unidos. Situado en Livermore (California), está gestionado por la Universidad de California. El Lawrence Livermore es, junto con Los Álamos, uno de los dos laboratorios de Estados Unidos cuya misión ha sido crear armas nucleares.

2. Declaración en el documental de Robert Greenwald, *Uncovered: The Whole Truth about the War on Irak*, 2003.

Y Bush no podía ignorarlo, ya que, en octubre de 2002, es decir, tres meses antes, George Tenet, director de la CIA, ya le había pedido que no lo mencionara en un discurso que el presidente se disponía a pronunciar. En Cincinnati, Ohio. Tenet había prevenido a Bush de que las informaciones de que disponía la CIA no permitían establecer que Irak hubiera tratado de comprar uranio en África.

El embajador Joseph Wilson, que había pasado veintitrés años en Asuntos Exteriores, había sido enviado especialmente a Niamey para investigar sobre este asunto. A su vuelta había elaborado un informe, enviado a la CIA, en el que ponía en guardia contra estas informaciones y demostraba que eran falsas.

El vicepresidente Cheney había recibido un documento —explica Joseph Wilson—, un protocolo de acuerdo de venta de Níger a Irak de concentrado de uranio enriquecido. Este documento había sido emitido por el gobierno de Níger. La CIA me pidió que observara el asunto de cerca, que me informara e investigara entre mis relaciones. En febrero de 2002 pasé ocho días en Níger conversando con todos los que podían informarme. Pronto me convencí de que no había sucedido nada de aquello. Un simple análisis del documento mostraba la tosquedad de la manipulación. Las cartas contenían faltas de ortografía en francés. Una de las cartas estaba firmada por un funcionario que había cesado diez años antes. Varias fechas no correspondían con los días de la semana. Varios nombres y títulos de funcionarios eran inexac-tos... Era una falsificación, fabricada para engañar.³

3. Declaración en el documental de Robert Greenwald, *Uncovered: The Whole Truth about the War on Irak*, 2003. Léase también: Joseph Wilson, *The Politics of Truth. Inside the Lies That Led to War and Betrayed My Wife's CIA Identity. A Diplomat's Memoir*, Carrol and Graf Publishers, Nueva York, 2004.

Escandalizado por la desvergüenza del presidente, que no dudaba en presentar como una prueba para justificar la guerra, en un discurso tan solemne como el del «estado de la nación», ese falso asunto de compra de uranio a Níger, Joseph Wilson escribió un artículo de gran resonancia en el *New York Times*⁴ donde explicaba los detalles de su misión y demostraba que el presidente había mentado con conocimiento de causa, lo que en Estados Unidos constituye un delito federal.

De la noche a la mañana, Joseph Wilson se convirtió en víctima de una virulenta campaña de desprestigio que llevaron a paso de carga funcionarios de alto rango —entre los cuales Wilson acusa a Karl Rove,⁵ uno de los consejeros más próximos a Bush— e «hicieron saltar» a su mujer, Valerie Plame, al revelar su identidad de agente de la CIA, poniendo así en peligro a sus informadores en el curso de misiones anteriores y su carrera.⁶

En la actualidad sigue sin saberse quién fue el autor del falso protocolo de venta de uranio de Níger a Irak. ¿Quién lo fabricó? ¿Con qué complicidades? ¿Con qué objeto?

4. El 6 de julio de 2003.

5. Apodado «el Maquiavelo de la Casa Blanca», Karl Rove es, en el entorno de Bush, una especie de superconsejero político, el gurú más escuchado para las cuestiones de política interior y el estratega en jefe de las campañas electorales. Tiene la reputación de ser una máquina intelectual fascinante, de una implacable sangre fría, y un hombre hiperorganizado, capaz de seguir diez expedientes a la vez. Calificado a veces de «general Bonaparte» de las elecciones, Karl Rove ha sido el artífice de las victorias de Bush en las elecciones presidenciales de 2000 y 2004.

6. Revelar la identidad de un oficial de un servicio de información de Estados Unidos es un crimen según la Intelligence Identity Protection Act de 1982.

EL VIRAJE DE DAVID KAY

La confirmación definitiva de la ausencia de armas de destrucción masiva fue proporcionada por David Kay, antiguo inspector de la ONU, próximo a la CIA y el hombre que, en el entorno de Bush, había sostenido con mayor encarnizamiento la tesis de su existencia.

David Kay —comentó Hans Blix— era nuestra bestia negra. Kay fue muy perjudicial para nuestra misión. Porque durante diez años, en Washington y a través de sus contactos con el Pentágono, ejerció una influencia muy nefasta contra Mohamed al-Baradei [director general de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, AIEA] y contra mí. Fue muy activo y muy negativo en el seno de los círculos militares. En agosto y septiembre de 2002 hizo campaña contra las inspecciones declarando que eran inútiles. Él apoyaba la guerra. En enero de 2003 escribió que no se trataba de encontrar «una pistola con el cañón humeante» y repitió que las inspecciones no servían para nada.⁷

Debido precisamente a esta constante actitud hostil con respecto a los inspectores de la ONU, después de la ocupación de Bagdad el presidente Bush nombró a David Kay para que encabezara el Irak Survey Group, un contingente de 1.200 expertos estadounidenses encargados de registrar de arriba abajo todo Irak para encontrar los artefactos escondidos y mostrar al mundo que las afirmaciones de la administración estadounidense sobre las armas de destrucción masiva eran verdaderas y justificaban la guerra.

«Estamos dispuestos a demostrar todo esto —había declarado un confiado Kay en el momento de partir hacia Bagdad encabezando su batallón de inspectores—. Disponemos de un grupo

7. *El País*, art. cit.

notable de hombres y mujeres que representan lo mejor que tenemos en la comunidad de la información.»⁸

Pero al cabo de diez meses de búsqueda incesante e infructuosa, el propio David Kay admitió su error. Invitado el 28 de enero de 2004 a presentar su informe ante una comisión del Senado, declaró: «Nos engañamos todos. Todos nos equivocamos, y esto es lo más preocupante. No había armas en Irak. No hemos encontrado nada. Sencillamente, no existieron nunca. Sadam Husein había ordenado destruir lo que quedaba de las armas químicas y biológicas a partir de 1991 y no pudo fabricar nuevas armas».

Pero ¿cómo pueden explicarse entonces las espectaculares declaraciones de Powell ante el Consejo de Seguridad? ¿Y las fotos tan precisas, que mostraban la localización exacta de las armas de Sadam Husein? Era un montaje. Una intoxicación. Falsificaciones destinadas a impresionar al mundo y obtener la autorización de la ONU para atacar Irak. Porque, en efecto, las inspecciones habían sido muy eficaces: «Las inspecciones funcionaron muy bien —afirma, por ejemplo, Patrick Eddington, que pasó dieciséis años en la CIA—, fueron las más rigurosas y eficaces de la historia. Eso demuestra que fuimos a la guerra por nada».⁹

Hans Blix tampoco creyó nunca en los «documentos» presentados por Powell: «Una gran parte del material mostrado por Powell ya nos había llegado vía servicios de información de Estados Unidos y del Reino Unido. Después del 27 de noviembre de 2002 habíamos visitado la mayoría de los enclaves citados por Powell; habíamos recogido allí muestras para analizar y detectar la presencia eventual de agentes químicos y biológicos. Y no encon-

8. *Ibidem*.

9. Declaración en el documental de Robert Greenwald, *Uncovered: The Whole Truth about the War on Irak*, 2003.

tramos ninguna prueba que mostrara que Irak desarrollaba actividades prohibidas». ¹⁰

¿Y esos laboratorios móviles que los iraquíes desplazaban a bordo de grandes camiones? También en este caso Blix se muestra categórico: «Powell habló de camiones de descontaminación que, según analistas de los servicios de información, eran utilizados para desplazar armas químicas. Pero nuestros expertos encontraron otra explicación: eran, simplemente, camiones que transportaban agua. Powell pretendía que se trataba de “laboratorios móviles”. Nosotros nunca creímos en su existencia». ¹¹

En resumen, era solo intoxicación.

INTOXICACIÓN Y ENGAÑOS HISTÓRICOS

Esta manipulación se inserta en una larga tradición que jalona la historia de Estados Unidos.

Una de las más siniestras concierne a la destrucción del acorazado estadounidense *Maine* en la bahía de La Habana en 1898, que sirvió de pretexto a Estados Unidos para declarar la guerra a España y anexionarse Cuba, Puerto Rico, las Filipinas y la isla de Guam.

En efecto, la noche del 15 de febrero de 1898, hacia las 21.40, el *Maine* fue víctima de una violenta explosión. El barco se hundió en la rada de La Habana y murieron 260 hombres. Inmediatamente, la prensa popular estadounidense acusó a los españoles (Cuba era entonces una colonia española) de haber colocado una mina bajo el casco del navío, y denunció su barbarie, sus «campos de la muerte» e incluso su práctica de la antropofagia...

10. *El País*, art. cit.

11. *Ibidem*.

Aquella explosión llegaba en el momento oportuno. Desde hacía meses, dos patronos de la prensa rivalizaban en su búsqueda de sensacionalismo para empujar a Estados Unidos a intervenir en Cuba, donde los insurgentes luchaban por la independencia de la isla desde 1895: Joseph Pulitzer, del *World*, y sobre todo William Randolph Hearst, del *New York Journal*. Esta campaña contaba con el apoyo interesado de hombres de negocios estadounidenses que habían invertido mucho en Cuba y soñaban con suplantar a España y adelantarse a los independentistas.

Pero el público no parecía muy interesado en aquel asunto. Y, de hecho, tampoco los periodistas. En enero de 1898, el dibujante del *New York Journal* Frederick Remington escribió desde La Habana a su patrón: «Aquí no hay guerra, pido ser enviado de regreso». Hearst le envió un cable con una respuesta que se haría famosa: «Quédese. Usted suminístreme los dibujos, que yo le suministraré la guerra». Se produjo entonces, como por casualidad, la explosión del *Maine*. Y Hearst montó una violenta campaña antiespañola, como puede verse en *Ciudadano Kane*, la película de Orson Welles (1941).

Durante varias semanas, día tras día, consagró varias páginas de sus diarios al asunto del *Maine* y reclamó venganza repitiendo incansablemente: «Remember the *Maine*! In Hell with Spain!» («¡Recordad el *Maine*! ¡Al infierno con España!»). Los restantes periódicos le siguieron. La difusión del *New York Journal* pasó primero de 30.000 ejemplares a 400.000, y luego superó regularmente el millón de ejemplares! La opinión pública estaba al rojo. La atmósfera se hizo alucinante. Presionado por todas partes, el presidente William McKinley declaró la guerra a Madrid el 25 de abril de 1898. Estados Unidos, para mayor beneficio de la United Fruit y de otros inversores estadounidenses, pudieron así apoderarse fácilmente de Cuba y sus riquezas.

Trece años más tarde, en 1911, una comisión de investigación

sobre la destrucción del *Maine*, nombrada por el Congreso, llegó a la conclusión de que se había producido una explosión accidental en la sala de máquinas... España no tenía nada que ver en el asunto.¹²

En 1960, en plena guerra fría, la CIA difundió entre algunos periodistas «documentos confidenciales» que demostraban que los soviéticos se encontraban en posición de ganar la carrera armamentística. Inmediatamente, los grandes medios de comunicación empezaron a ejercer presión sobre los candidatos a la presidencia y a reclamar a coro y a voz en grito un aumento sustancial del presupuesto de defensa. Acosado, John F. Kennedy prometió invertir miles de millones de dólares en el relanzamiento del programa de construcción de misiles balísticos de crucero (*the missile gap*). Eso era lo que no solo la CIA, sino todo el complejo militar-industrial estadounidense, deseaba. Una vez elegido y votado el programa, Kennedy descubriría que este programa era inútil y que la superioridad militar de Estados Unidos sobre la Unión Soviética era aplastante...

En 1964, dos destructores declararon haber sido atacados en el golfo de Tonkín por torpedos norvietnamitas. La televisión y la prensa no tardaron en convertirlo en un asunto de interés nacional. Clamaron por la humillación sufrida y exigieron represalias. El presidente Lyndon B. Johnson utilizó estos ataques como pretexto para lanzar bombardeos de represalia contra Vietnam del Norte. Johnson reclamó del Congreso una resolución que le permitió, en la práctica, hacer entrar en acción al ejército estadounidense. Así empezaba la guerra de Vietnam, que no se acabaría —con una derrota— hasta 1975. Más tarde se supo, por boca de las propias tripulaciones de los dos destructores, que el ataque del golfo de Tonkín era una pura invención...

El mismo escenario se produjo con el presidente Ronald Reagan. En 1985, Reagan decretó de pronto una «emergencia

12. www.herodote.net/histoire02151.htm.

nacional» a causa de la «amenaza nicaragüense» que, en su opinión, representan los sandinistas en el poder en Managua, a pesar de haber sido elegidos democráticamente en noviembre de 1984 y de respetar a la vez las libertades políticas y la libertad de expresión. «Nicaragua —declaró, sin embargo, Reagan— está a dos días de coche de Harlingen, Texas. ¡Estamos en peligro!» El secretario de Estado, George Shultz, no dudó en afirmar ante el Congreso: «Nicaragua es un cáncer que se infiltra en nuestro territorio, aplica las doctrinas de *Mein Kampf* y amenaza con hacerse con el control de todo el hemisferio».¹³ Estas mentiras justificaron la ayuda militar masiva a la guerrilla antisandinista, la «Contra», y desembocaron en el escándalo del Irangate.¹⁴

13. Léase «Entretien avec Noam Chomsky», *Télérama*, 7 de mayo de 2003.

14. El Irangate o Irán/Contra fue un escándalo político-financiero que marcó el segundo mandato de Ronald Reagan. La administración se vio salpicada por la revelación de la venta secreta de armas a Irán durante la guerra contra Irak, a pesar de la existencia de una ley estadounidense que prohibía la venta de material militar a países considerados terroristas. Esta venta de armas tuvo lugar entre 1985 y 1987, con la intermediación de agentes israelíes, a cambio de la liberación de rehenes estadounidenses en Líbano. Los beneficios de la venta estaban destinados a financiar a la Contra, la guerrilla que combatía al gobierno sandinista de Nicaragua, que Washington consideraba una «amenaza» para la estabilidad de América Latina. Al término de una comisión de investigación, el negociador de esta transacción, el teniente coronel Oliver North, y el consejero del presidente para la seguridad nacional, el almirante John Poindexter, fueron declarados culpables y relevados de sus funciones. En 1993, el fiscal independiente Laurence Walsh llegó a la conclusión de que el presidente Reagan y su vicepresidente, George H. W. Bush, sabían que los beneficios de las ventas de armas estaban destinados a financiar a la Contra. Entre los personajes comprometidos en este escándalo aparecen los nombres de Donald Rumsfeld, encargado de negociar las ventas de armas; Colin Powell, que autorizó la entrega de misiles TOW a Irán, y también Richard Armitage y William Casey. Hay que señalar que, en este mismo período, Washington seguía proporcionando armas a Irak, en guerra contra Irán.

No nos extenderemos sobre los engaños de la guerra del Golfo de 1991, mentiras ampliamente analizadas¹⁵ que han permanecido en la memoria como paradigmas del lavado de cerebro moderno. Informaciones constantemente repetidas, como «Irak, el cuarto ejército del mundo», «el saqueo de las incubadoras de la maternidad de Kuwait», «la línea defensiva inexpugnable», «los golpes quirúrgicos», «la eficacia de los Patriot», etc., se revelaron, como es sabido, falsas.

PROPAGANDA

Retrospectivamente aparece claro que el viraje decisivo en la operación de propaganda en favor de la guerra se produjo el 12 de septiembre de 2002, cuando Bush, ante el Consejo de Seguridad de la ONU, no dudó en titular su célebre informe acusatorio contra Sadam Husein «Un decenio de mentiras y provocaciones». Al desgranar las pretendidas «pruebas», él mismo enunciaba una sarta de mentiras.

Irak, decía en esencia, mantiene lazos estrechos con la red terrorista al-Qaeda y amenaza la seguridad de Estados Unidos porque posee «armas de destrucción masiva», una expresión forjada por sus consejeros de comunicación y destinada a aterrozar.

Hoy sabemos que estas afirmaciones eran falsas. La administración estadounidense manipuló las informaciones sobre las armas de destrucción masiva. El equipo de 1.200 inspectores del Irak Survey Group que dirigía David Kay no encontró ni la sombra de un indicio de una prueba. En el mismo momento en que Bush

15. Léase, en particular, *La Tyrannie de la communication*, Gallimard, col. Folio Actuel, n.º 92, París, 2001.

lanzaba estas acusaciones, ya había recibido informes de sus servicios de información que demostraban que todo esto era falso.¹⁶ Según Jane Harman, representante demócrata de California, nos encontramos ante «la mayor maniobra de intoxicación de todos los tiempos». ¹⁷ Por primera vez en su historia, Estados Unidos se interroga sobre las verdaderas razones de una guerra...

Una oficina secreta en el seno del Pentágono, la Oficina de Planes Especiales (Office of Special Plans, OSP), ha desempeñado un papel fundamental en esta gigantesca manipulación. Esta oficina, cuya existencia reveló Seymour M. Hersh en un artículo publicado por el *New Yorker*¹⁸ el 6 de mayo de 2002, fue creada después del 11 de septiembre de 2001 por Paul Wolfowitz, el número dos del Departamento de Defensa. Dirigida por Abram Shulsky, un auténtico «halcón», la OSP tiene por misión analizar los datos recogidos por las diferentes agencias de información (CIA, DIA, NSA) con objeto de establecer síntesis y remitirlas al gobierno. Confiando en testimonios de exiliados próximos al Congreso Nacional Iraquí (organización financiada por el Pentágono) y de su presidente, el muy cuestionable Ahmed Chalabi, la OSP hinchó, al parecer considerablemente, la amenaza de las armas de destrucción masiva, así como los lazos entre Sadam Husein y al-Qaeda.

Escandalizados por las manipulaciones y expresándose bajo el nombre de Veteran Intelligence Professionals for Sanity, un grupo anónimo de antiguos expertos de la CIA y del Departamento de Estado afirmó el 29 de mayo, en un memorándum dirigido al presidente Bush, que en el pasado algunas informaciones ya «habían sido falsificadas por razones políticas, pero nunca de una for-

16. Véase *International Herald Tribune*, 14 de junio de 2003, y *El País*, Madrid, 1 y 10 de junio de 2003.

17. *Libération*, París, 28 de mayo de 2003.

18. www.commondreams.org/views03/0506-06.html.

ma tan sistemática, para engañar a nuestros representantes electos con objeto de autorizar una guerra». ¹⁹

Está claro también que el propio Colin Powell fue manipulado. Antes de su famoso discurso del 5 de febrero ante el Consejo de Seguridad, Powell quiso leer el borrador preparado por Lewis Libby, director del gabinete del vicepresidente Cheney. El escrito contenía informaciones tan dudosas que Powell, al parecer, montó en cólera, lanzó las hojas por los aires y declaró: «No leeré esto. Es una m...». ²⁰ Finalmente, el secretario de Estado exigiría que el día 5 de febrero George Tenet, el director de la CIA, estuviera sentado detrás de él en un lugar bien visible, y compartiera la responsabilidad de lo que dijera.

En una entrevista en la revista *Vanity Fair* publicada el 30 de mayo, Paul Wolfowitz reconoció la mentira de Estado. Confesó que la decisión de alegar la amenaza de las armas de destrucción masiva para justificar una guerra preventiva contra Irak se había adoptado «por razones burocráticas». «Nos pusimos de acuerdo en un punto —precisó—, las armas de destrucción masiva, porque era el único argumento sobre el que todo el mundo podía ponerse de acuerdo.» ²¹

La invasión de Irak, como es sabido, se desencadenó para apoderarse del petróleo iraquí y remodelar Oriente Próximo en un sentido favorable a los intereses estratégicos de Estados Unidos, y para garantizar mejor, a largo plazo, la seguridad de Israel. Las armas y los vínculos con al-Qaeda solo eran pretextos.

Bush mintió. Buscando desesperadamente un *casus belli* para esquivar a la ONU y ganar algunos cómplices (Blair y Aznar) para su proyecto de conquista de Irak, no dudó en fabricar una de las mayores mentiras de Estado que se recuerdan.

19. www.counterpunch.org/vips02082003.html.

20. *International Herald Tribune*, 5 de junio de 2003.

21. www.scoop.co.nz/mason/stories/WO0305/S00308.html.

UNA MENTIRA REPETIDA SE CONVIERTE EN VERDAD

El abecé de la propaganda consiste en repetir incansablemente una mentira para transformarla en verdad. Es lo que Bush y los halcones de su entorno no pararon de hacer durante meses, a veces con la complicidad de dirigentes extranjeros. Así, ante la Cámara de los Comunes de Londres, el 24 de septiembre de 2002, su aliado Tony Blair, primer ministro británico, declaraba: «Irak posee armas químicas y biológicas [...]. Sus misiles pueden ser desplegados en cuarenta y cinco minutos».

«En mi mente no existe ninguna duda —confirmaba Donald Rumsfeld, en enero de 2003—: los iraquíes poseen armas químicas y biológicas.» ²² «Creemos que Sadam Husein ha reconstituido, de hecho, armas nucleares», sostenía finalmente el vicepresidente estadounidense, Richard Cheney, en marzo de 2003, en vísperas de la guerra. ²³

En el curso de innumerables declaraciones, el presidente Bush insistió en las mismas acusaciones. El 7 de octubre de 2002, en un discurso que pronunció en Cincinnati (Ohio) justo antes de la crucial votación del Congreso sobre la declaración de guerra, Bush no había dudado en declarar:

Sabemos que Irak y la red terrorista al-Qaeda tienen un enemigo común: los Estados Unidos de América. Sabemos que Irak y al-Qaeda mantienen contactos privilegiados desde hace una década. Algunos dirigentes de al-Qaeda que han huido de Afganistán se han refugiado en Irak. Entre ellos, un jefe muy importante que ha recibido cuidados médicos en Bagdad este año y que estaba relacionado con la preparación de atentados químicos y bio-

22. *Time*, 9 de junio de 2003.

23. *Ibidem*.

lógicos. Hemos sabido que Irak ha formado a miembros de al-Qaeda para fabricar bombas, venenos y gases mortales.

Ninguna de estas afirmaciones era cierta.

Hablando también sobre los supuestos lazos entre Bagdad y al-Qaeda, Bush llegó a aportar los detalles siguientes en otro discurso radiado a la nación, el 8 de febrero de 2003: «Irak ha enviado a trabajar con al-Qaeda a expertos en explosivos y en fabricación de documentos falsos. También ha proporcionado a al-Qaeda entrenamiento en armas biológicas y químicas. Un agente de al-Qaeda fue enviado a Irak en varias ocasiones a finales de los años noventa para ayudar a Bagdad a adquirir venenos y gases».

EL CÓMPLICE ESPAÑOL

Estas acusaciones fueron repetidas igualmente por todos los aliados de Bush, empezando por el más celoso entre ellos, José María Aznar, entonces presidente del gobierno español que, en las Cortes de Madrid, certificaba el 5 de febrero de 2003: «Todos sabemos que Sadam Husein posee armas de destrucción masiva. [...] Todos sabemos igualmente que posee armas químicas».²⁴ Unos días antes, el 30 de enero, en respuesta a una demanda formulada por Bush, Aznar había redactado una declaración de apoyo a Estados Unidos, la Carta de los Ocho, firmada entre otros por Tony Blair, Silvio Berlusconi y Vaclav Havel. En ella afirmaban que «el régimen iraquí y sus armas de destrucción masiva representan una amenaza para la seguridad mundial».

Finalmente, tres días antes del inicio de la guerra, el 16 de marzo, en la cumbre de las Azores, Bush, Blair, Aznar y Durão

24. *El País*, Madrid, 4 de junio de 2003.

Barroso (entonces primer ministro portugués y desde julio de 2004 presidente de la Comisión Europea) declaraban que «el rechazo de Sadam Husein a deshacerse de su capacidad nuclear, química y biológica y de sus misiles de largo alcance» abría la puerta a un ataque militar.

Así, durante más de seis meses, para justificar una guerra preventiva que no deseaban las Naciones Unidas ni la opinión pública mundial, una verdadera máquina de propaganda y de intoxicación conducida por la secta doctrinaria que rodea a Bush propagó mentiras de Estado con una desfachatez propia de los regímenes más detestados del siglo xx.

PUESTA EN ESCENA

La puesta en escena mediática y la manipulación de la opinión pública se convirtieron en preocupaciones centrales de la administración Bush. Y después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, esto se transformó en una auténtica obsesión.

En el primer aniversario del 11 de septiembre —explica un analista—, la Casa Blanca alquiló proyectores tipo Musco (la iluminación que se utiliza en los estadios), instalados en tres barcas, para iluminar cada uno de los 93 metros del símbolo estadounidense de la libertad, de manera que la célebre estatua servía de telón de fondo al discurso del presidente.

Con ocasión de su discurso en el monte Rushmore,²⁵ los produc-

25. En las paredes de granito del monte Rushmore, situado en las Black Hills de Dakota del Sur, cerca de Rapid City, se encuentran esculpidos los rostros gigantescos de cuatro presidentes de Estados Unidos: George Washington, Thomas Jefferson, Theodor Roosevelt y Abraham Lincoln. La obra es del artista Gutzon Borglum.

tores de Bush colocaron el estrado con su podio de tal modo que, cuando las cámaras enfocaban el rostro de Bush, su perfil se alineaba perfectamente con los de los cuatro presidentes tallados en la roca.

Y, desde luego, tenemos la memorable puesta en escena de su aterrizaje a lo *Top Gun* en el puente de despegue del portaaviones *Abraham Lincoln*: Bush, vestido con uniforme de piloto, saludaba a los miembros de la tripulación. El presidente no hizo nada por disipar la ilusión de que era él quien había pilotado el avión hasta el puente. De hecho, él solo fue un pasajero con mono de aviador.

Luego, después de cambiarse de ropa, en un momento elegido del crepúsculo (calculado al minuto, con el gran barco trazando círculos perezosamente mientras esperaba que la luz del sol poniente fuera la ideal), pronunció su discurso anunciando el fin de las hostilidades en Irak. Detrás de él se podía leer sobre una bandera: «MISIÓN CUMPLIDA»²⁶ (en contra de lo que Bush dijo más tarde, la bandera había sido comprada y colocada por su personal y no por la tripulación del navío).

Más tarde, sus productores tuvieron una idea de puesta en escena aún mejor, al enviar al comandante en jefe a Bagdad el día de Acción de Gracias. Hay fotos suyas llevando una gran fuente con un pavo (de cartón) que supuestamente servía a las tropas (preseleccionadas: estas habían sido transportadas expresamente al aeropuerto).²⁷

Michael Deaver, antiguo asistente de Richard Nixon, amigo de Rumsfeld y especialista en la *psy-war*, la «guerra psicológica»,

26. El historiador estadounidense Fritz Stern ha visto en esta puesta en escena de Bush una «leni-riefenstahlización de la política estadounidense», en alusión a la cineasta preferida de Adolf Hitler y propagandista del Tercer Reich Leni Riefenstahl. Léase *Internacional Herald Tribune*, 20 de octubre de 2004.

27. John W. Dean, *Worse than Watergate*; trad. fr. *Bush, le dossier accablant*, pp. 126-127.

resume así el objetivo de la administración Bush en vísperas de las operaciones militares contra Afganistán y contra Irak: «La estrategia militar debe ser pensada en adelante en función de la cobertura televisiva, [pues] si la opinión pública está contigo, nada se te puede resistir, sin ella, el poder es impotente».

Desde el inicio de la guerra contra Afganistán, en coordinación con el gobierno británico, se crearon «centros de información sobre la coalición» en Islamabad, Londres y Washington. Auténticas oficinas de propaganda, estos centros fueron ideados por Karen Hugues, consejera de medios de comunicación de Bush hasta julio de 2002, y sobre todo por Alistair Campbell, el muy poderoso ex gurú de Blair para todo lo relacionado con la imagen política. Un portavoz de la Casa Blanca explicaba así su función: «Las cadenas de información continua difunden informaciones las veinticuatro horas del día; pues bien, estos centros les proporcionarán informaciones veinticuatro horas al día, todos los días».²⁸

ARMAS DE INTOXICACIÓN MASIVA

Recogidas y amplificadas por los grandes medios de comunicación, transformados en órganos de propaganda —en particular por la cadena Fox News—,²⁹ las mentiras a propósito de Irak fueron repetidas *ad nauseam*. Los grandes medios de comunicación no

28. *The Washington Post*, 1 de noviembre de 2001.

29. Véase el documental de Robert Greenwald *Outfoxed* (2004). Esta impactante película sobre la manipulación de la información en Estados Unidos analiza la forma en que el imperio mediático del magnate australo-estadounidense Rupert Murdoch, encabezado por la cadena de información continua Fox News —primera cadena de información de Estados Unidos—, constituye un sistema que pretende manipular la opinión pública a través de sus programas y sus informativos diarios televisados.

realizaron un trabajo de investigación serio y profesional. No verificaron ni pusieron en duda las afirmaciones de la administración Bush. Si lo hubieran hecho, un documental como *Fahrenheit 9/11*, de Michael Moore, no hubiera tenido tanto éxito, porque toda la información que aporta esta película estaba disponible desde hacía tiempo. Pero los medios de comunicación la ocultaban.

Los grandes grupos que controlan la información en Estados Unidos solo tienen un objetivo: obtener el máximo beneficio. Atacar al gobierno y poner en duda sus afirmaciones hubiera podido crearles problemas, de modo que prefirieron reproducir mentiras y participar en la gran manipulación general. Y así se convirtieron en «armas de intoxicación masiva».

El director estadounidense John Sayles, autor de la película *Silver City* (2004), sobre el universo de las elecciones en Estados Unidos y el papel de los medios de comunicación, afirma: «En mi país existen técnicas de la mentira muy elaboradas. La gente acaba por creer que el mundo se divide en el Bien y el Mal. Lo creen porque una mentira repetida hasta la saciedad acaba por parecer verdadera. Por ejemplo, si Fox News repite una mentira, acaba por convertirse en verdad. En cuanto a la CNN, está más a la izquierda que Fox News... pero mucho más a la derecha que la verdad».³⁰

Según Scott Ritter, inspector de la ONU: «Los medios de comunicación son culpables de haber confundido al pueblo estadounidense. Creyeron a pies juntillas las declaraciones de la administración Bush. Y no dieron muestras de responsabilidad a propósito de Irak».³¹

Las redes de televisión Fox News, CNN y MSNC, la cadena

30. Entrevista con John Sayles, *El Mundo*, Madrid, 24 de septiembre de 2004.

31. Scott Ritter, *Frontier Justice*; trad. fr. *Les Mensonges de George W. Bush*, p. 201.

de radio Clear Channel (1.225 emisoras en Estados Unidos)³² e incluso prestigiosos diarios como el *Wall Street Journal*, el *Washington Post* o el *New York Times* siguieron la pauta que marcaba una administración que quería la guerra a cualquier precio.

Estos dos últimos diarios, apreciados en general por su seriedad y considerados como medios de referencia incluso fuera de Estados Unidos, participaron en el «lavado de cerebro» y apoyaron la ficción de la existencia de un arsenal de armas de destrucción masiva en Irak.

John Pilger, especialista en medios de comunicación, juzga así su papel durante los meses que precedieron al ataque contra Irak:

Mucho antes de la invasión, estos dos diarios amenazaban con el lobo por cuenta de la Casa Blanca. En la «primera» del *New York Times* se podían leer los siguientes titulares: «Arsenal secreto [de Irak]: la caza de las bacterias de la guerra», «Un desertor describe los progresos de la bomba atómica en Irak», «Un iraquí habla de renovaciones en los depósitos de armas químicas y nucleares» y «Desertores confirman el dossier estadounidense contra Irak, dicen los oficiales». Todos estos artículos resultaron ser pura propaganda. En un correo electrónico interno (publicado por el *Washington Post*), la periodista del *New York Times* Judith Miller

32. El grupo Clear Channel Communications se desarrolló a partir de 1996. Es el primer grupo estadounidense de radio, posee también unas cuarenta cadenas de televisión en Estados Unidos y, desde 1997, centenares de miles de vallas publicitarias. Tras la compra, en 2000, de la empresa SFX, el mayor organizador estadounidense de conciertos, Clear Channel dispone también de una red de salas de conciertos y para eventos musicales. El grupo se ocupa de las giras de los artistas y de la organización de festivales musicales. Clear Channel está implantada en el mundo: posee radios en ocho países y vallas publicitarias en cuarenta. En Francia, pertenecen a Clear Channel las empresas de carteles publicitarios Dauphin Affichage, France Rail Publicité o France Bus Publicité.

admitió que su fuente principal era Ahmed Chalabi,³³ exiliado iraquí y prevaricador condenado por los tribunales, que dirigía el Congreso Nacional Iraquí (CNI), con base en Washington y financiado por la CIA. Una investigación del Congreso concluyó más

33. Nacido en 1945, Ahmed Chalabi pertenece a una gran familia de banqueros shiíes iraquíes. Chalabi estudió matemáticas en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), en Estados Unidos. En 1977 dirigió en Ammán (Jordania) el Petra Bank, que quebró. Fue acusado de desviar fondos, huyó y fue condenado en rebeldía a veintidós años de trabajos forzados. Volvió a Estados Unidos y estableció relaciones con la CIA y el Rendon Group. Después de la guerra del Golfo, en 1991, fue animado a fundar el Congreso Nacional Iraquí (CNI), financiado por la CIA, del que se convirtió en presidente. Chalabi intimó con el matrimonio Cheney y conoció a Donald Rumsfeld, Richard Perle y James Woolsey. A partir de la llegada de George W. Bush a la presidencia, en enero de 2001, el Pentágono empezó a preparar el derrocamiento de Sadam Husein, y Ahmed Chalabi se encargó de vender la guerra contra Irak a la opinión pública estadounidense. Chalabi insistió en dos ideas: 1) no se trata de una guerra, sino de una «liberación» de los iraquíes, que esperan con impaciencia a sus liberadores, y 2) al atacar al régimen de Sadam Husein, Estados Unidos actúa para preservar su propia seguridad. Chalabi proporcionará al Pentágono y a los grandes medios de comunicación un número importante de falsos «desertores» iraquíes que aportarán informaciones erróneas y confirmarán sus tesis y las de la administración sobre las armas de destrucción masiva y los lazos entre Bagdad y al-Qaeda. A partir del final de la invasión y la toma de Bagdad, Chalabi, que soñaba con ser nombrado «presidente interino» por sus protectores estadounidenses, se aprovechó de los generosos contratos de reconstrucción gracias a empresas que dirigía bajo mano. Ahmed Chalabi se convirtió en el jefe de la desbaasificación de Irak e hizo nombrar a su sobrino, Salem Chalabi, para la presidencia del tribunal encargado de juzgar a Sadam Husein y a los otros altos responsables del antiguo régimen. Pero Chalabi se excedió. La CIA sospechaba que había inducido a error a la administración Bush, en provecho de Irán, haciendo que precipitara el ataque contra el régimen de Sadam Husein, gran enemigo de Teherán. Su caída en desgracia se aceleró, mientras que su rival de siempre, Iyad Alawi, también ligado a la CIA, empezó a tener el viento a favor. El 20 de mayo de 2004, policías y soldados

tarde que casi toda la información proporcionada por Chalabi y otros exiliados del CNI carecía de valor».³⁴

El oficial de la CIA Robert Baer reveló cómo funcionaba este sistema de intoxicación: «El Congreso Nacional Iraquí recogía sus informaciones entre falsos desertores y las trasladaba al Pentágono; luego el Congreso Nacional Iraquí pasaba esas mismas informaciones a los periodistas diciéndoles: “Si no nos creen, llamen al Pentágono”. Así teníamos una información que se movía en círculo. De este modo, el *New York Times* podía decir que tenía dos fuentes para sus informaciones sobre las armas de destrucción masiva en Irak. El *Washington Post* también. Los periodistas no trataban de saber más. Y, por otra parte, a menudo los redactores jefe les pedían que siguieran para apoyar al gobierno, por patriotismo. El *Post* y el *Times* tienen redactores jefe conservadores que apoyaron a la Casa Blanca en este asunto».³⁵

De hecho, el redactor jefe del *Washington Post*, Steve Coll, anunció públicamente su decisión de renunciar a sus funciones el 25 de agosto de 2004, después de que su periódico publicara una investigación de Howard Kurtz, especialista en medios de comunicación, que ponía en evidencia el poco espacio concedido por el *Post* a los artículos que ponían en duda la tesis del gobierno Bush en el período que precedió a la invasión de Irak. «Observa-

estadounidenses registraron la sede del CNI y el domicilio en Bagdad de Chalabi, que huyó a Irán, lo que parecía confirmar su carácter de agente doble. A partir de ese momento, Paul Wolfowitz anunció la suspensión, por parte del Pentágono, de las entregas de 335.000 dólares que se pagaban cada mes al Congreso Nacional Iraquí, el partido de Chalabi, desde 2002.

34. John Pilger, «Fabriquer des citoyens consommateurs, mal informés et bien pensants», *Le Monde diplomatique*, octubre de 2004.

35. Declaración en el documental de Robert Greenwald, *Uncovered: The Whole Truth about the War on Irak*, 2003.

do retrospectivamente, la cobertura parece, en ocasiones, sorprendentemente parcial —escribía Howard Kurtz—, las elecciones de la redacción coincidieron con el apoyo a la guerra.»³⁶

El *New York Times*, por su parte, también entonó un *mea culpa*. En un editorial publicado el 26 de mayo de 2004 reconoció su falta de rigor en la presentación de los acontecimientos que condujeron al conflicto y lamentó haber publicado informaciones erróneas.

Los artículos problemáticos tratan de temas y son de autores diferentes, pero muchos tienen un punto en común. Dependen en buena parte de informaciones de un círculo de informadores iraquíes, exiliados, deseosos de un cambio de régimen en Irak, gente cuya credibilidad ha sido objeto de debate estas últimas semanas (el más destacado entre estos instigadores de la campaña anti-Sadam, Ahmed Chalabi, ha sido nombrado como fuente ocasional desde al menos 1991, e introdujo a periodistas entre otros exiliados). Complicando la tarea de los periodistas, las informaciones que daban estos exiliados a menudo eran confirmadas con entusiasmo por los responsables estadounidenses convencidos de la necesidad de intervenir en Irak. Los responsables del gobierno admiten ahora que a veces se dejaron engañar por la desinformación procedente de estas fuentes. Es lo que les sucedió a numerosos medios de comunicación. Al nuestro en particular [...]. El 26 de octubre y el 8 de noviembre de 2001, por ejemplo, artículos en primera página citaban a opositores iraquíes que describían un campo iraquí secreto donde se entrenaban terroristas islamistas y donde se producían armas biológicas. Estos hechos jamás se verificaron de forma independiente.³⁷

Sobre la base de este tipo de informaciones falsas, las acusaciones mentirosas se multiplicaron en todo el mundo y constituyeron

36. *The Washington Post*, 12 de agosto de 2004.

37. *The New York Times*, 26 de mayo de 2004.

ron el argumento principal de los partidarios de la guerra. En Francia, por ejemplo, fueron recogidas sin reparos y expuestas en los medios de comunicación por personalidades como Pierre Lelouche, Bernard Kouchner, Yves Roucaute, Pascal Bruckner, Guy Millière, André Glucksmann, Alain Finkelkraut, Pierre Rigoulot, etc.³⁸

LA OFICINA DE INFLUENCIA ESTRATÉGICA

El 19 de febrero de 2002, el *New York Times* desvelaba el más increíble proyecto de manipulación de las mentes. Para llevar adelante la «guerra de la información», el Pentágono, obedeciendo las consignas de Donald Rumsfeld y del subsecretario de Estado de Defensa, Douglas Feith, había creado en secreto y colocado bajo la dirección de un general del ejército del aire, Simon Worden, una misteriosa Oficina de Influencia Estratégica que tenía por misión difundir *informaciones falsas* útiles a la causa de Estados Unidos.

«El plan propuesto por el Pentágono, que consiste en desarrollar capacidades de producción de informaciones, incluso potencialmente falsas, destinadas a los medios de comunicación extranjeros —escribían los periodistas Jaes Dao y Eric Schmitt—, forma parte de este nuevo esfuerzo de influencia en dirección a las poblaciones y los dirigentes políticos de países tanto amigos como enemigos de Estados Unidos.»

La Oficina de Influencia Estratégica estaba autorizada a prac-

38. Véase *Le Monde*, 10 y 20 de marzo de 2003; *Le Figaro*, 15 de febrero de 2003. Léase también Anna Bitton, «Ils avaient soutenu la guerre de Bush», *Marianne*, 9 de junio de 2003. Ahora que la mentira ha quedado probada, el silencio de estas personalidades sorprende...

ticar la desinformación, en particular con respecto a los medios de comunicación extranjeros. El diario neoyorquino precisaba que la Oficina había firmado un contrato de cien mil dólares mensuales con un gabinete de comunicación, Rendon Group, que ya había sido empleado en 1990 en la preparación de la guerra del Golfo y que había puesto a punto una extraordinaria intoxicación mediática: la falsa declaración de la «enfermera» kuwaití que afirmaba haber visto a soldados iraquíes saquear la maternidad del hospital de Kuwait y «arrancar a los bebés de las incubadoras y matarlos sin piedad tirándolos al suelo». ³⁹ Este testimonio había sido decisivo para convencer a los miembros del Congreso de que votaran a favor de la guerra del Golfo...

El Rendon Group está especializado en el «marketing de guerra». Su fundador, John W. Rendon, se define como un «guerrero de la información». Y explica de este modo lo que eso significa: «¿Recordáis a los kuwaitíes que recibían a los liberadores americanos en 1991? ¿Y las banderas que agitaban? ¿Os preguntasteis quién les había proporcionado las banderas? ¡Fue Rendon!».

Durante toda la campaña de intoxicación que precedió a la invasión de Irak, el Rendon Group desempeñó un papel decisivo. Por cuenta de la CIA y en coordinación con el Congreso Nacional Iraquí, llevó a cabo un considerable trabajo de propaganda contra el régimen de Sadam Husein: exposiciones itinerantes sobre las atrocidades cometidas por Bagdad, fotos de kurdos martirizados, cómics que ridiculizaban a Sadam Husein, vídeos, emisiones de radio, etc. Y también creó dos emisoras de radio clandestinas: Iraqi Broadcasting Corporation y Hurriah Radio.

39. Esta falsa enfermera era la hija del embajador de Kuwait en Washington y su falso testimonio había sido ideado y redactado en el gabinete de Rendon Group por Michael K. Deaver, antiguo consejero de comunicación del presidente Reagan.

Rendon llegó a reclutar a un iraquí conocido por sus imitaciones de la voz de Sadam Husein para hacerlo participar en emisiones de radio con objeto de provocar el desorden entre los cuadros del régimen iraquí.

Rendon Group, cuyo eslogan oficial es «La información es un elemento del poder», ⁴⁰ realiza también trabajos de vigilancia por cuenta de la administración de Estados Unidos. El grupo descifra y filtra, gracias a herramientas estándar de búsqueda y de alerta semántica, el contenido de millares de medios de comunicación en ochenta países. Rendon ha sometido a vigilancia a centenares de grupos de activistas en todo el mundo y en sitios de Internet, y analiza todos los reportajes sobre las guerras de Afganistán e Irak.

Oficialmente disuelta, después de las revelaciones de la prensa, la Oficina de Influencia Estratégica permaneció, sin duda, en activo. ¿Cómo explicar si no algunas de las más groseras manipulaciones de la guerra de Irak? En particular, la enorme mentira referente a la espectacular liberación de la soldado Jessica Lynch.

EL CASO DE JESSICA LYNCH

Se recordará que, a principios de abril de 2003, los grandes medios de comunicación estadounidenses difundieron su historia con un impresionante lujo de detalles. Jessica, de solo diecinueve años, formaba parte de un grupo de diez soldados estadounidenses capturados por las fuerzas iraquíes a 375 kilómetros de Bagdad. Caída en una emboscada el 23 de marzo, se decía que había resistido hasta el final, disparando contra sus atacantes hasta agotar las municiones, después de haber visto morir a su lado a su compañera Lori Piestawa, de veintitrés años. Finalmente había recibido una puñalada, ha-

40. Véase el sitio oficial del grupo, www.rendon.com.

bía sido atada brutalmente y llevada a un hospital en territorio enemigo, en Nasiriya. Allí aún había sido golpeada y maltratada por un oficial iraquí.

Una semana más tarde, fuerzas especiales estadounidenses helitransportadas conseguían liberarla en el curso de una operación sorpresa, precedida de un intenso tiroteo y de explosiones. A pesar de la resistencia de los guardias iraquíes, los comandos conseguían penetrar heroicamente en el hospital, rescatar a Jessica y llevarla en helicóptero a Kuwait.

Aquella misma noche, el presidente Bush anunció a la nación desde la Casa Blanca la liberación de Jessica Lynch. Los grandes diarios explicaron que la CIA había conseguido localizar a la joven prisionera gracias a su red de espías, y que ella había coordinado la operación de rescate con los servicios especiales del ejército y la marina. Ocho días más tarde, el Pentágono remitía a los medios de comunicación una cinta de vídeo rodada durante la hazaña con escenas dignas de las mejores películas de guerra.

Jessica fue aclamada como una heroína. Las revistas *Time* y *Vanity Fair* le dedicaron sus portadas. Fue entrevistada por Diane Sawyer en la cadena ABC y por Larry King en la CNN. Y recibió las más altas condecoraciones militares, entre ellas la mítica Purple Heart, reservada a los héroes de leyenda.

Pero la invasión de Irak acabó el 9 de abril de 2003, y tres periodistas españoles —Gervasio Sánchez del *Heraldo de Aragón*,⁴¹ Guillermo Altares de *El País* y Ana Alba de *Avui*— se dirigieron a Nasiriya. Los periodistas descubrirían allí, en circunstancias imprevisibles, que la versión oficial de la historia de Jessica Lynch no era más que un entramado de mentiras.

41. Gervasio Sánchez fue el primer periodista que reveló la verdad sobre el caso de Jessica Lynch. Léase su artículo «El rescate de la soldado Lynch no tuvo nada de heroico», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 7 de mayo de 2003.

Según la investigación que realizaron entre los médicos iraquíes que habían atendido a la muchacha —confirmada por los doctores estadounidenses que la habían auscultado después de su liberación—, las heridas de Jessica (una pierna y un brazo fracturados, un tobillo dislocado) no eran debidas a disparos de armas de fuego sino provocadas, sencillamente, por el accidente del camión en que viajaba... Tampoco había sido maltratada. Al contrario, los médicos habían hecho todo lo posible por cuidarla bien: «Había perdido mucha sangre —explicó el doctor Saad Abdul Razak—, y tuvimos que hacerle una transfusión. Por suerte, miembros de mi familia tienen el mismo grupo sanguíneo que ella, cero positivo. Y pudimos conseguir sangre en cantidad suficiente. Su pulso era de ciento cuarenta cuando llegó aquí. Creo que le salvamos la vida».⁴²

Afrontando serios riesgos personales, estos médicos trataron luego de ponerse en contacto con el ejército estadounidense para devolverles a Jessica. Dos días antes de la intervención de los comandos especiales, habían llevado incluso en ambulancia a su paciente cerca de las líneas estadounidenses para entregarla. Pero los soldados abrieron fuego sobre ellos y estuvieron a punto de matar a su propia heroína... La llegada, antes de la salida del sol, el 2 de abril, de comandos especiales equipados con una impresionante panoplia de armas sofisticadas sorprendió al personal del hospital. Desde hacía dos días, los médicos habían informado a las fuerzas estadounidenses de que el ejército iraquí se había retirado y de que Jessica les esperaba...

El doctor Anmar Uday explicó la escena a John Kampfner, de la BBC: «Era como en una película de Hollywood. No había ningún soldado iraquí, pero las fuerzas especiales estadounidenses utilizaban sus armas. Disparaban balas de fogueo y se escuchaban explosiones. Gritaban: "Go! Go! Go!". El ataque contra el hospital era una

42. *El País*, 7 de mayo de 2003.

especie de show, o una película de acción con Sylvester Stallone». ⁴³

Las escenas fueron grabadas con una cámara de visión nocturna por un ex ayudante de Ridley Scott en la película *Black Hawk derribado* (2001). Según Robert Scheer, de *Los Angeles Times*, estas imágenes fueron enviadas luego, para el montaje, a la sede del mando central del ejército estadounidense en Qatar y, una vez supervisadas por el Pentágono, se difundieron en todo el mundo. ⁴⁴

La historia de la liberación de Jessica Lynch permanecerá en los anales de la propaganda de guerra. En Estados Unidos tal vez sea considerada como el momento más heroico de este conflicto, ⁴⁵ aunque se haya probado que se trata de un invento tan falso como las «armas de destrucción masiva» que poseía Sadam Husein o los vínculos entre el antiguo régimen iraquí y al-Qaeda. ⁴⁶

LA GUERRA DE LAS IMÁGENES

Toda guerra moderna se desarrolla en dos frentes: uno militar y otro mediático. En nuestras sociedades hiperinformadas, este último tiene casi más importancia que el primero, porque vehicula

43. BBC, Londres, 18 de mayo de 2003.

44. *Los Angeles Times*, 20 de mayo de 2003. Consultar también el sitio: <http://www.robertscheer.com>.

45. La cadena NBC realizó un telefilm basado en la falsa versión del caso, aunque no dudó en designarlo como «based on the true story», titulado *Saving Jessica Lynch*. Difundido el domingo 10 de noviembre de 2003, fue visto por 14,9 millones de telespectadores. Por otra parte, con la ayuda del periodista Rick Bragg, Jessica Lynch explicó su (falsa) historia en un libro titulado *I am a Soldier, Too* (Knopf, Nueva York, 2003), en el que añade, sin duda para hacerlo más atrayente, que fue «brutalmente violada por sus carceleros».

46. El ejército estadounidense reconoció, en un informe publicado el 10 de julio de 2003, que la versión oficial del rescate de Jessica Lynch contenía numerosas «exageraciones».

signos, sugiere ideas, evoca mitos, crea conciencia. Y porque el ser humano siempre sentirá pasión por los símbolos.

La larga «guerra contra el terrorismo internacional» empezó por una derrota simbólica de Estados Unidos. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 se tradujeron en imágenes (los aviones-bomba destruyendo el World Trade Center) de humillación. El símbolo del poder económico estadounidense aniquilado por una espectacular operación terrorista. A partir de ese momento, el presidente Bush, como un león herido, no ha dejado de buscar a los autores de este crimen odioso; pero no solo a ellos, sino también una imagen mediática que hiciera olvidar la de las Torres hundiéndose en un caos de polvo, sangre y terror.

Con este objetivo, Donald Rumsfeld creó en el Pentágono una célula de comunicación especializada en la producción de escenas destinadas a provocar un impacto fuerte y favorable sobre la opinión pública estadounidense. Los miembros de esta célula se encuentran en el origen de la idea, que surgió en marzo de 2003, de «infiltrar» (*embedded*) periodistas en el seno de las fuerzas invasoras en Irak. Más tarde, cuando los conquistadores tomaron Bagdad, idearon el derribo de la gigantesca estatua de Sadam Husein. E imaginaron igualmente la superchería de la soldado Jessica Lynch. Finalmente, pusieron en escena el anuncio del fin de las hostilidades por parte del presidente Bush, disfrazado de piloto de guerra al estilo *Top Gun*, a bordo del portaaviones *Abraham Lincoln*, portando la declaración triunfal: «Misión cumplida».

Pero ninguna de estas escenas tenía la fuerza simbólica pretendida. Por otra parte, con la intensificación de la resistencia iraquí, las contraimágenes de helicópteros destruidos y de soldados abatidos sembraban dudas sobre la eficacia de la propaganda oficial.

Por esta razón, se necesitaba una imagen «decisiva». Y se contaba con la de Sadam Husein capturado. Dentro de esta óptica, el Departamento de Defensa estudió la mejor manera de anunciar

la detención del dictador. No quería cometer el mismo error que se había producido con la muerte de los hijos de Sadam, cuyos cuerpos, acribillados a balazos, resultaban irreconocibles y tuvieron que ser «restaurados»...

El Pentágono elaboró un documento interno «High value Target n.º 1», en el que se analizaba la mejor forma de divulgar el arresto de Sadam. Se nombró a un ex periodista, Gary Thatcher, para que estudiara la manera más conveniente de realizar este anuncio. Thatcher previó dos posibilidades: Sadam muerto o Sadam vivo. En el primer caso, se efectuaría inmediatamente, en Bagdad, una identificación por ADN. De todos modos, el anuncio debería ser realizado por un iraquí.

Para no convertir a Sadam Husein en un mártir, la opción «vivo» era preferible. Así pues, cuando se conoció la posición exacta de su escondite, el 13 de diciembre de 2003, las fuerzas especiales estadounidenses infiltraron un gas por el sistema de ventilación que aturdió al ex presidente y le impidió utilizar su arma para defenderse o suicidarse. Luego Gary Thatcher ideó, con especial cuidado, la puesta en escena de las imágenes que se difundirían en todo el mundo mostrando por primera vez a Sadam Husein detenido. Se filmó a Sadam al modo de un vídeo de aficionado, sin sonido, a través de un espejo invisible. Se buscaron dos oposiciones: negro/blanco, peludo-barbudo/calvo-lampiño. Se acentuó, pues, el contraste entre el ex dictador de barba hirsuta, de largos cabellos desgreñados, vestido de negro, y el fondo de la habitación, de un blanco aséptico, con el médico calvo, imberbe, vestido con una blusa blanca, que se encontraba frente a él. Este último dominaba a Sadam Husein por su estatura, lo manipulaba, lo despiojaba, le inspeccionaba la boca con guantes de goma blancos.

Más allá de su tono humillante —y contrario a la Convención de Ginebra—, esta visión de un hombre sometido, dócil, vulne-

nable, con el aire de un vagabundo piojoso (y no de un jefe guerrero), auscultado como un paciente pasivo, estaba destinada a la opinión pública árabe e iraquí.

Una imagen fatal para las miles de representaciones narcisistas que el ex dictador, en su delirante culto a la personalidad, hacía exponer con complacencia en los muros y las plazas de Irak.

¿Hacia una nueva era de violencia mundial?

LA GUERRA CONTRA EL «TERRORISMO INTERNACIONAL»

Ante tanta arbitrariedad por parte de Washington, incluso viejos aliados de Estados Unidos se resistieron a apoyarlos en su cruzada contra Irak. Dos de ellos, Francia y Alemania, en un movimiento de casi insubordinación, afirmaron, a partir de finales de enero de 2003, que no se habían reunido pruebas que justificaran una intervención armada. Pidieron que los inspectores de la ONU prolongaran su trabajo para que quedara eliminada cualquier duda sobre la posibilidad de posesión de armas de destrucción masiva por parte de Bagdad. Y reclamaron, en cualquier caso, que una nueva resolución del Consejo de Seguridad de la ONU autorizara explícitamente el uso de la fuerza contra Bagdad.

Francia no excluía hacer uso, si era preciso, de su derecho de veto. Esta posición franco-alemana animó a China y a otros miembros del Consejo de Seguridad, algunos muy próximos a Washington, como México o Chile, a adoptar posiciones menos tímidas y a reclamar igualmente una nueva resolución de la ONU.

Esta actitud irritó considerablemente a Washington, en particular por lo que respectaba a Berlín, que fue acusado, como París, de deslealtad. Pero no modificó la intención de invadir Irak. Colin Powell, por ejemplo, al llegar al Foro Económico Mundial de Davos, el 25 de enero de 2003, confirmó que Estados Unidos podía

contar con una docena de «países amigos», lo que, según él, era más que suficiente para constituir una «coalición internacional» contra Irak.

Estos países habían aceptado la tesis de la administración Bush según la cual los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 han sumido al mundo en una nueva era de violencia política y de horror que tiene como responsable al «terrorismo internacional». A golpe de imágenes terribles, testimonios alucinantes y crudos reportajes, los grandes medios de comunicación confirmaron esta visión y propagaron el miedo relatando atentados, explosiones mortíferas, tomas de rehenes espectaculares...

No pasa una semana sin que se vierta un doloroso tributo de sangre y de lágrimas, de Israel a Bali, de Karachi a Beslan, de Yemen a Palestina, de Madrid a Casablanca, de Riad a Estambul... dando así la impresión de que el planeta, una vez más, se ve barrido por el huracán de una especie de nuevo conflicto mundial —«la guerra contra el terrorismo internacional»— más atroz aún que los precedentes, más angustioso, más sanguinario. Un conflicto del que la guerra de Irak sería un simple episodio.

UN MUNDO PACIFICADO

Pero esta impresión es falsa. En contra de las apariencias, la violencia política nunca ha sido tan débil como desde hace decenios. Las revueltas y las insurrecciones de carácter político, las guerras y los conflictos ideológicos nunca han sido tan poco numerosos. En este sentido, por sorprendente que pueda parecer, y aunque les pese a los medios de comunicación, el mundo está calmado, ampliamente pacificado.

Para convencerse bastará comparar el panorama internacional actual con el de hace solo veinticinco o treinta años. La casi to-

talidad de los grupos contestatarios radicales partidarios de la lucha armada, tan numerosos a principios de los años setenta, han desaparecido. Y la mayoría de los conflictos políticos de alta y baja intensidad relacionados con el enfrentamiento ideológico de la guerra fría, que causaban cada año decenas de miles de muertos en todos los continentes, han terminado.

En casi todos los países de América Latina, por ejemplo, donde Ernesto «Che» Guevara fue asesinado en 1967, guerrillas rurales o urbanas practicaban entonces la lucha armada para conquistar el poder, desencadenando aquí y allá (en Colombia, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Perú...) verdaderas guerras civiles largas y mortíferas o golpes de Estado militares (Brasil, Chile, Argentina, Uruguay) que desembocaban en sangrientas dictaduras.

Incluso en América del Norte existían grupos contestatarios radicales que no excluían la violencia como forma de acción política, tanto en Estados Unidos (puertorriqueños y Black Panthers) como en Canadá (Frente de Liberación de Quebec).

También en Europa occidental, las organizaciones armadas multiplicaban los atentados, las tomas de rehenes y los asesinatos, no solo en el País Vasco español (ETA) y en Irlanda del Norte (IRA y unionistas protestantes), sino también en Alemania (Fracción del Ejército Rojo o «banda Baader-Meinhof»), en Italia (Brigadas Rojas) y en Francia (Acción Directa, Frente de Liberación Nacional Corso FLNC).

En África, los conflictos eran aún más numerosos, del Sahara occidental a Angola, pasando por Guinea-Bissau, Chad, Libia, Mozambique, Etiopía, Eritrea, Somalia, Sudán, Rodesia-Zimbabue, Namibia y Sudáfrica, donde el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela proseguía su lucha armada por la abolición del *apartheid*.

En Oriente Próximo, la intensidad del enfrentamiento entre israelíes y palestinos era ya muy grande, marcada tanto por episo-



dios odiosos (matanza de los atletas israelíes en Munich en 1972) como por conflictos abiertos (guerra del Yom Kippur en 1973), mientras comenzaba la terrible guerra civil del Líbano (1975-1987) y su cortejo de crímenes ignominiosos.

En Asia, con el apoyo militar de la India, Bangladesh había desencadenado una guerra de secesión de Pakistán, y la violencia alcanzaba el paroxismo en Cachemira y llegaba igualmente a Sri Lanka, donde los tigres tameses inventaban el atentado suicida. En Filipinas, la dictadura reprimía con violencia al Frente Islámico de Liberación Moro (FILM) de los musulmanes de Mindanao, mientras en Vietnam proseguía una de las guerras más mortíferas de la historia (58.000 estadounidenses y más de dos millones de vietnamitas muertos...), que contagiaría Laos y Camboya, donde los jemeres rojos iban a entregarse a un verdadero genocidio contra su propia población. En Indonesia, los comunistas eran abatidos por centenas de miles, Timor Oriental era invadido y sus poblaciones eran diezmadas...

EXTINCIÓN DEL MARXISMO REVOLUCIONARIO

Frente a ese mundo, el de hoy aparece extrañamente tranquilo. La gran realidad de la época contemporánea, en este aspecto, es que el marxismo como fuente de protesta, de revuelta, insurrección y revolución se ha agotado. Al menos por el momento. Un signo suplementario del fin de la era industrial y de la creencia en que la clase obrera era el motor de la historia. La mayoría de las hogueras que había encendido la perspectiva marxista de construir un mundo mejor están hoy apagadas o en vías de extinción.

Exceptuando a Afganistán e Irak, apenas quedan, a escala planetaria, una decena de focos de violencia: Colombia, Chechenia, Oriente Próximo (Israel-Palestina), Costa de Marfil, Sudán (Dar-

fur), Congo, Cachemira, Nepal, Sri Lanka, Filipinas... Es cierto que ha hecho su aparición un nuevo practicante de la violencia política —el islamismo radical—,¹ que multiplica las acciones mortíferas y ocupa ahora el primer plano de la escena mediática. Pero sus acciones, por espectaculares que sean, no deben ocultar lo esencial: la lucha política armada se ha hecho más rara.

Esto no quiere decir que otras formas de violencia no estén actuando. Empezando por la violencia económica que ejercen, de un extremo a otro de la Tierra, en la época de la globalización liberal, los dominantes sobre los dominados. Las desigualdades alcanzan dimensiones inéditas.

Pocas veces el mundo ha conocido una situación tan indignante, pues la mitad de la humanidad vive en la pobreza, y más de un tercio, en la miseria, ochocientos millones de personas padecen hambre, cerca de mil millones siguen siendo analfabetas, mil quinientos millones no disponen de agua potable, dos mil millones siguen sin tener electricidad... Pero, por increíble que pueda parecer, estos millones de parias de la Tierra se mantienen políticamente tranquilos. Se trata incluso de una de las mayores pa-

1. El islamismo es una corriente política que hace del islam y sus valores la base de su doctrina. Es generalmente pacífico y democrático. El Partido de la Justicia y el Desarrollo de Recep Tayyip Erdogan, por ejemplo, que gobierna actualmente en Turquía —como resultado de unas elecciones democráticas— es representativo de esta corriente. El islamismo radical es la opción de los que, para alcanzar antes el poder, eligen la vía de las armas y la violencia. Entre los islamistas radicales, la corriente más extremista es la de los *salafíes yihadistas*. Partidarios de una especie de «guerra santa» incluso contra los musulmanes que se han alejado del islam de los orígenes, preconizan «un retorno a las leyes de Dios y a la sociedad profética del islam original». Estos islamistas no solo quieren derrocar los regímenes árabes o musulmanes corruptos e impopulares y atacar a sus aliados occidentales, sino también depurar el orden político existente. La red al-Qaeda de Osama Bin Laden pertenece a esta corriente salafí yihadista.

radojas de nuestro tiempo: más pobres y menos revueltas que nunca.

Esta situación —sin duda, una transición debida al agotamiento del marxismo como motor internacional de la revuelta social— probablemente no durará. No solo porque, en la época de la mundialización liberal, las injusticias son más escandalosas que nunca, sino porque otras formas de violencia alcanzan dimensiones paroxísticas. En particular la violencia de los pobres contra los pobres y esta otra forma a menudo primitiva de la revuelta² que adopta las formas de la delincuencia, la criminalidad y la inseguridad, y que un poco por todas partes adquiere las características de una verdadera guerra social.

En América Latina, por ejemplo, hace treinta años, ante las injusticias crecientes, un joven que encontrara un arma tenía muchas probabilidades de querer ingresar en un grupo que practicara la lucha armada para, según pensaba, cambiar el porvenir del mundo y mejorar la suerte de la humanidad.³ Hoy, debido al hundimiento de ciertas utopías, un joven que encuentre un arma pensará antes que nada en él y en los suyos, y tal vez elija, sintiéndose víctima de la falta de respeto por parte de la parte dominante en el contrato social, romper a su vez este contrato, atacando un banco o robando en una tienda.

En Argentina, desde el inicio de la gran crisis económica en diciembre de 2001 y la depauperación masiva de las clases medias, los índices de «delincuencia» se han multiplicado por cuatro... En Brasil, uno de los países con mayores desigualdades del mundo

2. Léase Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001.

3. Véase la película de Walter Salles, *Diarios de motocicleta* (2004), que trata el recorrido iniciático a través de América del Sur, en 1952, del que sería Che Guevara.

—donde los electores votaron masivamente en 2002 a favor del «candidato de los pobres» Luiz Inácio Lula da Silva—, la guerra social alcanza proporciones tremendas. Solo en la ciudad de Río de Janeiro, entre 1987 y 2000, murieron por herida de bala más menores de dieciocho años que en el conjunto de los conflictos de Colombia, Yugoslavia, Sierra Leona, Afganistán, Israel y Palestina. En el curso de estos trece años, por ejemplo, 467 jóvenes encontraron la muerte en el conflicto Israel-Palestina; durante el mismo período, 3.937 menores fueron abatidos en las calles de Río...⁴

Ante la oleada creciente de lo que los medios de comunicación siguen llamando «inseguridad», numerosos países del Sur —México, Colombia, Nigeria, África del Sur, etc.— gastan ahora más en esta guerra social que en su propia defensa nacional. Brasil, en particular, consagra el 2 por ciento de su riqueza anual (PIB) a sus fuerzas armadas, y más del 10,6 por ciento a proteger a los ricos contra la desesperación de los pobres...

LA REVUELTA ISLAMISTA

Una de las grandes lecciones de la historia de la humanidad es esta: en cualquier tiempo y lugar, ante la acumulación de injusticias y desigualdades, los seres humanos han acabado siempre por rebelarse. Y un poco por todas partes se siente crecer de manera alarmante el grado de todas las formas de violencia. Sobre todo bajo la forma de actos delictivos y criminales que a menudo son manifestaciones primitivas, arcaicas, de agitación social. No se trata todavía de violencia política. Pero se siente que esta llega.

Ocurrió así en el mundo árabe y musulmán durante decenios, sobre todo después del fracaso de ciertas experiencias independen-

4. *El País*, Madrid, 11 de septiembre de 2001.

tistas, nacionalistas o socialistas. Hoy, en estos países, el islamismo radical del tipo al-Qaeda arma ideológicamente a generaciones enteras de personas abandonadas a su suerte, cuyo único destino consiste en intentar sobrevivir en la humillación, la miseria y la delincuencia. Ofrece a millones de olvidados y marginados un ideal político-religioso a menudo confuso a los ojos de Occidente, pero que, sin embargo, les motiva y por el que están dispuestos (como antes lo estuvieron los militantes anarquistas, comunistas o nacionalistas) a todos los sacrificios, incluido el de ofrecer su vida. Su potencial de violencia es excepcional, como se vio el 11 de septiembre de 2001. Y podría ser aún más terrible.

Esa es, al menos, la opinión de Olivier Roy, director de investigaciones en el CNRS:

El fenómeno al-Qaeda, como sus distintas manifestaciones, aparece ante todo como transnacional y solo tiene lazos circunstanciales con Oriente Próximo. La dinámica de movilización y de acción solo está ligada de forma indirecta a los conflictos de la región, que se inscriben ante todo en lógicas nacionalistas. Se tiende a "sobreislamizar" a al-Qaeda y a minusvalorar su dimensión global, antiimperialista y tercermundista. La lógica del movimiento será, sin duda, la de encarnar no tanto la defensa del islam como la vanguardia de los movimientos de contestación del orden establecido y de la superpotencia norteamericana.⁵

5. Léase Olivier Roy, «Al-Qaida, label ou organisation?», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2004.

Un desafío al orden internacional

OBJETIVO: EL PETRÓLEO

La Carta de las Naciones Unidas, ley común del planeta, afirma solemnemente en su preámbulo: «Nosotros, pueblos de las Naciones Unidas, resueltos a preservar a las generaciones futuras de la plaga de la guerra [...] y a instituir métodos que garanticen que no se hará uso de la fuerza de las armas salvo en el interés común [...], hemos decidido aunar nuestros esfuerzos para realizar estos designios». Desde su artículo inicial, la Carta subraya que el primer objetivo de la ONU es el de «mantener la paz y la seguridad internacionales» y «reprimir todo acto de agresión u otra ruptura de la paz».

Al lanzar, al amanecer del jueves 20 de marzo de 2003, su «guerra preventiva» contra Irak e invadir este país sin mandato de la ONU y sin haber sido autorizados por ninguna otra organización internacional, como la OTAN, Estados Unidos y sus aliados británicos violaron, pues, la legalidad internacional, pisotearon los principios fundamentales de las Naciones Unidas, se situaron fuera de la ley y se comportaron claramente como agresores. Ese fue el motivo de que tanta gente se movilizara en todas partes contra la guerra.

Numerosos ciudadanos se preguntaron si no era absurdo consagrar decenas de miles de millones de dólares a un conflicto que nada parecía justificar, cuando estas sumas serían tanto más útiles

si se dedicaran a la educación, la salud, la alimentación, el alojamiento y la alfabetización de los aproximadamente tres mil millones de pobres con que cuenta el planeta.

El mundo sigue preguntándose por las verdaderas razones de esta intervención militar. El pequeño grupo de «halcones» que rodea al presidente Bush piensa, como se creía en el siglo XIX y como han creído todos los dirigentes políticos ebrios de poder, que la fuerza hace el derecho y que siempre se puede aportar, ante cualquier problema político, económico o social, una solución militar...

Dos objetivos justificaban, así, la intervención. En primer lugar, la preocupación a menudo expresada por Richard Cheney, y convertida en una obsesión a partir del 11 de septiembre de 2001, por la unión entre un «Estado delincuente» y el «terrorismo internacional». Hay que reconocer que esta inquietud era anterior a la llegada de la administración Bush. Por ejemplo, ya en 1997, William Cohen, secretario de Defensa del presidente Clinton, había declarado: «Nos enfrentamos a la posibilidad de que actores regionales, ejércitos de tercer orden, grupos terroristas e incluso sectas religiosas traten de obtener un poder desproporcionado mediante la adquisición de armas de destrucción masiva».¹ Y, por otra parte, en un comunicado difundido el 11 de enero de 1999, Osama Bin Laden admitía que este riesgo era bien real: «No considero como un crimen —declaraba— el tratar de adquirir armas nucleares, químicas y biológicas».²

No es sorprendente, pues, que George W. Bush, adoctrinado por Cheney, afirmara que esta eventualidad constituía una preocupación constante para él: «Nuestro temor es que los terroristas

1. Citado por Barthélémy Courmont y Darko Ribnikar en *Les Guerres asymétriques*, PUF, París, 2002, p. 228.

2. *Ibidem*.

encuentren un Estado fuera de la ley que pueda proporcionarles la tecnología para matar».³

Este «Estado fuera de la ley», en la mente del presidente de Estados Unidos, no era sino el Irak de Sadam Husein. De ahí la teoría de la «guerra preventiva», definida el 20 de septiembre de 2002,⁴ que James Woolsey, antiguo director de la CIA, resumía de la manera siguiente: «La nueva doctrina nacida de esta batalla asimétrica contra el terror es la de la “disuasión avanzada” o la “guerra preventiva”. Dado que los terroristas siempre tienen la ventaja de atacar en secreto en cualquier momento y en cualquier lugar, la única defensa consiste en cogerlos ahora, allí donde se encuentren, antes de que puedan encontrarse en situación de asestar su golpe».⁵ Naturalmente, no se requería ninguna autorización de las Naciones Unidas.

El segundo motivo —no confesado— era conseguir el control del Golfo y de sus fabulosas reservas de hidrocarburos. Una gran parte de la opinión pública internacional está convencida de que la invasión de Irak no tenía más objetivo que el petróleo. La razón verdadera era controlar una de las principales reservas de hidrocarburos del mundo. El antiguo vicepresidente Al Gore reveló que «justo dos semanas antes de la entrada en funciones de Bush [en enero de 2001], su Consejo de Seguridad Nacional había recibido la orden de “fusionar las políticas operacionales contra los estados potencialmente terroristas” y las clandestinas “acciones de la Oficina de la Energía de Cheney” con objeto de hacerse con los yacimientos de petróleo y de gas nuevos o existentes».⁶

3. Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, 12 de septiembre de 2002.

4. Léase Paul-Marie de La Gorce, «Un dangereux concept, la guerre préventive», *Manière de voir*, n.º 67.

5. *El País*, Madrid, 3 de agosto de 2002.

6. Al Gore, «El desesperado de la razón», *El Mundo*, Madrid, 26 de octubre de 2004.

Más de dos tercios de las reservas mundiales conocidas de petróleo se encuentran concentradas bajo el suelo de apenas siete estados situados a orillas del Golfo: Irán, Irak, Kuwait, Arabia Saudí, Bahrein, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos. Para los países desarrollados (aunque también para China), y sobre todo para Estados Unidos, grandes derrochadores de energía, esta región no admite comparación con ninguna otra, desempeña un papel fundamental en el dispositivo geopolítico debido a sus recursos energéticos y posee una de las claves indispensables de su crecimiento y de su modo de vida.

Cualquier intervención contra países del Golfo es considerada, por tanto, como una amenaza para los «intereses vitales» de Estados Unidos. Y esto era así también mucho antes de la elección de George W. Bush.

Ya en 1980, en su discurso sobre el estado de la Unión, el presidente James Carter, premio Nobel de la Paz en 2002, definía de este modo la doctrina estadounidense para la región: «Cualquier tentativa por parte de cualquier potencia extranjera de conseguir el control de la región del Golfo Pérsico será considerada como un ataque contra los intereses vitales de Estados Unidos de América. Y este ataque será rechazado con todos los medios necesarios, incluida la fuerza militar».⁷ En esa época, claro está, Carter pensaba en el Irán del ayatolá Jomeini y en la revolución islámica, que acababa de derribar al sha en 1979, infligiendo así una grave derrota a Estados Unidos.

Controlada por los británicos tras el desmantelamiento del Imperio otomano al final de la Primera Guerra Mundial, la región del Golfo se encontraba desde 1945 bajo protección estadounidense. Sin embargo, dos importantes países productores de petróleo escapaban a la influencia de Washington: Irán desde la revolución

7. Citado por Bob Woodward en *The Commanders*, Simon and Schuster, Nueva York, 1991; trad. fr. *Chefs de guerre*, trad. fr., Calmann-Lévy, París, p. 226.

islámica de 1979 e Irak desde la invasión de Kuwait en 1990. Además, desde los atentados del 11 de septiembre, la propia Arabia Saudí parecía haberse vuelto sospechosa debido a sus lazos con el islamismo militante y a la ayuda financiera que supuestamente habían aportado algunos saudíes a la red al-Qaeda.

Washington consideró, sin duda, que no podía permitirse perder un tercer peón en el tablero del Golfo. Y aún menos uno de la importancia de Arabia Saudí, primer productor de hidrocarburos y poseedor de las principales reservas de petróleo y de gas del mundo. De ahí la tentación de ocupar Irak bajo falsos pretextos y recuperar el control militar y político de la región. Pero no era difícil adivinar que, más allá de las dificultades militares de la conquista de la antigua Mesopotamia, la gestión de un Irak liberado de Sadam Husein por fuerzas de ocupación estadounidenses no sería en absoluto fácil.

En la época en que poseía lucidez, en 1991, Colin Powell valoraba esta inextricable dificultad:

Por más que despreciáramos a Sadam Husein por lo que había hecho, Estados Unidos no tenían ningún deseo de destruir su país. En el curso de los diez últimos años, nuestro gran rival en Oriente Próximo había sido Irán y no Irak. Queríamos que Irak siguiera haciendo de contrapeso a Irán. Arabia Saudí no quería que los shiíes tomaran el poder en el sur de Irak. Los turcos tampoco querían que, en el norte, los kurdos se independizaran de Irak [...]. Los estados árabes no querían que Irak fuera invadido y desmantelado [...]. Un Irak dividido en facciones sunní, shií y kurda no contribuiría a la estabilidad que queríamos en Oriente Próximo. El único medio de evitar esto hubiera sido conquistar y ocupar esta lejana nación de veinte millones de habitantes. No creo que eso fuera lo que los estadounidenses deseaban.⁸

8. Colin Powell, *My American Journey*, Random House, Nueva York, 1995; trad. fr. *Un enfant du Bronx*, Odile Jacob, París, 1995, pp. 414 y 452.

Sin embargo, es lo que han deseado el presidente Bush, el vicepresidente Cheney y los halcones de Washington.

Porque, al obtener el control de las segundas reservas mundiales de hidrocarburos, el presidente Bush creía que podría dar un vuelco total al mercado petrolífero planetario. Según pensaba, bajo el protectorado estadounidense Irak podría doblar rápidamente su producción de crudo, lo que tendría como consecuencia inmediata una caída del precio del petróleo⁹ y favorecería el crecimiento de Estados Unidos.

Esto le hubiera permitido igualmente apuntar hacia otros objetivos estratégicos. En primer lugar, propinar un golpe muy duro a una de las bestias negras de Washington, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), y de rebote a algunos de sus países miembros, en particular a Libia, Irán y Venezuela. Aunque tampoco se hubieran librado países amigos de Estados Unidos, como México, Indonesia, Nigeria o Argelia...

ESTADOS FUERA DE LA LEY

Desde la creación de la ONU en 1945, nunca dos estados fundadores, miembros permanentes del Consejo de Seguridad (y que se cuentan, además, entre las más viejas democracias del mundo), habían transgredido de forma tan brutal la legalidad internacional para convertirse, a ojos de esta, en lo que forzosamente hay que llamar «estados delincuentes».

El orden del mundo se ha trastornado por completo. No en términos de jerarquía del poder, ya que la supremacía de Estados Unidos sigue siendo incuestionable, sino en términos de valores

9. En este aspecto, el desengaño es total: los precios del barril de petróleo en el momento de la invasión se situaban en torno a los veintidós dólares... ¡y en noviembre de 2004 alcanzaban los cincuenta dólares!

políticos. La protesta de millones de ciudadanos en todo el mundo, e incluso en el interior de Estados Unidos, contra esta guerra estuvo motivada por el convencimiento de que se trataba de una guerra inmoral. Sin hacerse demasiadas ilusiones, todo el mundo esperaba del país más poderoso de la Tierra que se comportara como una potencia ética, como un campeón del respeto al derecho y un modelo de sometimiento a la ley. O al menos que no diera ostensiblemente la espalda a los grandes principios de la moral política.

Ahora bien, desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 parecía que Estados Unidos, bajo la presidencia de George W. Bush, hubiera pasado a defender una concepción particularmente cínica de la razón de Estado y del interés nacional. Recogiendo el viejo consejo de Maquiavelo —«Un príncipe [...] a menudo se ve obligado, para conservar su Estado, a actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión»—,¹⁰ Bush y los halcones que le rodean decidieron actuar contra la ley, contra la moral, contra los derechos humanos, contra el derecho internacional.

Al dimitir del gobierno de Tony Blair, que había puesto a disposición de Estados Unidos, a modo de fuerzas suplementarias, un cuerpo expedicionario británico, Robin Cook, presidente de los socialistas europeos, explicó: «La dura realidad es que se pide a Gran Bretaña que se comprometa en una guerra sin el apoyo de ninguna de las instituciones internacionales de las que somos miembros destacados. En nuestro caso, sin el aval de la OTAN ni de la Unión Europea. Y, desde hace poco, sin el acuerdo del Consejo de Seguridad de la ONU. Encontrarse en semejante aislamiento diplomático constituye un serio revés».¹¹

Después de un desastre diplomático sin precedentes, en que la

10. Maquiavelo, *El príncipe*, Alianza, Madrid, 1998.

11. Robin Cook, «Les raisons d'un départ», www.madvideo.ch/war/cook.htm.

superpotencia estadounidense se vio incapaz de ganar para sus argumentos, en el seno del Consejo de Seguridad, a países situados desde hacía tiempo en su esfera de influencia, como México, Chile o Pakistán, Washington vivió un nuevo y severo revés con el rechazo de Turquía, un muy antiguo aliado y protegido, a dejar pasar a las tropas estadounidenses por su territorio para atacar Irak por el norte.

UNA INVASIÓN ILÍCITA

Sin preocuparse por estas contrariedades, Bush mantuvo su proyecto de agresión contra Irak y anunció el apoyo de una «coalición» heteróclita de una cuarentena de países en la que los antiguos países comunistas son legión y entre los que figuran Azerbaiyán, Uzbekistán y Turkmenistán, dictaduras neototalitarias que se cuentan entre las más siniestras del mundo...

A pesar de dirigir sus ataques contra un régimen tiránico como el de Sadam Husein, se pudo constatar claramente que Bush y su entorno eran incapaces de imponerse en el terreno moral. Su desprecio del derecho internacional, la arrogancia que les daba la fuerza bruta de su potencial militar, provocó incluso la mayor oleada de antiamericanismo que haya conocido el mundo desde la guerra de Vietnam (1961-1975).

La Comisión Internacional de Juristas, organismo consultivo de la ONU con sede en Ginebra, había prevenido, el 18 de marzo de 2003, contra cualquier ataque lanzado contra Irak sin el mandato de la ONU. «Un ataque semejante sería ilícito y constituiría una guerra de agresión», afirmaba esta comisión, como antes lo habían hecho otras asociaciones de juristas británicos, franceses, españoles o belgas.¹² «No hay base jurídica para una intervención

12. www.ulb.ac.be/droit/cdi/appel_irak.html.

como esta —declaraba la Comisión—; en ausencia de una autorización del Consejo de Seguridad, ningún Estado tiene derecho a recurrir a la fuerza contra otro Estado, salvo en caso de legítima defensa, en respuesta a un ataque armado.»

El Consejo de Seguridad estimó, en vísperas del 20 de marzo de 2003, que Irak no representaba una amenaza inmediata que pudiera justificar una «guerra inmediata». Por otra parte, la «legítima defensa» supone la existencia de una agresión armada previa que Irak no había efectuado, puesto que no tuvo ninguna participación en los atentados del 11 de septiembre. Y la noción de «legítima defensa preventiva» no se acepta en el derecho internacional.

Bush justificó también la invasión de Irak por la necesidad de cambiar el régimen de este país y expulsar a Sadam Husein. Pero, por muy loables que sean, estos argumentos no justifican, según la Carta de las Naciones Unidas, una decisión unilateral de recurso a la fuerza. Esto abriría la puerta a toda clase de iniciativas militares unilaterales (¿y si China decidiera invadir Taiwan para cambiar el régimen?, ¿y si la India decidiera ocupar Nepal?) que reinstaurarían, en materia de política internacional, la ley de la jungla, la ley del más fuerte y la derrota del derecho.

En cuanto al pretexto, igualmente invocado por Washington, de querer instaurar una democracia en Irak —«un Irak donde la dignidad, la justicia y los derechos humanos reinen para bien de todos»—, tampoco puede considerarse como una justificación legal de la agresión. Ya en el siglo XVII el jurista Grocio, fundador del derecho de gentes, afirmaba, en su célebre libro *De jure belli ac pacis*, que «querer gobernar a los otros contra su voluntad, bajo el pretexto de que es bueno para ellos» constituye el argumento más frecuente de las «guerras injustas».

RESISTENCIAS EN LA ONU

Otros países (Francia, Alemania, Bélgica...) y una parte importante de la opinión pública internacional respondieron con un triple «no» a estas cuestiones. Reconocían la gravedad de los cargos, pero opinaban que podían formularse estas mismas acusaciones—in-cumplimiento de las resoluciones de la ONU, violaciones de los derechos humanos y posesión de armas de destrucción masiva—contra otros estados del mundo, empezando, por ejemplo, por Pakistán e Israel,¹³ estrechos aliados de Estados Unidos contra los que nadie pensaba declarar una guerra. Y señalaban también que Washington guardaba un silencio cómplice sobre muchas otras dictaduras amigas de Estados Unidos (Arabia Saudí, Egipto,¹⁴ Jordania, Túnez, Pakistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Guinea Ecuatorial, etc.) que pisoteaban los derechos humanos.

Por otra parte, consideraban que, sometido desde hacía doce años a un embargo devastador, a una limitación de su soberanía aérea, a bombardeos regulares y a una vigilancia permanente, el

13. Numerosas acusaciones dirigidas contra el odioso régimen iraquí podrían aplicarse a aliados de Estados Unidos. Por ejemplo, a Israel, que desde hace treinta y cinco años desafía a la ONU, posee armas de destrucción masiva, biológicas, químicas y nucleares y ocupa militarmente, desde 1967, territorios extranjeros. O a Pakistán, que, desafiando los tratados internacionales, posee igualmente armas nucleares y misiles balísticos y apoya a grupos armados que realizan acciones violentas en la Cachemira india, amenazando así a la región con una guerra atómica...

14. Desde hace más de veinte años, Egipto, que recibe anualmente 3.000 millones de dólares de ayuda de Estados Unidos (igual que Israel), prohíbe cualquier manifestación en la calle, la oposición sufre una represión feroz (hay más de 20.000 detenidos políticos...) y los homosexuales son condenados a duras penas. El general Hosni Mubarak, en el poder desde hace veintidós años, se plantea ceder la presidencia a su hijo... Esta dictadura es calificada, sin embargo, en los grandes medios de comunicación estadounidenses y franceses como un «régimen moderado», y el autócrata que la dirige es considerado perfectamente frecuentable...

régimen iraquí no parecía constituir una «amenaza inminente» para sus vecinos, y menos aún para el resto del mundo. Irak era un país debilitado que no suponía una amenaza para nadie.

Finalmente, a propósito de la interminable búsqueda de armas inencontrables, muchos estaban tentados de pensar como Confucio: «No se puede atrapar a un gato negro en una habitación oscura, sobre todo si no hay gato». Consideraban que los inspectores de la United Nations Monitoring, Verification and Inspection Commission (UNMOVIC), dirigida por el diplomático sueco Hans Blix, y los de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AEIA), dirigida por el experto egipcio Mohamed al-Baradei, realizaban progresos constantes, como atestiguaban los informes presentados ante el Consejo de Seguridad, y que esto debía permitir alcanzar el objetivo buscado—el desarme integral de Irak—sin recurrir a la guerra.

Por haber hecho suyo este sensato razonamiento y haber sabido expresarlo con firmeza a través de su ministro de Asuntos Exteriores de la época, Dominique de Villepin, en la sede de las Naciones Unidas, el presidente francés Jacques Chirac encarnó a ojos de aquellos que en todo el mundo se oponían a esta guerra la resistencia frente a la prepotencia estadounidense.

En pocas semanas, Chirac obtuvo una popularidad internacional que pocos dirigentes franceses habían alcanzado antes que él. Como el personaje del general Della Rovere en la célebre película de Roberto Rossellini,¹⁵ es posible que Chirac se encontrara por casualidad haciendo el papel de resistente, pero hay que reconocer que asumió la misión con brillantez.

15. En *El general Della Rovere* (1959), Roberto Rossellini cuenta la historia de un estafador (encarnado por Vittorio de Sica) al que los ocupantes nazis persuaden para que se haga pasar por el general Della Rovere, uno de los jefes de la resistencia, con objeto de descubrir la identidad de los partisanos. Poco a poco el estafador acaba por identificarse de tal modo con su papel que actúa de veras como un resistente y muere como un héroe.

Un nuevo mundo se perfila

HACIA EL PODER IMPERIAL

¿Y si el verdadero motivo —no confesado— de esta guerra fuera el de afirmar la hegemonía de Estados Unidos en el mundo? El equipo de ideólogos que rodea a George W. Bush (Cheney, Rumsfeld, Wolfowitz, Perle, etc.) hace tiempo que ha teorizado esta ascensión hacia el poder imperial de Estados Unidos.

En 1992, como hemos visto, Richard Cheney y Paul Wolfowitz ya habían redactado las «Recomendaciones sobre la política de defensa» que desvelaban su intención de establecer un verdadero Imperio americano. «Nuestra prioridad —escribían— es obstaculizar la emergencia de un nuevo rival. Esto exige que impidamos a cualquier potencia extranjera hostil que domine una región cuyos recursos pudieran conferirle un poder mundial.»¹

Era el fin de la guerra fría y, al contrario que la mayor parte de los estrategas, que preconizaban un menor peso del potencial militar, ellos promovían la reorganización de las fuerzas armadas y el recurso a ultranza a las nuevas tecnologías con objeto de restituir a la guerra su carácter de instrumento central de la política exterior.

En esa época, explica un testigo, «el síndrome de Vietnam

1. *The New York Times*, 8 de marzo de 1992.

todavía permanecía vivo. Los militares solo querían recurrir a la fuerza si todo el mundo estaba de acuerdo en ello. Las condiciones impuestas requerían prácticamente un referéndum nacional antes de que pudiera utilizarse la fuerza. No era posible ninguna declaración de guerra sin un acontecimiento catalizador como Pearl Harbor».²

Este equipo de tipos duros ya había conseguido poner en marcha, en diciembre de 1989 y sin el acuerdo del Congreso ni el de las Naciones Unidas, la operación Causa Justa, es decir, la invasión de Panamá (más de mil muertos) y el derrocamiento del general Noriega, reemplazado por una marioneta proamericana llegada en los furgones del ejército de invasión, Guillermo Endara.

Estos mismos hombres dirigieron luego, en febrero de 1991, la guerra del Golfo. Y de vuelta en el poder en enero de 2001, ya nada ha parecido frenarles. Por medio de la Patriot Act han dotado a los poderes públicos de un instrumento liberticida temible; han prometido «exterminar a los terroristas», han propuesto la teoría de la «guerra global contra el terrorismo internacional», han conquistado Afganistán y derribado al régimen de los talibanes. Y finalmente han definido la nueva doctrina de la «guerra preventiva» y han justificado, a base de propaganda e intoxicación, la invasión de Irak.

Estos hombres desean apartar poco a poco a Estados Unidos del marco político multilateral. Por este motivo empujaron al presidente Bush a denunciar el protocolo de Kioto sobre los gases de efecto invernadero, el tratado de misiles de antibalísticos (ABM), el tratado que instituye un Tribunal Penal Internacional, el tratado de Ottawa sobre las minas antipersona, el protocolo sobre armas biológicas, el acuerdo sobre armas de pequeño calibre, el tratado sobre la prohibición total de las armas nucleares, e incluso la

2. Bob Woodward, *The Commanders*; trad. fr. *Chefs de guerre*, p. 226.

Convención de Ginebra sobre los prisioneros de guerra en lo que concierne a los detenidos en el penal de Guantánamo y la práctica de la tortura en la prisión de Abu Ghraib, en Bagdad.

El próximo paso podría ser el rechazo del arbitraje del Consejo de Seguridad, lo que amenazaría de muerte el sistema de las Naciones Unidas.

VASALLAJE

La guerra, piensan, dará sentido a su supremacía militar y les garantizará una hegemonía imperial. Pero deben recordar que un imperio no tiene aliados. Solo tiene vasallos. La mayoría de los estados miembros de la Unión Europea parecen haber olvidado esta realidad histórica. Bajo las presiones de Washington, que les ha forzado a enrolarse en su guerra contra Irak, gobiernos en principio soberanos se han dejado reducir así a la triste condición de satélites.

Según la nueva «estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos»,³ la arquitectura geopolítica mundial incluirá en adelante, en su cima, a una única superpotencia, Estados Unidos, que «disfruta de una fuerza militar sin igual» y que no dudarán «en actuar solos, si es necesario, para ejercer [su] derecho a la autodefensa actuando a título preventivo». Una vez identificada una «amenaza inminente», «América intervendrá antes incluso de que la amenaza se concrete».

Hablando claro, esta doctrina restablece el derecho a la «guerra preventiva» que Hitler aplicó en 1941 contra la Unión Soviética, y Japón, el mismo año, en Pearl Harbor, contra Estados Unidos.

3. Texto íntegro, en versiones inglesa y francesa, disponible en el sitio: lemonde.fr.

dos... Y borra igualmente de un plumazo un principio fundamental del derecho internacional, adoptado al final de la guerra de los Treinta Años en el tratado de Westfalia en 1648, que establecía que un Estado no intervendrá, y sobre todo no lo hará militarmente, en los asuntos internos de otro Estado soberano...

Todo esto significa que el orden internacional fundado en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, y regido por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) agoniza. Washington asume ahora sin complejos su posición de «líder global». Y lo hace, además, con una actitud de menosprecio y arrogancia. La condición de imperio es abiertamente reivindicada por los neoconservadores que pululan en el seno de la actual administración estadounidense.

En consecuencia, las Naciones Unidas son marginadas o reducidas a una cámara de registro que debe inclinarse ante las decisiones de Washington. Porque un imperio no se pliega a ninguna ley que no haya promulgado. Su ley se transforma en ley universal. Y hacer que esta ley sea respetada por todos, si es preciso por la fuerza, se convierte en su «misión imperial». Así se cierra el círculo.

En la atmósfera de intimidación que reinaba en el período de preguerra contra Irak, y forzosamente sin tomar conciencia del cambio estructural en curso, muchos dirigentes europeos (en el Reino Unido, Italia, España, Países Bajos, Portugal, Dinamarca, Suecia...) adoptaron con respecto al Imperio americano, en un reflejo de caniche, la actitud de sumisión servil que corresponde a los vasallos fieles, echando, de paso, por la borda la independencia nacional, la soberanía y la democracia. Mentalmente franquearon entonces la línea que separa al aliado del enfeudado, al socio de la marioneta...

GEOPOLÍTICA ESTADOUNIDENSE EN ORIENTE PRÓXIMO

En un (improbable) escenario wilsoniano de remodelación del mapa de Oriente Próximo,⁴ se atribuye al vicepresidente Cheney la idea de que Arabia Saudí podría ser desmantelada para establecer un emirato independiente, bajo protectorado estadounidense, en la rica provincia petrolífera saudí de Hasa, región con una población mayoritariamente shíi en la que se encuentran situados los principales yacimientos de petróleo saudíes.

En este sentido, la administración Bush propuso a sus aliados, en febrero de 2004 y luego en la cumbre del G8 en Sea Island, el 8 de junio, así como en la cumbre de la OTAN en Estambul el 28 de junio, un ambicioso proyecto de «Gran Oriente Próximo», un vasto plan de remodelación de un conjunto regional que va desde el Magreb a Pakistán.

La idea básica de esta iniciativa fue expuesta por Bush el 20 de enero de 2004 en su discurso sobre el estado de la Unión: «Mientras Oriente Próximo siga siendo presa de la tiranía, de la desesperación, de la cólera, continuará produciendo hombres y movimientos que amenacen la seguridad de Estados Unidos y de nuestros amigos. Estados Unidos persigue, pues, una estrategia de libertad en Oriente Próximo. Vamos a desafiar a los enemigos de la reforma».

El 26 de febrero de 2003 indicó también, ante el American Enterprise Institute: «Un Irak liberado podrá mostrar cómo la libertad puede transformar a esta región que reviste una importancia extrema [...]. Existen signos prometedores de un deseo de libertad en Oriente Próximo. Jefes de fila de la región hablan de un nuevo mapa árabe que preconizaría la reforma interior, una mayor participación política, la apertura económica y el libre comercio».

4. Al que se opone Turquía, que no quiere por nada del mundo que exista un Estado kurdo en la región.

¿Dentro de esta perspectiva, el conflicto contra Irak precederá acaso, a más o menos largo plazo, a otro ataque contra Siria o contra Irán, país clasificado ya por Bush como miembro del Eje del Mal? Las reservas iraníes de hidrocarburos completarían así el fabuloso botín que Washington ha obtenido en esta primera guerra de la nueva era imperial... Sin duda, la tentación de proceder a una especie de efecto dominó y realizar intervenciones militares sucesivas contra Siria e Irán debió de ser grande, pero el giro desastroso que han tomado las cosas en Irak, el empantanamiento en el caos y la imposibilidad de acabar, a pesar de la aplastante superioridad militar, con una resistencia extremadamente pugnaz parecen haber enfriado los ánimos y haber devuelto hasta cierto punto a la razón al entorno de Bush.

NEOCOLONIALISMO

Hay que decir que, tras la victoria, todo se complicó en Irak, desde el primer día, para los ocupantes norteamericanos. «Es un gran día para Irak», había declarado, sin embargo, el general estadounidense Jay Garner⁵ al hacer su entrada en un Bagdad bombardeado y saqueado, como si su augusta aparición significara el fin milagroso de los mil y un problemas que agobian a la antigua Mesopotamia.

Lo que dejaba más estupefacto no era tanto la indecencia de la declaración como la manera resignada, apática, con que los

5. Conocido por sus simpatías proisraelíes, el general Jay Garner dirigió con éxito, en 1991, al final de la guerra del Golfo, la operación Provide Comfort de ayuda a los kurdos de Irak. Nombrado administrador de Irak después de la ocupación, Garner fue bruscamente relevado de sus funciones un mes después y reemplazado, el 6 de mayo de 2003, por Paul Bremer.

medios de comunicación cubrieron la instalación del que sin duda habría que llamar «procónsul de Estados Unidos». Como si ya no existiera el derecho internacional. Como si hubiéramos vuelto a la época de los mandatos.⁶ Como si, al fin y al cabo, fuera normal que en el siglo XXI Washington designara a un oficial (de la reserva) de las fuerzas armadas estadounidenses para gobernar un Estado soberano...

Esta decisión de nombrar un «administrador» para controlar un país vencido, tomada sin consultar a los miembros fantasma de la «coalición», recordaba enojosamente antiguas prácticas de la época de los imperios coloniales. ¿Cómo no pensar en Clive gobernando India, en lord Kitchener dirigiendo Sudáfrica o en Lyautey administrando Marruecos? Y nosotros que creíamos que estos abusos se encontraban condenados para siempre por la moral política y por la historia...

No tiene nada que ver una cosa con otra, dirán algunos; la «transición en Irak» más bien debería compararse con la experiencia del general Douglas McArthur en Japón después de 1945. Pero ¿no resulta esto aún más inquietante? ¿Qué relación puede haber entre Irak, que no tuvo nada que ver en los atentados del 11 de septiembre, y el Japón militarista e imperialista, una de las mayores potencias del mundo, culpable del «ataque preventivo» contra Pearl Harbor en 1941?

Ciertamente, el general Garner dio a entender que esta ocupación no sería eterna: «Nos quedaremos el tiempo necesario —afirmó— y nos iremos lo más rápidamente posible».⁷ Pero la historia nos enseña que este «tiempo necesario» puede ser demasiado lar-

6. Inventado al final de la guerra 1914-1918, el régimen de «mandato» reemplazó al de «protectorado», término considerado por el presidente estadounidense Wilson como demasiado colonialista...

7. *El País*, Madrid, 22 de abril de 2003.

go. Tras haber invadido Filipinas y Puerto Rico en 1898, bajo el pretexto altruista de «liberar» estos territorios y a sus poblaciones del yugo colonial, Estados Unidos no tardó en reemplazar a la antigua potencia dominante. Después de haber reprimido a los resistentes nacionalistas, no abandonó Filipinas hasta 1946, y aun después siguió interviniendo en los asuntos del nuevo Estado y apoyó, en cada elección presidencial, al candidato de su elección, como en el caso del dictador Ferdinand Marcos, que permaneció en el poder de 1965 a 1986... Y sigue ocupando Puerto Rico todavía hoy... Incluso en Japón y Alemania, sesenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial, que estos dos estados perdieron, la presencia del ejército estadounidense sigue siendo masiva.

Así, al ver desembarcar en Bagdad a ese general Gardner y a su equipo de 450 administradores occidentales, uno no podía dejar de pensar que Estados Unidos, en esta fase neoimperial, estaba asumiendo lo que Rudyard Kipling llamó «la carga del hombre blanco». O lo que la Sociedad de Naciones, en 1918, calificaba de «misión sagrada de civilización» con respecto a los pueblos «incapaces de dirigirse a sí mismos en las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno».⁸

El neoimperialismo de Estados Unidos recupera la concepción romana de una dominación moral —fundada hoy en la convicción de que la globalización liberal y la difusión de la civilización occidental son buenas para todo el mundo—, pero también militar y mediática, ejercida sobre pueblos considerados más o menos como inferiores.⁹

Después del derrocamiento de la odiosa dictadura de Sadam

8. Véase Yves Lacoste, *Dictionnaire de géopolitique*, Flammarion, París, 1993, p. 964.

9. La actitud de Francia y de Alemania, opuestas a la guerra contra Irak, ha permitido evitar que, en el seno de las opiniones públicas árabes, este conflicto aparezca como la expresión de un choque de civilizaciones.

Husein, Bush prometió establecer en Irak una democracia ejemplar, cuya irradiación conduciría, impulsada por el Nuevo Imperio, a la caída de todos los regímenes dictatoriales de la región. Comprendidos, asegura James Woolsey,¹⁰ antiguo director de la CIA y próximo al presidente Bush, los de Arabia Saudí y Egipto...

¿Es creíble una promesa semejante? Evidentemente, no. Donald Rumsfeld, ministro de Defensa, se apresuró, por otra parte, a precisar que «Washington rechazará reconocer a un régimen islámico en Irak incluso si este fuera el deseo de la mayoría de los iraquíes y reflejara el resultado de las urnas».¹¹ La democracia es buena para la propaganda, pero no (todavía) para los iraquíes.

Probablemente a causa de este desprecio las tropas de ocupación estadounidenses permitieron el saqueo de Bagdad. Habíamos oído hablar del pillaje de Constantinopla, en 1204, por parte de los cruzados católicos; de la destrucción de México-Tenochtitlan, en 1521, por los conquistadores españoles, y del saco de Roma, en 1527, por las tropas de Carlos V. Los cronistas de estas épocas nos han dejado una descripción horrorizada de los tesoros robados, las casas devastadas, los monumentos expoliados y los palacios incendiados.

Los historiadores árabes nos contaron también, con detalles espantosos, las dos destrucciones precedentes de Bagdad: la de 1258 por los mongoles del jefe Hulagu Kan, que, entre otros actos de barbarie, lanzaron al Tigris los 400.000 volúmenes de la gran biblioteca de la Universidad al-Mustansiriya, y la de 1401 por otros mongoles crueles, los del terrible Tamerlán, el «cojo de hierro», que saquearon la mayor suma de riquezas culturales que había llegado a reunirse jamás.

Esta región de Mesopotamia (*mesos potamos*, «tierra entre ríos»),

10. *International Herald Tribune*, 8 de abril de 2003.

11. *El País*, art. cit.

la del Creciente Fértil, la de los valles del Tigris y el Éufrates, está considerada como «la cuna de la humanidad». Aquí, cinco mil años antes de Cristo, aparecieron por primera vez los entramados de culturas complejas que llamamos civilizaciones. En estas tierras se sucedieron las civilizaciones acadia, sumeria, babilonia, asiria... Aquí nacieron la agricultura, la ciudad (Babel), el Estado, la escritura (cuneiforme), la ley (el código de Hammurabi), la religión monoteísta (Abraham nació en Ur), la medicina, la astronomía, el cultivo de la caña de azúcar, el cero y las cifras árabes...

Es la región que la Biblia designa como el Paraíso terrenal, el «jardín del Edén» (Génesis, 2, 14), donde se dice que «Dios creó a la mujer»... Tierra de la legendaria biblioteca de Nínive, de la torre de Babel y de los jardines suspendidos de Babilonia, considerados por los griegos como una de las siete maravillas del universo.

Después de la toma de Bagdad, los actos de vandalismo comportaron la destrucción de una gran parte de los testimonios de todas estas glorias antiguas. En una semana, el Estado más antiguo del mundo fue desposeído de lo esencial de sus tesoros arqueológicos y artísticos bajo la mirada impasible de las fuerzas estadounidenses. Mientras los blindados de los ocupantes protegían el Ministerio del Petróleo, los siete museos nacionales más grandes eran saqueados, y la Biblioteca Nacional, incendiada. Los museos arqueológicos (en Bagdad, Mosul y Tikrit) fueron despojados del 80 por ciento de sus 150.000 piezas. «Los carros de combate estadounidenses estaban estacionados ante la entrada principal del museo cuando los saqueadores lo expoliaron ante las narices de los soldados —declaró el profesor de arqueología Damergi, de la Universidad de Bagdad—. Pedimos ayuda a los soldados para oponernos a los saqueadores, pero nos respondieron que no habían recibido instrucciones de intervenir.»

El Museo de Arte Moderno sufrió el ataque de los vándalos;

el Conservatorio Nacional de Música fue destruido; la Biblioteca Coránica, incendiada; las ruinas de Babilonia y más de cinco mil enclaves arqueológicos, saqueados...

Eminentes arqueólogos habían prevenido a las tropas estadounidenses de los riesgos de robo con consecuencias desastrosas. Mucho antes del inicio de los combates, algunos especialistas habían sido recibidos en el Pentágono para sensibilizar a los militares sobre «la probabilidad de pillaje de los enclaves históricos», y habían identificado los lugares sensibles que se debían proteger. «Estaban informados. Todo esto hubiera podido evitarse», denunció el profesor Jeremy Black, especialista en el Irak antiguo en la Universidad de Oxford. A pesar de los avisos, no se hizo nada para impedir este atraco de la memoria.¹²

Miles de piezas del Museo de Bagdad fueron destruidas, y más de 75.000 objetos fueron robados. Entre ellos había algunas piezas excepcionales, como la estatua en bronce de Basitki, el arpa de Ur, el carnero ornamentado de Ur o la cabeza de rey acadio. Entre los libros de la Biblioteca Nacional que ardieron se encontraba el *Canon de la medicina* de Avicena y el *Tratado sobre los números* de Abu-Said al-Maghrebi, que fueron durante siglos manuales de referencia en las facultades occidentales...

Esta aniquilación de una parte de la historia de la humanidad provocó la dimisión de Martin Sullivan y Richard Lanier, consejeros culturales del presidente Bush, y de Gary Vikan, miembro del comité estadounidense de la propiedad cultural, «a causa de la pasividad de las fuerzas americanas» ante tales actos. El presidente Bush se limitó a deplorar lo que calificó de «lamentable incidente». En cuanto a Donald Rumsfeld, responsable, en última instancia, del saqueo, lo comparó con un simple «tumulto».

12. Léase el artículo «Qui a planifié le pillage des musées nationaux irakiens?», en http://www.reseauvoltaire.net/article_9534.html.

to, algo parecido a lo que ocurre en las gradas de un estadio de fútbol».

UNA DEMOCRACIA MILITAR DE NUEVO TIPO

Semejante demostración de ignorancia y de desprecio por la cultura universal sobrepasa nuestra capacidad de entendimiento. Resulta difícil comprender cómo unos dirigentes con esta mentalidad podrían redibujar el mundo, volver a trazar las fronteras y civilizar a las poblaciones... Sin embargo, estos hombres se proclaman defensores de grandes ideales: la libertad, la democracia, la prosperidad... Y en su nombre proceden a la transformación de Estados Unidos en una democracia militar de nuevo tipo, enlazando así con la ambición de todos los imperios.

Los colonialistas de antaño no actuaban de otro modo. «Pensaban —recuerda el historiador Douglas Porch— que la difusión del comercio, del cristianismo, de la ciencia y de la eficacia de la administración de Occidente ampliarían los límites de la civilización y reducirían las zonas de conflicto. Gracias al imperialismo, la pobreza se convertiría en prosperidad, el salvaje encontraría la salvación, la superstición se convertiría en luz y se instauraría el orden donde antes reinaba la confusión y la barbarie.»¹³

Para evitar esta preocupante deriva, Francia y Alemania, en nombre de una cierta idea de la Unión Europea,¹⁴ eligieron hacer de contrapeso —no hostil— a Estados Unidos en el seno de

13. Douglas Porch, *Wars of Empire*, Cassell, Londres, 2000; trad. fr. *Les Guerres des empires*, Autrement, París, 2002, p. 16.

14. Véase Robert Kagan, «Power and Weakness», *Policy Review*, n.º 113, junio-julio de 2002. Léase también Graham E. Fuller, «Old Europe — or old America?», *International Herald Tribune*, 12 de febrero de 2003.

la ONU. «Estamos convencidos —afirmó De Villepin— de que se necesita un mundo multipolar y de que una potencia sola no puede asegurar el orden mundial.»¹⁵

¿Es posible un nuevo mundo bipolar, un mundo en el que el segundo polo podría estar constituido, bien por la Unión Europea, si esta sabe unirse, bien por una alianza inédita París-Berlín-Moscú? Esta perspectiva podría sacar por fin a Europa de sesenta años de miedos y le permitiría redescubrir la voluntad política. Un paso tan audaz que ha revelado, por contraste, la pusilanimidad de ciertos gobiernos europeos (Blair en el Reino Unido, Aznar en España, Berlusconi en Italia, Kwasniewski en Polonia...), acostumbrados desde hacía demasiado tiempo al papel de vasallos.

Estados Unidos empezaba a sentirse cómodo en un mundo unipolar dominado por la fuerza de su potencial militar. La guerra contra Irak debía servir para demostrar su nuevo poder imperial. Pero Francia y Alemania vinieron a recordarle que, en materia de poder, existen cuatro factores decisivos: el político, el ideológico, el económico y el militar. La globalización había podido hacer creer que solo la ideología (liberal) y la economía (financiera) constituían factores fundamentales. Y que los otros dos (el político y el militar) se habían convertido en secundarios. Pero era un error. En la nueva organización del mundo que se está fraguando, Estados Unidos apuestan por lo militar. Francia y Alemania, en cambio, por lo político. Para afrontar los problemas que agobian a la humanidad, estos dos últimos países apuestan por la paz perpetua. El presidente Bush y su entorno, por la guerra perpetua.¹⁶

15. Entrevista con De Villepin, *Le Journal du Dimanche*, París, 16 de febrero de 2003.

16. Esta fascinación por el poder militar recuerda algunas obsesiones fascistas. Benito Mussolini, el fundador del fascismo moderno, definía así esta doctrina: «El fascismo no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de la



EL OTRO EJE DEL MAL

¿Favorecerá Washington el desarrollo y la democratización de la región ocupando militarmente Irak y haciendo que una amenaza militar se cierna sobre el conjunto de Oriente Próximo? No parece que ese sea el camino. El hecho es que, como en todas partes, las sociedades de Oriente Próximo son también víctimas de la mundialización liberal. Y hay que saber que esta ataca a las sociedades en tres frentes.

El primer frente, de importancia central porque concierne a la humanidad en su conjunto, es el de la economía. Este frente se plasma en la actuación de lo que realmente hay que llamar el «Eje del Mal»,¹⁷ constituido por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio.

Este eje maléfico sigue imponiendo al mundo la dictadura del mercado, la preeminencia del sector privado y el culto del lucro, provocando en el conjunto del planeta daños aterradores: gigantesca quiebra fraudulenta de Enron, crisis monetaria en Turquía, hundimiento calamitoso de Argentina, devastaciones ecológicas en todas partes... La Conferencia Internacional sobre la Financiación del Desarrollo, que se celebró en Monterrey (México) del 21 al 22 de marzo de 2003, agravó aún más el desastre general al afirmar que el sector privado debe convertirse en el principal actor

paz perpetua [...]. Solo la guerra conduce a la energía humana a su máximo, ennobleciendo a los pueblos bastante valerosos para empeñarse en ella [...]. Para el fascismo, la expansión del Imperio, es decir, de la Nación, es una manifestación esencial de la vitalidad que se opone a la decadencia». Benito Mussolini (con Giovanni Gentile), *Enciclopedia italiana*, Roma, 1932.

17. En su discurso sobre el estado de la Unión del 29 de enero de 2002, el presidente de Estados Unidos George W. Bush habló de un «Eje del Mal», constituido, según él, por Irak, Irán y Corea del Norte.

del desarrollo de los países del Sur...¹⁸ Resulta particularmente escandaloso que los jefes de Estado y de gobierno, en particular los de la Unión Europea, se nieguen a adoptar, en favor del desarrollo, las únicas medidas indispensables que pueden salvar de la miseria a dos tercios de la humanidad.

Estas medidas son diez: anular totalmente la deuda de los países pobres; establecer un sistema de liquidación generoso, justo y equitativo de la deuda del conjunto de los países del Sur; definir garantías para que las financiaciones futuras se comprometan en condiciones satisfactorias y se utilicen en favor de un desarrollo sostenible; conseguir que los países ricos se comprometan a consagrar al menos el 0,7 por ciento de su presupuesto a la financiación del desarrollo; reequilibrar los términos de intercambio entre el Norte y el Sur; garantizar la soberanía alimentaria en cada país; controlar los movimientos irracionales de capitales; prohibir el secreto bancario; declarar fuera de la ley a los paraísos fiscales, y establecer, finalmente, tasas a nivel internacional para la lucha contra la pobreza.

El segundo frente, silencioso, invisible, es el de la ideología. Con la colaboración activa de universidades, prestigiosos institutos de investigación (Heritage Foundation, American Enterprise Institute, Cato Institute) y grandes medios de comunicación (la cadena CNN, *The Financial Times*, *The Wall Street Journal*, *The Economist*, imitados en Francia y en todas partes por una multitud de periodistas dominados), se ha establecido una verdadera industria de la persuasión con el objetivo de convencer a los habitantes del planeta de que la mundialización liberal traerá, por fin, la felicidad universal. Apoyándose en el poder de la informa-

18. Léase «Proyecto de conclusiones y decisiones de la Conferencia Internacional sobre la Financiación del Desarrollo», Naciones Unidas, Asamblea General, 30 de enero de 2002, documento A/AC.257/L.13.

ción, los ideólogos han construido así, con la pasividad cómplice de los dominados, lo que podríamos llamar un despotismo exquisito.¹⁹

El tercer frente, antes inexistente, es el militar. Este frente se abrió el día siguiente del trauma del 11 de septiembre de 2001 y apunta al objetivo de dotar a la mundialización liberal de un aparato de seguridad como es debido. Estados Unidos, que durante una época estuvo tentado de confiar esta misión a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), decidió asumir solo esta misión y dotarse de medios considerables para ejercerla con la más impresionante eficacia. La guerra en Afganistán contra el régimen de los talibanes y contra la red al-Qaeda convenció a Washington de que era inútil, para misiones de esta envergadura, pedir una colaboración militar que no fuera mínima a sus principales aliados estratégicos o incluso a la OTAN.²⁰

Las protestas de las cancillerías francesa y alemana, que ya empiezan a diluirse, no impresionaron en absoluto a la administración estadounidense. La función de los vasallos consiste en inclinarse, y Estados Unidos aspira, en lo sucesivo, a ejercer una dominación política absoluta. «Estados Unidos es, en cierto modo, el primer Estado protomundial —constata William Pfaff—. Tiene la capacidad de encabezar una versión moderna del imperio universal, un imperio espontáneo cuyos miembros se someten voluntariamente a su autoridad.»²¹

Todos los opositores, todos los disidentes y todos los resistentes deben saber ahora que serán combatidos en tres frentes: económico, ideológico y militar. El nuevo Eje del Mal (FMI, Banco

19. Léase *Propagandes silencieuses*, Galilée, París, 2000. *International Herald Tribune*, 20 de febrero de 2002.

20. Léase Ignacio Ramonet, *Guerras del siglo XXI*, Debate, Madrid, 2003.

21. *International Herald Tribune*, 7 de enero de 2002.

Mundial, OMC) ocultaba su verdadero rostro. Ahora lo conocemos. Porque la época de respeto a los derechos humanos parece haber llegado a su fin, como lo prueban, por un lado, el establecimiento de un «penal tropical» en Guantánamo para «enemigos combatientes» que no podrán acogerse a la Convención de Ginebra y, por otro lado, el restablecimiento de la tortura en las prisiones del Irak ocupado...

PRISIONES Y VERDUGOS

El 27 de junio de 2003 aparecía en el *Washington Post* esta declaración sobre la tortura del presidente George W. Bush: «Estados Unidos actúa en favor de la eliminación mundial de la tortura, y desarrolla este combate predicando con el ejemplo. Llamo a todos los gobiernos a que se unan a Estados Unidos y a la comunidad de los estados de derecho para castigar todos los actos de tortura e impedir los castigos crueles y desproporcionados».

En el momento en que afirmaba esto, Bush sabía ya que Estados Unidos no predicaba con el ejemplo y que diversos informes denunciaban la práctica usual de la tortura en Guantánamo, en las prisiones secretas de Afganistán y en la de Abu Ghraib, cerca de Bagdad.

Y es que la trampa de la guerra colonial se ha cerrado sobre los invasores de Irak. Como las tropas francesas empantanadas en otro tiempo en Argelia, las británicas en Kenia, las belgas en el Congo y las portuguesas en Guinea Bissau (y hoy las israelíes en Gaza), las fuerzas estadounidenses constatan que su aplastante superioridad no basta para ahorrarles los secuestros, las emboscadas y otros atentados mortales...

Para los soldados sobre el terreno, la ocupación de Irak se ha transformado en un descenso a los infiernos. En un gran núme-

ro de ciudades, y en el corazón mismo de Bagdad, las operaciones de comando, los ataques, los secuestros, las muertes por «colaboracionismo», los ajustes de cuentas y los asesinatos se multiplican a un ritmo acelerado. A pesar de su victoria —debida a un uso desproporcionado de la fuerza— en la batalla de Faluya, en noviembre de 2004 el ejército estadounidense ha perdido el control de varias regiones del país.

Irak se ha precipitado en el caos y el horror. En numerosos barrios de la capital iraquí, dieciocho meses después de la caída del régimen de Sadam Husein, las necesidades básicas siguen sin estar satisfechas. Los soldados estadounidenses, con sus avanzados medios tecnológicos, son incapaces de restablecer el suministro de agua potable y los transportes públicos, de hacer funcionar el teléfono, de asegurar la corriente eléctrica. Incluso el aeropuerto internacional permanece cerrado, prolongando el aislamiento del país, mientras que la carretera Ammán-Bagdad, verdadero pulmón económico de Irak durante el embargo, está ahora amenazada por los saqueadores o los insurgentes.²²

Los ocupantes apenas ejercen ya un control real fuera de la «zona verde», en el corazón de Bagdad, donde se parapetan tras altos muros de hormigón erigidos en torno a los antiguos palacios del presidente Sadam Husein.

Adrien Jaulmes, enviado especial de un diario francés, describe así la degradación acelerada de la situación:

La aviación estadounidense, que machaca casi diariamente los barrios de las ciudades rebeldes del triángulo sunní, y los helicópteros que pasan zumbando a ras de los tejados no controlan el terreno, mientras que las tropas en tierra son atacadas hasta las

22. Léase Alain Gresh, «L'oncle du chaos», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2003.

puertas de sus campamentos atrincherados [...]. Los comandos de insurgentes sunníes se pasean así con toda impunidad entre su base de Faluya y el centro de la capital iraquí [...]. La guerrilla sunní se muestra cada vez más metódica al utilizar simultáneamente tres tipos de combatientes y modos de acción:

Guerrilleros audaces y organizados, capaces de mantener una arteria del centro de Bagdad durante varias horas forzando a los infantes estadounidenses a replegarse, llevan al ejército estadounidense a preocuparse ya solo de su propia protección, haciendo que se multipliquen, al mismo tiempo, los atropellos a la población y las víctimas civiles.

Comandos suicidas, que después de haber expulsado con atentados devastadores a todas las instituciones internacionales susceptibles de estabilizar Irak y de haber castigado duramente a los rivales kurdos y shiíes, atacan a la policía que el gobierno se esfuerza en organizar.

Y secuestradores que siembran el terror entre los extranjeros, los empleados civiles de la coalición y los iraquíes que trabajan para ellos, mientras tratan de romper la alianza reunida con dificultad por los estadounidenses con asesinatos filmados y chantajes.²³

Los estadounidenses multiplican las operaciones de gran envergadura, pero sin disipar la impresión de que la rebelión y los insurgentes tienen la iniciativa. Para defenderse utilizan medios pesados, helicópteros blindados, carros de asalto, y matan más civiles²⁴ que combatientes, lo que refuerza a la resistencia.

23. *Le Figaro*, 17 de septiembre de 2004.

24. La asociación Iraq Body Count estimaba, el 13 de noviembre de 2004, que el número de civiles iraquíes muertos alcanzaba la cifra de 16.514. Véase el sitio: www.iraqbodycount.net. Pero según la revista médica británica *The Lancet* (noviembre de 2004), 100.000 civiles iraquíes habrían muerto por causas directa o indirectamente relacionadas con la invasión estadounidense desde el 20 de marzo de 2003. Véase *International Herald Tribune*, 29 de octubre de 2004.

Un conflicto colonial se caracteriza por la arrogancia de los ocupantes, por su convicción de pertenecer a una categoría superior (más «civilizada», más «avanzada»), por el desprecio hacia el colonizado y a veces por el rechazo a admitir incluso su pertenencia a la especie humana.²⁵

Esta «fatuidad colonial» conduce naturalmente al ocupante, en nombre de una «misión superior y sagrada» (defender el Bien contra el Mal, proteger a la civilización, instaurar la democracia), a hacer —con absoluta buena conciencia— un uso desproporcionado de su fuerza. Así, en Faluya, a principios de abril de 2004, para castigar a los autores de la odiosa profanación de los cadáveres de cuatro guardias privados muertos en un atentado, las fuerzas estadounidenses no dudaron en bombardear barrios de viviendas causando unos seiscientos muertos civiles, entre ellos varias decenas de niños.

LAS TORTURAS DE ABU GHRAIB

En este contexto de estancamiento desastroso, la cadena CBS, rompiendo una especie de *omertà* mediática, desveló, el 28 de abril de 2004, en su programa *Sixty Minutes II*, las primeras fotos de las torturas infligidas a los prisioneros iraquíes por los carceleros estadounidenses de la prisión de Abu Ghraib.

Estas imágenes-trofeo provocaron estupefacción en todo el mundo. El reportaje de la CBS, que probaba la realidad de las torturas en Irak, estaba listo desde principios de mes, pero las presiones del Pentágono retrasaron la difusión unas tres semanas. El general Richard Myers, jefe del Estado Mayor del ejército, inter-

25. Recientemente, Donald Rumsfeld ha admitido, sin embargo, que «los iraquíes son seres humanos».

vino en persona ante el productor Dan Rather para pedirle que aplazara la emisión de las imágenes bajo el pretexto de que esto pondría en peligro la vida de hombres comprometidos en la batalla de Faluya.

Las presiones oficiales se multiplicaron para tratar de obtener una suspensión definitiva de la emisión. Solo al saber que el periodista Seymour Hersh²⁶ del *New Yorker* se disponía a difundir por su cuenta una nueva serie de fotos, así como fragmentos del abrumador informe del general Antonio Taguba,²⁷ la CBS decidió emitir las imágenes.

En un primer momento, los grandes medios de comunicación, que se habían plegado a las consignas gubernamentales que prohibían mostrar a soldados estadounidenses muertos en Irak,²⁸ censuraron estas imágenes consideradas como «poco patrióticas». El presentador de la cadena Fox News, Bill O'Reilly, declaró, por ejemplo: «Al difundir estas fotos de torturas, la CBS ha proporcionado a los enemigos de Estados Unidos un arma temible. Y esto resulta chocante».

El presidente Bush también se declaró muy sorprendido. Rumsfeld, por su parte, negó haber tenido conocimiento de ta-

26. Seymour Hersh es el célebre periodista que reveló, en noviembre de 1969, las masacres cometidas el 16 de marzo de 1968 en el curso de una operación «search and destroy» en My Lai, en Vietnam, donde trescientos civiles, entre los que había mujeres, niños y ancianos, fueron asesinados por la compañía Charlie, de la 11.ª brigada del ejército estadounidense, mandada por el teniente Calley y el capitán Medina.

27. Léase el texto íntegro del informe en el sitio: www.agonist.org/annex/taguba.htm.

28. El tabú fue roto el 18 de abril por Tami Silicio, una empleada (despedida después) de la empresa de transportes Maytag Aircraft Corporation, que difundió vía *The Seattle Times* fotos de los ataúdes de los soldados estadounidenses muertos en Irak y llevados en avión de carga a Estados Unidos.

les abusos. Ambos atribuyeron estas crueldades a algunas «ovejas negras». Pero no era cierto. Los primeros procesos de soldados acusados de tortura mostraron que los malos tratos infligidos a los prisioneros se inscribieron, primero, en el contexto de los interrogatorios, y que estas prácticas eran promovidas por la jerarquía y habían sido probadas sobre los detenidos en el penal de Guantánamo, a los que Estados Unidos ha negado la protección prevista en la Convención de Ginebra para los prisioneros de guerra.²⁹

La práctica de malos tratos contra los prisioneros era conocida. Amnistía Internacional, en un informe publicado el 23 de julio de 2003, denunciaba ya casos de «tortura y malos tratos» contra estos prisioneros. Según decía, varios detenidos habían muerto en prisión «tras recibir disparos de las fuerzas de la coalición». Y desde hacía meses circulaban informes del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) que denunciaban estas crueldades sistemáticas, por no hablar del informe del general Tabuga.

Por otra parte, ya en diciembre de 2002, una investigación del *Washington Post*³⁰ había revelado que los prisioneros acusados de pertenecer a la red al-Qaeda se encontraban encarcelados por la CIA en el penal de Bagram, en Afganistán, en condiciones inhumanas y eran sometidos a torturas. Algunos habían muerto a consecuencia de los malos tratos.

Un cierto número de prisioneros detenidos por los hombres de la CIA sencillamente «desaparecieron».³¹ Otros fueron enviados a prisiones secretas en la isla de Diego García o remitidos a

29. Léase, por ejemplo, *Le Monde* del 27 y el 31 de agosto de 2004, y *El País* del 30 de agosto de 2004.

30. Dana Priest y Barton Gellman, «US Decries Abuse but Defends Interrogations», *The Washington Post*, 26 de diciembre de 2002.

31. Léase Reed Brody, «Prisoners who disappear», *International Herald Tribune*, 12 de octubre de 2004.

los servicios especiales de «países amigos» (Egipto, Jordania, Marruecos) conocidos por la práctica habitual de la tortura. Alrededor de 530 de ellos, prisioneros no norteamericanos³² cuya identidad se desconoce (entre ellos se encuentran niños), originarios de una cuarentena de países, fueron deportados al campo de Guantánamo, al que no pueden acceder los inspectores de la Cruz Roja, y allí serán juzgados por comisiones militares especialmente creadas al efecto.³³ En Guantánamo se probaron las torturas que luego se generalizarían en el Irak ocupado: interrogatorios brutales, celdas-jaula, encarcelamiento ilimitado, sin motivo...

Ya en esa época, uno de los oficiales encargados de vigilar a los prisioneros declaró: «Si no violas alguno de los derechos humanos de vez en cuando, no haces bien tu trabajo». Y a propósito del trato a los prisioneros, Cofer Black, jefe del Centro de Contraterro-rismo de la CIA, confesaba: «Hay un antes y un después del 11 de septiembre. Después del 11 de septiembre no nos andamos con cuentos».

32. La mayoría de los que procedían de países occidentales (Reino Unido, España, Francia) han sido entregados a las autoridades de sus respectivos países en el curso del año 2004.

33. El 8 de noviembre de 2004, el juez federal James Robertson, que ejerce sus funciones en Washington, obtuvo la suspensión del proceso de un yemení, Salim Ahmed Hamdan —de treinta y cuatro años y presentado como ex chófer de Osama Bin Laden—, ante una comisión militar especial creada especialmente para juzgar a los «combatientes enemigos». El proceso de Hamdan, cuya apertura estaba fijada para el 7 de diciembre de 2004, debía ser el primero organizado para un detenido del penal de Guantánamo. El juez estimó que Hamdan debía poder conseguir que un «tribunal competente determine» si se beneficia o no «del estatus de prisionero de guerra», y que, a falta de ello, «solo puede ser juzgado por los delitos de que se le acusa por un tribunal militar» y según el procedimiento previsto en el código de justicia militar. Inmediatamente el Departamento de Justicia estadounidense decidió recurrir. Léase *Le Figaro*, 10 de noviembre de 2004.

El sargento Ivan Frederick, de treinta y siete años, explicó que, cuando vio lo que les hacían a los prisioneros de Abu Ghraib preguntó a un oficial por qué les maltrataban de aquel modo, y este le respondió: «Es asunto de los servicios secretos. Aquí no nos ocupamos demasiado de ellos. Si no cooperan, se les liquida».³⁴

Esta sensación de impunidad favoreció la generalización de los malos tratos contra los prisioneros iraquíes. Torturar por una buena causa: una hazaña siniestra que merecía algunas fotos de recuerdo. Aunque solo fuera para recordar que una guerra colonial es siempre una guerra inmoral.

ADIÓS A LAS LIBERTADES

Antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001, se celebraban sin cesar las tres grandes características políticas que habían permitido, según se decía, ganar la guerra fría contra la Unión Soviética: el régimen democrático, el Estado de derecho y los derechos humanos.

En política interior y exterior, esta moderna trinidad era considerada como una especie de imperativo categórico constantemente invocado. Este trío, no desprovisto de ambigüedades (¿realmente se puede conciliar la mundialización liberal con la democracia planetaria?), contaba con la adhesión de los ciudadanos, que veían en él un avance del derecho contra la barbarie, de la fuerza de la ley contra la ley de la fuerza.

Pero el 11 de septiembre de 2001 marcó, en este aspecto, una ruptura clara. En nombre de la «guerra justa» contra el «terrorismo internacional» todas las transgresiones parecieron estar de pronto permitidas. Ya en el mes de noviembre de 2001, para em-

34. *El País*, 30 de agosto de 2004.

prender la guerra en Afganistán, la administración Bush no dudó en establecer alianzas con dirigentes antes calificados de «enterradores de la democracia» y, por consiguiente, indignos de ser tratados: el general golpista Pervez Musharraf, de Pakistán, o el dictador de Uzbekistán Islam Karimov... A hurtadillas, sin hacer ruido, valores calificados de «fundamentales» hasta el día anterior abandonaron la escena política mientras que estados democráticos se hundían, desde el punto de vista del derecho, en la regresión.

El huracán de medidas liberticidas adoptadas por las autoridades de Estados Unidos da testimonio de ello. A partir del 26 de octubre de 2001, el Congreso, a petición del secretario de Justicia John Ashcroft,³⁵ surgido de la derecha religiosa, adoptó una ley oportunamente bautizada como Patriot (*Provide Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism*).³⁶ Esta ley otorga poderes excepcionales a la policía y a los servicios de información, reduce el papel de la defensa y pone en cuestión el *habeas corpus* que garantiza las libertades individuales. La Patriot Act autoriza el arresto, la deportación y el aislamiento de los sospechosos. Las autoridades pueden detener y retener indefinidamente a los extranjeros. La ley suprime la orden judicial para proceder a registros domiciliarios.

La US Patriot Act ha recreado una atmósfera de «caza de bru-

35. John Ashcroft dimitió, por razones de salud, el 9 de noviembre de 2004, el día siguiente a la segunda victoria electoral del presidente Bush. Ashcroft era el miembro más controvertido del gobierno y encarnaba el lado más sombrío de la política de Bush. Había destacado por su beatería y era el ministro más detestado por las organizaciones de defensa de los derechos civiles. John Ashcroft fue reemplazado por Alberto Gonzales, antiguo consejero jurídico de la Casa Blanca y autor de la política que ha permitido crear el penal de Guantánamo y eludir la Convención de Ginebra sobre los prisioneros de guerra.

36. «Procurar los instrumentos apropiadas para interceptar y obstruir el terrorismo.»

jas» que recuerda la que conoció Estados Unidos a principios de los años cincuenta, en la época del senador McCarthy. Porque esta ley permite detener por un período de tiempo casi indefinido a personas sobre las que simplemente existen sospechas de actividades terroristas o de simpatías islamistas, hacer vigilar su correo, sus conversaciones telefónicas, sus comunicaciones vía Internet, y registrar su domicilio sin autorización judicial...

Más de mil doscientos extranjeros fueron detenidos así, en secreto, en las semanas que siguieron al 11 de septiembre; de ellos, más de seiscientos han permanecido encarcelados sin juicio, sin que muchos de ellos hayan sido ni siquiera presentados ante el juez y sin la posibilidad de ser asistidos por un abogado.³⁷ La administración declaró, además, su intención de interrogar a unos 5.000 hombres de edades comprendidas entre los dieciséis y los cuarenta y cinco años que residían en Estados Unidos con un visado turístico y se habían convertido en sospechosos por el simple hecho de ser originarios de Oriente Próximo.³⁸

A pesar de que los tribunales estadounidenses ordinarios eran perfectamente competentes,³⁹ George W. Bush decidió, el 13 de noviembre de 2001, crear comisiones militares especiales para juzgar a los extranjeros acusados de terrorismo y calificados de «enemigos combatientes». Esta decisión fue autorizada por el consejero jurídico del presidente, Alberto Gonzales. Gonzales es el autor de la nueva definición jurídica de los prisioneros de guerra de Afganistán y de Irak e inventor de la nueva expresión «enemigos combatientes», que permite eludir la Convención de Ginebra sobre el trato a los prisioneros de guerra y que favoreció la creación del penal de Guantánamo. En contradicción con las leyes de

37. *El País*, 10 de noviembre de 2001.

38. *Le Monde*, 30 de noviembre de 2001.

39. *International Herald Tribune*, 1 de diciembre de 2001.

Estados Unidos y los tratados internacionales, Gonzales también ha eliminado la prohibición de practicar «presiones físicas» sobre los acusados de terrorismo con el pretexto de que «en la conducción de la guerra, la autoridad del presidente es total».⁴⁰

Como consejero jurídico, Gonzales ofreció a Bush, en febrero de 2002, la opinión siguiente:

Como usted ha expresado, la guerra contra el terrorismo es un «nuevo tipo de guerra» en la que ciertos factores son decisivos, en particular el de obtener rápidamente información de los terroristas detenidos y de los que les dirigen para evitar nuevas atrocidades contra ciudadanos de Estados Unidos. En mi opinión, este nuevo paradigma convierte en obsoletas las estrictas limitaciones de [la Convención de] Ginebra que conciernen a los interrogatorios de los prisioneros enemigos y convierte en marginales algunas de sus disposiciones.⁴¹

Gonzales restablecía así, algunos siglos después de su abolición, la legalidad de la tortura y abría el camino a la práctica de malos tratos a los prisioneros en Guantánamo,⁴² Bagram y Abu Ghraib. En recompensa, el 10 de noviembre de 2004 fue promovido al cargo de secretario de Justicia de Estados Unidos.

En adelante, estos procesos secretos pueden celebrarse en bases militares; la sentencia será pronunciada por una comisión especial constituida por oficiales militares; no será necesaria la unanimidad para condenar al acusado a muerte; la sentencia no podrá ser recurrida; las conversaciones del acusado con su abogado podrán ser escuchadas clandestinamente; el procedimiento judicial se

40. *El País*, 11 de noviembre de 2004.

41. *Ibidem*.

42. Léase el reportaje de Augusta Conchiglia «Dans le trou noir de Guantanamo», *Le Monde diplomatique*, enero de 2004.

mantendrá en secreto y los detalles del proceso no se harán públicos hasta decenios más tarde...

Responsables del FBI llegaron a proponer que ciertos acusados fueran extraditados a países amigos gobernados por un régimen dictatorial para que la policía local pudiera torturarlos hasta la muerte.

El recurso a la tortura había sido abiertamente reclamado en las columnas de los grandes medios de comunicación.⁴³ En la cadena CNN, el comentarista republicano Tucker Carlson fue muy explícito: «La tortura no está bien. Pero el terrorismo es peor. Por eso, en ciertas circunstancias, la tortura es un mal menor». Steve Chapman recordó en el *Chicago Tribune* que un Estado democrático como Israel no duda en aplicar la tortura («presiones físicas moderadas») al 85 por ciento de los detenidos palestinos...⁴⁴

Abrogando una decisión de 1974 que prohibía a la Central Intelligence Agency (CIA) asesinar a dirigentes extranjeros, Bush dio le dio carta blanca para que llevara a cabo todas las operaciones secretas necesarias para la eliminación física de los jefes de al-Qaeda.

La guerra en Afganistán se dirigió con este mismo espíritu: liquidar a los miembros de al-Qaeda incluso si se rendían. Rechazando cualquier idea de solución negociada y de rendición, el secretario estadounidense de Defensa Donald Rumsfeld se mostró inflexible y llamó claramente a matar a los prisioneros árabes que combatían con los talibanes.⁴⁵ Más de cuatrocientos de ellos fueron aniquilados cuando se produjo el motín del fuerte de Qala-e Jahn-gi,⁴⁶ y un número sin duda más elevado en la toma de Tora Bora.

43. Véase *Newsweek*, 5 de noviembre de 2001.

44. Citado por *El País*, 7 de noviembre de 2001.

45. *Le Monde*, 14 de diciembre de 2001.

46. Léase la investigación de Jamie Doran «Ces charniers si discrets...», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2002.

Para que no pueda perseguirse en ningún caso a los militares estadounidenses por operaciones llevadas a cabo en el extranjero, Washington se muestra hostil al proyecto del Tribunal Penal Internacional (TPI).

Finalmente, llevando aún más allá esta deriva «en beneficio de la seguridad», el 5 de enero de 2004 entraba en vigor el programa US Visit, que obliga a todos los extranjeros que llegan a Estados Unidos con un visado a poner sus índices derecho e izquierdo sobre un lector de huellas digitales y a dejarse fotografiar.

Existen motivos para inquietarse. Porque si a esta panoplia de medidas para luchar contra el terrorismo se añade la batalla por los valores morales que llevan a cabo centenares de asociaciones cristianas conservadoras, vemos dibujarse una especie de nuevo fundamentalismo religioso que podría debilitar la democracia estadounidense y proporcionar nuevos argumentos a los partidarios de Osama Bin Laden.

ANTITERRORISMO

En favor de esta «guerra mundial contra el terrorismo», otros países —Reino Unido, Alemania, Italia, España, Francia...— han reforzado igualmente sus legislaciones represivas. Los defensores de los derechos públicos tienen motivos para inquietarse, pues el movimiento general de nuestras sociedades hacia un respeto cada vez mayor del individuo y de sus libertades acaba de ser frenado brutalmente. Y todo indica que en adelante derivaremos hacia un Estado cada vez más policial...

El terrorismo constituye una forma de lucha particularmente innoble porque ataca a civiles no combatientes. Ninguna causa, por justa que sea, justifica el recurso a este método despreciable. Los atentados del 11 de septiembre de 2001, como los de Madrid,

Jerusalén, Haifa, Casablanca, Riad, Estambul, Moscú o Beslan, solo pueden despertar repugnancia y aversión. Lo mismo cabe decir, por otro lado, con respecto al empleo por parte de ciertos gobiernos, a modo de represalia, del «terrorismo de Estado».

Conmocionadas por los ataques del 11 de septiembre, tan violentos como inesperados, las autoridades de numerosos países se han apresurado a promulgar leyes que definen crímenes nuevos, prohíben ciertas organizaciones, limitan las libertades civiles y reducen las garantías contra los ataques a los derechos fundamentales.⁴⁷

El Reino Unido, por ejemplo, no dudó en derogar el artículo 5 de la Convención Europea de Derechos Humanos⁴⁸ y adoptó, en 2001, una ley antiterrorista que permitía encarcelar de forma ilimitada, sin inculpación ni juicio, a cualquier extranjero del que se sospechara que podía constituir una amenaza para la seguridad del país. El ministro del Interior, David Blunkett, desea endurecer la ley —la más draconiana de Europa— y aplicarla también a los ciudadanos británicos. Los sospechosos podrían ser juzgados de manera preventiva en procesos secretos sin jurado, y los magistrados de esta jurisdicción especial, así como los abogados, serían «seleccionados» por los servicios secretos con objeto de facilitar la condena de los sospechosos. Blunkett quiere igualmente que los pasaportes estén dotados con chips capaces de almacenar las huellas digitales y retinianas...

En este contexto orwelliano, el gobierno francés reforzó a su vez el arsenal de seguridad con la adopción primero de las leyes Sarkozy (Ley sobre la Seguridad Cotidiana, en noviembre de 2001, y Ley para la Seguridad Interior, en febrero de 2003), y luego, el 11 de febrero de 2004, con la Ley Perben. Esta última ley, denun-

47. Véase el Informe 2002 de Amnistía Internacional.

48. *The Economist*, Londres, 6 de diciembre de 2003.

ciada por el conjunto de las organizaciones de abogados, se caracteriza por la instauración de la investigación preliminar, una investigación organizada sin que la persona afectada tenga conocimiento de ello. Un procedimiento secreto, no contradictorio y con una duración ilimitada.

Las personas interpeladas podrán ser mantenidas bajo custodia policial durante 96 horas. Los policías podrán utilizar técnicas especiales de investigación, como las escuchas, la infiltración y la vigilancia de aproximación, con instalación de micrófonos y cámaras en lugares privados. Y también podrán, en ausencia de las personas sospechosas, efectuar registros domiciliarios durante la noche.

Animados por el ejemplo de los gobiernos democráticos, los regímenes más represivos se han apresurado a poner en marcha el tren del antiterrorismo. En Colombia, Indonesia, China, Birmania, Uzbekistán, Pakistán, Turquía, Egipto, Jordania o la República Democrática del Congo, las autoridades califican ahora a los contestatarios de «simpatizantes de los terroristas» para ahogar cualquier oposición...⁴⁹

Poco sensibles, por tradición, a las violaciones de los derechos económicos, sociales y culturales, las grandes democracias situaban, sin embargo, la defensa de los derechos políticos en primera línea de sus preocupaciones. ¿Les conducirá la obsesión antiterrorista a renegar de esta exigencia fundamental? ¿No se estarán suicidando ante nuestros ojos las democracias, al decretar el estado de excepción como norma y erigir a la policía en figura central del sistema?

49. Véase el informe del Pen Club Internacional «Antiterrorismo, escritores y libertad de expresión», Londres, noviembre de 2003.

Conclusión

El cenagal iraquí

Llevará tiempo restaurar el caos.

GEORGE W. BUSH

Camp David, 13 de abril de 2003

Como era previsible, la conquista militar de Irak no planteó grandes problemas a las fuerzas angloamericanas. Bagdad cayó el 9 de abril de 2003. Algunos, como Donald Rumsfeld, hablaban de la «liberación de Irak» e imaginaban que las tropas serían acogidas con coronas de flores, como en París en 1944... La decepción fue grande cuando, casi simultáneamente, empezaron los ataques contra los estadounidenses, ataques que mostraban que la posguerra sería más complicada que la propia guerra.

También en ese momento, un buen número de observadores se sorprendieron al ver que el entorno de Bush no había preparado seriamente la ocupación de Irak. Se habían creído su propia mentira: imponer la democracia a golpe de misiles, blindados y bombardeos.

Uno de los argumentos mencionados por Washington para convencer de la necesidad de la invasión era que la eliminación de Sadam Husein «reduciría la violencia en la región y el terrorismo en el mundo». Error monumental, prueba de una ignorancia abismal sobre la realidad de la región y de Oriente Próximo. La

invasión de Irak no ha hecho avanzar en nada la solución del problema principal: el conflicto palestino-israelí. E incluso lo ha agravado. Retrospectivamente se puede afirmar que las cosas irían mejor si Washington hubiera situado en cabeza de las prioridades para esta región la paz entre israelíes y palestinos, y no la destrucción de Irak.

En *Un chaleco de acero*,¹ una de las mejores novelas sobre la guerra de Vietnam, el escritor Gustav Hasford explica cómo unos jóvenes enrolados en los marines se transforman en guerreros terroristas para verse sumergidos luego en el caos de un conflicto donde su formación se revelará inadecuada para la situación. No les servirá para enfrentarse a un enemigo invisible, sin frente ni retaguardia, que se mueve como un gas mortífero...

Irak no es Vietnam. Pero ya se ha producido una inversión de papeles: los atacantes están a la defensiva. El cuerpo expedicionario estadounidense tiene ahora un objetivo prioritario: protegerse a sí mismo de los golpes que le propina una resistencia plural, multiforme y cada vez más audaz. Las cifras son explícitas: el 13 de noviembre de 2004 habían muerto en Irak, desde el inicio de la invasión, 1.186 soldados estadounidenses, a los que habría que añadir 146 muertos entre las tropas suplementarias británicas, italianas, polacas, etc.

Con una potencia de fuego apocalíptica, los estrategas estadounidenses se limitaron, para conquistar Irak, a aplicar el axioma del mariscal Foch según el cual la guerra moderna consiste en buscar el corazón del ejército enemigo, el centro de su poder, y destruirlo en el combate.

Una destrucción que resultó más fácil de lo que podía esperarse, porque el ejército iraquí se volatilizó ante Bagdad y, por así decirlo, no frenó —ni con la construcción de puentes destruidos ni

1. Adaptada al cine por Stanley Kubrick con el título *La chaqueta metálica* (1987).

con la inutilización de aeropuertos— la cabalgata de los conquistadores. Habría que preguntarse si no se trataba de una estratagema para dejar penetrar a los invasores y cogerlos luego en la trampa de un conflicto asimétrico de muy larga duración. Pues las fuerzas estadounidenses están ahora «fijadas» en Mesopotamia por mucho tiempo. Cualquier salida precipitada conduciría a una guerra civil y una «libanización» de Irak que transformaría a este país, durante decenios, en «foco perturbador» del mundo.

Los teóricos de la resistencia la definen así: «El enemigo avanza, nosotros retrocedemos; el enemigo se inmoviliza, nosotros lo acosamos». Sun Tse, uno de los más antiguos pensadores sobre la guerra, aconseja también explotar las debilidades del poderoso: «Evitad su fuerza —escribe—, golpead su inconsistencia». Con la preocupación de no proporcionar nunca una diana a los ocupantes, el objetivo de los insurgentes iraquíes consiste en imponer a los estadounidenses la mayor línea de defensa pasiva posible, que es la forma de guerra más costosa.

La espiral de la violencia se ha desplegado así inexorablemente. Para un número creciente de iraquíes moderados, la «liberación» de la tiranía de Sadam Husein no ha tardado en revelarse como una ocupación extranjera despreciable, y combatirla se ha convertido para ellos en un deber imperioso. La represión —que se ha recrudecido tras la entrada en acción de las fuerzas de policía iraquíes creadas por las autoridades de ocupación y por el gobierno fantoche de Iyad Alawi (antiguo miembro de la CIA), instalado el 28 de junio de 2004— ha reactivado la resistencia.

Alimentada por el odio del invasor, una dinámica de venganza domina a las desorientadas fuerzas de ocupación, que se esfuerzan en distinguir a sus adversarios de sus «amigos». De este modo multiplican los «atropellos» contra estos, que, considerados, por otra parte, como «colaboracionistas», constituyen un objetivo prioritario para los insurgentes.

Se habla sobre todo del «triángulo sunní», pero las zonas shiíes del sur están lejos de ser seguras para los ocupantes, como mostraron, en agosto de 2004, los violentos enfrentamientos contra el «ejército del Mahdi», las milicias de Moqtda al-Sadr, en Nayaf.

Los invasores de Irak apostaban por la complicidad de los shiíes, conforme al siguiente razonamiento: si esta comunidad había sufrido tanto bajo el yugo de Sadam Husein, era probable que se convirtiera en su aliada para destronar al tirano y luego se sintiera obligada hacia ellos. Razonaban como lo habían hecho, en otros tiempos, otros conquistadores. Uno de ellos, Hernán Cortés, para apoderarse de México-Tenochtitlan en 1521, había contado con el apoyo de los enemigos ancestrales de esta ciudad, los tlaxcaltecas. Pero la situación en Irak no era en absoluto comparable.

Mosaico de pueblos y religiones, Irak está compuesto principalmente por dos grupos étnicos, los árabes y los kurdos, que no hablan la misma lengua, y de dos grupos religiosos dominantes: sunníes y shiíes, dos ramas de una única religión, el islam. En el mundo musulmán, los sunníes son más numerosos, pero en Irak los shiíes son mayoritarios. Estos se encuentran en el sur del país y en los barrios pobres de Bagdad. Los kurdos, también musulmanes, son sunníes, como los árabes del centro de Irak, pero tienen una lengua distinta, el kurdo, de la familia indoiraniana, próxima al farsi que se habla en Irán y sin relación con el árabe.

El shiísmo es el principal cisma del islam. Se constituyó pocos años después de la muerte de Mahoma (el 8 de junio de 632) en torno a una cuestión fundamental: la sucesión del profeta. Los primeros califas que sucedieron a Mahoma eran nombrados por los discípulos directos de este. En 656 designaron como cuarto califa a Alí, primo y yerno de Mahoma. Pero, cinco años más tarde, en 661, se produjo un levantamiento y Alí fue asesinado. Sus partidarios, legitimistas, se organizaron para defender los derechos ca-

lifales de los sucesores de Alí contra los califas oficiales. Entonces fundaron un partido, el *chi'a*, que daría nombre a esta corriente, el shiísmo.

Este movimiento sitúa al imán —descendiente de Alí— en el centro de la organización religiosa. Doce imanes, enviados de Dios, han perpetuado el ciclo de los profetas; ciclo que, para los sunníes, acaba con Mahoma. Entre estos imanes, Husein, hijo de Alí, ocupa un lugar fundamental. Perseguido por un califa oficial, Husein se refugió en la ciudad iraquí de Kerbala en octubre de 680. Con 72 compañeros, resistió al sitio. Pero finalmente se rindió, y él y sus compañeros fueron martirizados. Este calvario —que se conmemora cada año durante el mes sagrado de Muharram con espectaculares ceremonias de expiación— desempeña un papel central en la mitología sacrificial de los shiíes (un poco como la Pasión para los cristianos). El elevado sentido del sacrificio propio del shiísmo (que roza el fanatismo), y su filosofía de la muerte, han hecho de los shiíes unos combatientes fuera de lo normal y los ha convertido temibles adversarios. Los 130.000 soldados estadounidenses² —de los cuales solo 56.000 son auténticos combatientes—³ se revelan ya insuficientes para «dar seguridad» a un país en estado de insurrección. Los expertos militares británicos estiman, según su experiencia en Irlanda del Norte y en Bosnia, que para mantener el orden en un país ocupado se necesita una media de un soldado por cada cincuenta habitantes. Por debajo de esta proporción, el país escapa al control de las fuerzas de ocupación. Al ser la población de Irak de aproximadamente 25 millones de habitantes, el número de militares necesarios para

2. Sin mandato de la ONU, las fuerzas de ocupación alcanzan un número de 155.000 hombres y proceden de treinta y cuatro países (entre ellos no hay ningún Estado árabe o musulmán).

3. Compárese con los 39.000 hombres que mantienen el orden solo en la ciudad de Nueva York...

mantener el orden debería ser de 500.000 soldados. Y Estados Unidos están lejos de disponer de esta cifra.⁴

El profesor Larry Diamond, de la Universidad de Stanford, estima que «el primer y principal error cometido por la administración Bush es no haber aceptado nunca que debía comprometer las fuerzas necesarias para garantizar el orden en el Irak de la posguerra. Desde el principio, los expertos militares habían advertido a Washington que esta tarea necesitaría, como dijo el general Shinseki en el Congreso en febrero de 2003, “centenares de miles” de soldados. Si el despliegue hubiera seguido los criterios aplicados en Bosnia, se hubiera necesitado medio millón».⁵

Al carecer de efectivos suficientes, las fuerzas de ocupación han apostado por los mercenarios.⁶ Irak se ha convertido en el Eldorado de las compañías privadas de seguridad.⁷ Las embajadas extranjeras, las empresas occidentales beneficiarias de los contratos de reconstrucción (esencialmente estadounidenses y ligadas a la administración Bush),⁸ los ministerios y otros edificios públicos es-

4. Paul Bremer, jefe de la Autoridad Provisional de la Coalición, segundo procónsul americano en Bagdad hasta el 28 de junio de 2004, afirmó el 5 de octubre de 2004: «Hemos pagado un alto precio por no haber puesto fin a los saqueos y los desórdenes, porque así se creó, desde el principio, una atmósfera de ilegalidad». Añadió que nunca había tenido «tropas suficientes en la posguerra de Irak» (*El País*, Madrid, 6 de octubre de 2004).

5. Larry Diamond, «What Went Wrong in Iraq?», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2004.

6. Léase el dossier «Où l'on reparle des mercenaires...», *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2004.

7. Véase Thomas Catan y Stephen Fidler: «The military can't provide security», www.amsterdam.nettime.org/Lists-Archives/nettimeI-0309/msg00169.html.

8. Las empresas que se reparten el fabuloso botín de la reconstrucción —8.000 millones de dólares— son las que más ayudaron al candidato Bush en las elecciones de noviembre de 2000, según un informe del Center for Public Integrity del 30 de octubre de 2003.

tán protegidos por miles de mercenarios reclutados por oficinas privadas, como Erinys, que ha contratado a 6.500 hombres para que velen por las instalaciones petrolíferas, o Global Risk, que se encarga de la protección de los miembros del Consejo interino de gobierno, o Vinell, que entrena al nuevo ejército iraquí; o DynCorp, que forma a los nuevos policías, o como Olive, que protege a los ejecutivos de las grandes compañías estadounidenses.

Por otra parte, en lugar de disuadir al terrorismo internacional, la ocupación de Irak lo ha estimulado y reactivado trágicamente. El número de ciudades golpeadas por el terror desde el 11 de septiembre de 2001 no ha disminuido. Al contrario, para desgracia de sus habitantes, no deja de crecer e incluye ahora a Bagdad, Bali, Casablanca, Estambul, Yakarta, Jerusalén, Haifa, Mombasa, Moscú, Riad, Madrid y Beslan. Más pronto o más tarde, a este ritmo es posible que terrorismo y armas de destrucción masiva acaben por encontrarse en el seno de una misma organización violenta cuyos golpes podrían ser terroríficos.

La posibilidad de que existan lazos entre el antiguo régimen iraquí y la red islamista radical al-Qaeda ha sido descartada por los analistas serios y no ha podido encontrarse ninguna prueba de su existencia. Pero todo el mundo admite que el Irak ocupado se ha convertido, desde la «victoria» de Estados Unidos, en un «santuario de terroristas», mientras que el proyecto de instaurar una verdadera democracia en Bagdad se aleja día a día...

A escala planetaria, esta primera guerra preventiva ha reactivado tensiones que parecían aplacadas después del fin de la guerra fría. Noam Chomsky analiza así el nuevo orden internacional:

Querida por Washington, la guerra contra Irak se emprendió a despecho de la oposición expresada por la opinión pública internacional. Esta temía que semejante agresión condujera a una proliferación de las armas de destrucción masiva y a una disemi-

nación del terrorismo, riesgos que la administración Bush consideró despreciables en comparación con la perspectiva de hacerse con el control de Irak, fundar la norma de la «guerra preventiva» y reforzar su influencia en la escena interna americana.

Reaccionando ante la militarización acelerada de Estados Unidos y el constante reforzamiento y ampliación de la OTAN, Rusia ha sido llevada a aumentar a su vez de forma considerable su propio esfuerzo militar. Y otros países, temiendo ser arbitrariamente designados por Washington como eventuales objetivos, reaccionan igualmente con los medios de que disponen: a veces con el terror, por razones de venganza o de disuasión, o con esfuerzos para desarrollar armas de destrucción masiva, como hacen de forma preocupante Corea del Norte e Irán.⁹

Qué lejano está el tiempo en que los «halcones» del Pentágono anunciaban que las fuerzas de invasión serían recibidas como libertadoras... Este enorme error de análisis se encuentra en el origen del actual atolladero. Ebrios de poder, los ideólogos de Washington tenían prisa por utilizar la temible maquinaria de guerra estadounidense para realizar su sueño delirante de «rediseñar Oriente Próximo». Ahora todo se vuelve contra ellos.

9. Noam Chomsky, *Le Monde diplomatique*, mayo de 2004.

Bibliografía

- AUST, Stefan, y Cordt SCHNIBBEN, coords., *Irak. Historia de una guerra moderna. Una investigación de la revista Der Spiegel*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004.
- BELLAMY FOSTER, John, y Robert W. McCHESNEY, coords., *Pax Americana. Exposing the american empire*, Monthly Review Press, Nueva York, 2004.
- BLIX, Hans, *Irak, les armes introuvables*, Fayard, París, 2004.
- BLUM, William, *L'État voyou*, Parangon, París, 2002.
- BOLOPION, Philippe, *Guantánamo. Le baignoire du bout du monde*, La Découverte, París, 2004.
- BORJESSON, Kristina, *Black List. 15 grands journalistes américains brisent la loi du silence*, Les Arènes, París, 2003.
- BOULET-GERCOURT, Philippe, *La Machine Bush*, Grasset, París, 2004.
- BRZEZINSKI, Matthew, *Fortress America. On the front lines of homeland security. An inside look at the coming surveillance state*, Bantam Books, Nueva York, 2004.
- DEAN, John W., *Worse than Watergate: The Secret Presidency of George W. Bush*, Little Brown and Co., Nueva York, 2004; trad. fr. *Bush, le dossier accablant. Pire que Watergate!*, Presses de la Renaissance, París, 2004.
- CHARON, Jean-Marie, y Arnaud MERCIER, coords., *Armes de communication massive. Informations de guerre en Irak: 1991-2003*, CNRS Éditions, París, 2004.
- CLARKE, Richard, *Against All Enemies: Inside America's War on Terror*, Free Press, Nueva York, 2004; trad. fr. *Contre tous les ennemis. Au coeur de la guerre américaine contre le terrorisme*, Albin Michel, París, 2004.
- CLINTON, Bill, *Mi vida*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004.

- FRACHON, Alain, y Daniel VERNET, *L'Amérique messianique: les guerres des néoconservateurs*, Seuil, París, 2004.
- FRASSER, Matthew, *Les armes de distraction massive, ou l'impérialisme culturel américain*, Hurtubise, Montreal, 2004.
- GUISNEL, Jean, *Bush contre Saddam. L'Irak, les faucons et la guerre*, La Découverte, París, 2003.
- HERSH, Seymour, *Permission de tuer. Les nouveaux services secrets*, col. Vu d'Amérique, Les empêcheurs de tourner en rond, París, 2004 (hay trad. cast.: *Obediencia debida: del 11-S a las torturas de Abu Ghraib*, Aguilar, Madrid, 2004).
- , *Chain of Command. The Road from 9/11 to Abu Graib*, Harper Collins, Nueva York, 2004.
- HOWARD, Michael, *L'invention de la paix et le retour de la guerre*, Buchet-Chastel, París, 2004.
- KAHN, Jean-François, *Le Camp de la guerre. Critique de la déraison impure*, Fayard, París, 2004.
- KAPLAN, Lawrence F., y William KRISTOL, *Notre route commence à Bagdad, par les faucons de la Maison-Blanche*, Saint-Simon, París, 2003.
- LABANCA, Nicola, coord., *Informazione di guerra, informazione in guerra*, Patagon Editori Toscani, Siena, 2004.
- LAPHAM, Lewis, *L'Amérique bâillonnée*, Saint-Simon, París, 2004.
- LAURENT, Éric, *Le Monde secret de Bush. La religion, les affaires, les réseaux occultes*, Plon, París, 2003.
- , *La Guerre des Bush*, Plon, París, 2003.
- , *La Face cachée du 11 septembre*, Plon, París, 2004.
- LITS, Marc, *Du 11 septembre à la riposte. Les débuts d'une nouvelle guerre médiatique*, De Boeck, Bruselas, 2004.
- MANN, Michael, *L'Empire incohérent. Pourquoi l'Amérique n'a pas les moyens de ses ambitions*, Calman-Lévy, París, 2004.
- MESA, Manuela, y Mabel GONZÁLEZ BUSTELO, coords., *Irak y el desorden mundial*, Icaria, Barcelona, 2004.
- MICHEL, Serge, y Paolo WOODS, *American Chaos. Retour en Afghanistan et en Irak 2002-2004*, Seuil, París, 2004.
- RAMPTON, Sheldon, y John STAUBER, *Une arme de persuasion massive. De la propagande dans la guerre de Bush en Irak*, Le Pré aux Clercs, París, 2004.

- RANDAL, Jonathan, Oussama. *La fabrication d'un terroriste*, Albin Michel, París, 2004.
- REYMON, William, *Bushland (2002-2004)*, Flammarion, París, 2004.
- RITTER, Scott, *Frontier Justice: Weapons of Mass Destruction and the Bushwhacking of America*, Context Books, Nueva York, 2003; trad. fr. *Les Mensonges de George W. Bush*, Le serpent à plumes, París, 2003.
- ROSZAK, Theodore, *La Menace américaine*, Le Cherche-Midi, París, 2004.
- SCOWEN, Peter, *Le Livre noir des Etats-Unis*, Mango Document, París, 2004.
- SUSKIND, Ron, *The Price of Loyalty: George W. Bush, the White House and the Education of Paul O'Neill*, Simon and Schuster, Nueva York, 2004; trad. fr. *Le Roman noir de la Maison-Blanche, Les révélations de Paul O'Neill, ex-secrétaire d'Etat au Trésor*, Saint-Simon, París, 2004.
- TORTOSA, José María, *Democracia made in USA. Un modelo político en cuestión*, Icaria, Barcelona, 2004.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *Sortir du monde états-unien*, Liana Lévi, París, 2004.
- WILSON, Joseph, *The Politics of Truth. Inside the Lies That Led to War and Betrayed My Wife's CIA Identity. A Diplomat's Memoir*, Carrol and Graf Publishers, Nueva York, 2004.
- WOODWARD, Bob, *Bush at War*, Simon and Schuster, Nueva York, 2002; trad. fr. *Bush s'en va-t-en guerre*, Denoël, París, 2003.
- , *Plan of Attack*, Simon and Schuster, Nueva York, 2004; trad. fr. *Plan d'attaque*, Denoël, París, 2004.
- ZAYAS, Rodrigo de, *État d'exception permanent: la néorévolution américaine*, L'Esprit des péninsules, París, 2004.

Índice onomástico

- Abu Ghraib, torturas en la prisión de, 12 n., 119, 133, 136-140
- Acción Directa, de Francia, 99
- Afganistán, guerra de, 9 y n., 25-27, 81, 118, 132, 141, 144
- Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA), 42, 55, 58, 115
- Alaui, Iyad, 84, 151
- Alemania, 145; contraria a la intervención armada en Irak, 97, 128-129
- Alianza del Norte, de Afganistán, 9 n.
- Aliyev, Heydar, dictador de Azerbaiyán, 61-62
- American Enterprise Institute, 131
- Amin Dada, Idi, dictador de Uganda, 61
- Amnistía Internacional, 138
- Annan, Kofi, secretario general de las Naciones Unidas, 41
- Arabia Saudí, 109, 121
- Armitage, Richard L., 17, 73
- Ashcroft, John, secretario de Justicia, 141 y n.
- Atta, Mohamed, jefe de los comandos suicidas del 11 de septiembre, 28 y n.
- Aznar, José María, presidente del gobierno español, 76, 78-79, 129
- Azores, cumbre de las, 78-79
- Baer, Robert, oficial de la CIA, 85
- Bagdad, vandalismo tras la toma de, 125-127
- Banco Mundial, 130, 132-133
- Bangladesh, guerra de secesión con Pakistán, 100
- Baradei, Mohamed al-, director general de la AIEA, 68, 115
- Barroso, Durão, primer ministro portugués, 78-79
- BBC, 41
- Bechtel Group Inc., compañía de obras públicas, 49, 54, 63
- Bennet, senador, 32
- Berlusconi, Silvio, presidente italiano, 78, 129
- Biden, Joseph, senador demócrata, 35
- Bin Laden, Osama, 10, 11 n., 28, 44 n., 101 n., 106, 145
- Black, Cofer, jefe del Centro de Contraterosismo de la CIA, 139
- Black, Jeremy, especialista en el Irak antiguo de Oxford, 127
- Blair, Tony, primer ministro británico, 28, 32, 33, 37, 76, 77, 78, 129
- Blix, Hans, diplomático sueco, jefe del equipo de inspectores de la ONU, 41, 58, 68-69, 115
- Blunkett, David, ministro del Interior británico, 146
- Bochgrave, Arnaud de, director del *Washington Times*, 23
- Boeing, empresa aeronáutica, 62
- Bolton, John R., 22
- Bragg, Rick, periodista, 92 n.

- Brasil, guerra social en, 102-103
 Bremer, Paul, administrador de Irak, 122 n., 154 n.
 Bruckner, Pascal, 87
 Bruguière, Jean-Louis, juez antiterrorista francés, 45
 Bush, administración: manipulación de la opinión pública, 81-87; puesta en escena mediática y la, 79-81
 Bush, George Herbert Walker, presidente, 10, 15, 44, 53, 73
 Bush, George Walker, presidente, 17, 149; desprecio al derecho internacional, 112-113; discurso de la Unión de 28 de enero de 2003, 41-42; en la Asamblea General de la ONU, 29; planificación para atacar Irak, 9, 11, 13; sobre la tortura, 133
 teoría de la «guerra preventiva», 106-107, 113
 Butler, Richard, jefe de inspección de las Naciones Unidas en Irak, 17-18 y n.
 Byrd, Robert, senador demócrata, 52
 Cámara de Representantes, autorización de atacar a Irak, 40
 Campbell, Alistair, consejero de Blair, 81
 Card, Andrew, jefe de gabinete de Bush, 27, 36
 Carlson, Tucker, comentarista republicano, 144
 Carlucci, Franck, director adjunto de la CIA, 27
 Carter, James, presidente estadounidense, 50, 108
 Casey, William, 73 n.
 Cato Institute, 131
 Causa Justa, operación, de la invasión de Panamá, 118
 CBS, cadena, y las imágenes de Abu Ghraib, 136-137
 Center for Strategic and International Studies (CSIS), 13 n.
 Central Intelligence Agency (CIA), 12, 24, 30, 38, 40, 51, 54, 59, 66, 72, 90, 138, 144
 Chalabi, Ahmed, presidente del Congreso Nacional Iraquí, 75, 84 y n., 85-86
 Chang Kai-shek, general, 60
 Chapman, Steve, 144
 Cheney, Richard, vicepresidente estadounidense, 14 y n., 15-16, 19-20, 26-27, 30, 34, 77, 106, 117, 121; presidente de Halliburton, 59-60, 63; secretario de Estado de Defensa con Bush padre, 21, 60
 Chirac, Jacques, presidente francés, 115
 Chomsky, Noam, 155-156
 Church, Frank, senador, 34
 Clark, Wesley, general, comandante supremo de la OTAN, 13 y n.
 Clarke, Richard, jefe del antiterrorismo en la Casa Blanca, 12
 Clear Chanel Communications, cadena de radio, 82-83 y n.
 Clinton, Bill, presidente estadounidense, 10, 18 y n., 58
 CNN, cadena, 49, 82, 131, 144
 Cohen, William, secretario de Defensa con Clinton, 106
 Coll, Steve, redactor jefe del *Washington Post*, 85
 Comisión Internacional de Juristas, de la ONU, 112-113
 Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), 138
 Conferencia Internacional sobre la Financiación del Desarrollo (2003), 130
 Congreso estadounidense, autorización del uso de la fuerza contra Irak, 39-40
 Congreso Nacional Africano de Sudáfrica, 99
 Congreso Nacional Iraquí (CNI), 75, 84-85 y n., 88
 Comoción y Pavor, operación, 63
 Consejo de Seguridad de la ONU, 33, 36,

- 97; resolución «Petróleo por alimentos» (1995), 56; resolución 1441 del, 40-42; resolución 687 sobre el desarme de Irak (1991), 55; transgresión de la legalidad internacional de Estados Unidos y Gran Bretaña, 110-113
 Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, 10 y n., 11, 107
 Cook, Robin, dimisión del gobierno británico, 111
 Corea del Norte, 11 n., 156
 Coyle, Philip, adjunto del secretario de Defensa, 56
 Crouch, Jack D., 22
 Dao, Jaes, periodista, 87
 Dean, John W., consejero del presidente Nixon, 15, 30
 Deaver, Michael K., asistente de Nixon, 80, 88 n.
 Defense Intelligence Agency (DIA), 51
 Despratx, Michel, periodista, 54
 Diamond, Larry, profesor de Stanford, 154
 Dinamarca, vasallaje de, 120
 Dyncorp, empresa formadora de policías, 155
Economist, The, 131
 Eddington, Patrick, agente de la CIA, 69
 Egipto, 114 y n.
 Ekeus, Rolf, antiguo presidente de los inspectores en Irak, 57
 Endara, Guillermo, 118
 Enron, quiebra fraudulenta de, 130
 Erdogan, Recep Tayyip, líder turco, 101 n.
 Erinys, mercenarios reclutados por, 155
 España, 145; vasallaje de, 120
 Estados Unidos: ayudas a dictaduras, 60-61, 114 y n.; ayuda a la «Contra» nicaragüense, 73; bombardeos sobre Irak, 58; engaños históricos de, 70-74; geopolítica en Oriente Próximo, 121-122; Patriot Act, 141-142; transgresión de la legalidad internacional, 110-111; venta de armas químicas a Irak, 53-54
 ETA, organización terrorista, 99
 FBI, 28 n., 144
 Feith, Douglas J., 22
 Feith, Douglas, subsecretario de Estado de Defensa, 87
 Filipinas, dictadura en, 100; invasión estadounidense de, 124
Financial Times, The, 131
 Finkelkraut, Alain, 87
 Fluor Corp., 63
 Foch, Ferdinand, mariscal, 150
 Fondo Monetario Internacional (FMI), 130, 132
 Ford, Gerald, presidente estadounidense, 35
Foreign Affairs, revista, 17
 Foro Económico Mundial de Davos, 97
 Fox News, cadena, 81, 82
 Francia, legislación antiterrorista en, 145-147; contraria a la intervención armada en Irak, 97, 128-129
 Franks, Tommy, general en jefe del Mando Central de las Fuerzas Armadas, 10, 31, 36
 Frente de Liberación de Quebec, 99
 Frente de Liberación Nacional Corso (FLNC), 99
 Frente Islámico de Liberación Moro (FILM), 100
 Garner, general Jay, administrador en Bagdad, 63, 122 y n., 123-124
 General Dynamics, compañía de armas, 62
 Global Crossing, empresa, 64
 Global Risk, reclutación de mercenarios por, 155
 Gonzales, Alberto, secretario de Justicia, 141 n., 142-143
 Goodman, Met, agente de la CIA, 44
 Gore, Al, vicepresidente estadounidense, 107

- Groupe de Recherches et d'Informations sur la Paix et la Sécurité (GRIP), 56-57
- Guantánamo, detenidos en el penal de, 119, 133, 138-139, 141 n., 142-143
- guerra del Golfo, 31 n., 48 n., 55, 74
- Haig, Alexander, secretario de Estado, 50
- Halabja, matanza de kurdos en (1988), 52-53
- Halliburton, compañía de equipos petrolíferos, 59-60
- Hamdan, Salim Ahmed, chófer de Osama Bin Laden, 139 n.
- Haq, Zia ul-, general pakistaní, 60
- Harman, Jane, representante demócrata, 75
- Havel, Vaclav, 78
- Heritage Foundation, 131
- Hersch, Seymour, periodista, 35, 75, 137 y n.
- Hoagland, Jim, editorialista del *Washington Post*, 24
- Hoffman, Stanley, periodista, 14, 22
- Holland, Charles, general, 35
- Hugues, Karen, consejera de medios de comunicación, 81
- Hurriah Radio, emisora de radio clandestina, 88
- Husein, Sadam: derribo de la estatua de, 93; derrocar a, 30-33; detención de, 93-95; entrevista con Donald Rumsfeld (1983), 49-50; planes de atacar a, 10, 13, 18-19, 22, 24, 28; relación con al-Qaeda, 38, 44-45, 74-75, 77, 84, 92
- IRA, en Irlanda del Norte, 99
- Irak, guerra de: armas de destrucción masiva, 27, 29, 37-38, 41-42, 53-54, 56-58, 65, 68-70, 76-77, 92; ayudas internacionales para, 48; como un mosaico de pueblos y religiones, 152; decisión de atacar, 9, 38-39, 149; guerra contra Irán, 47-51; importancia del petróleo, 108-109; intentos de implicar a, 13-14, 19-20, 27
- Irak Survey Group, 68, 74
- Irán: Estados Unidos contra, 52-53, 108; guerra contra Irak, 47-51
- Irangate, escándalo del, 53, 73 y n.
- Iraqi Broadcasting Corporation, emisora de radio clandestina, 88
- Israel, 22, 52; amenaza de Irak contra, 38; torturas en, 144
- Italia, 145; vasallaje de, 120
- Jaulmes, Adrien, periodista francés, 134-135
- Johnson, Lyndon B., presidente estadounidense, 72
- Joint Intelligence Committee, 37
- Jomeini, ayatolá, 48, 108
- Kagan, Robert, fundador del Project for a New American Century, 17
- Karimov, Islam, dictador de Uzbekistán, 61, 141
- Karzai, Hamid, presidente de Irak, 9 n.
- Kay, David, inspector de la ONU, 68-70
- Kellog Brown and Root, filial de Halliburton, 63
- Kennedy, John F., presidente estadounidense, 72
- Kerry, John F., candidato presidencial demócrata, 13 n.
- King, Larry, periodista de la CNN, 90
- Kioto, protocolo de, 118
- Kouchner, Bernard, 87
- Kristol, William, jefe de gabinete del vicepresidente Quayle, 16-17
- Kurdistán iraquí, matanza por gases en el (1988), 52
- Kurtz, Howard, especialista en medios de comunicación, 85-86
- Kuwait, invasión iraquí de, 31 n., 48 n., 109
- Kwasniewski, líder polaco, 129

- Lando, Barry, periodista, 54
- Lang, Walter P., coronel, agente de la DIA, 51
- Lawrence Livermore, laboratorio, 65 y n.
- Lee, Barbara J., congresista demócrata, 25 n.
- Lelouche, Pierre, 87
- Libby, Lewis, jefe de gabinete de Cheney, 22, 27, 76
- Likud, 23
- Lockheed Martin, empresa aeronáutica, 62
- Lula da Silva, Luiz Inácio, presidente de Brasil, 103
- Lynch, Jessica, liberación de la soldado, 89-92
- McArthur, Douglas, general, 123
- McCarthy, Joseph, senador, 142
- McGovern, Ray, veterano de la CIA, 39
- McKinley, William, presidente estadounidense, 71
- Milhollin, Gary, experto en mercados de armamento, 54
- Miller, Judith, periodista, 83
- Millière, Guy, 87
- Mitterrand, François, presidente francés, 48
- Mobutu Sese Seko, dictador congoleño, 61
- Moore, Michael: *Fahrenheit 9/11*, 82
- MSNC, cadena de televisión, 82
- Mubarak, general Hosni, presidente egipcio, 60, 114 n.
- Mueller, Robert, director del FBI, 27
- Musharraf, Pervez, general golpista de Pakistán, 141
- My Lai, matanza de, en Vietnam, 137 n.
- Myers, Richard, jefe del Estado Mayor del ejército, 136-137
- National Intelligence Estimate (NIE), informe, 38-39
- NBC, cadena, 92 n.
- New York Times*, 53, 60, 83, 85-87
- Níger, compra de uranio de Irak a, 30, 37, 39, 42, 65-67
- Nixon, Richard, presidente estadounidense, 26
- Nordhaus, William, economista, 63
- North, Oliver, teniente coronel, 73 n.
- Northrop Grumman, empresa aeronáutica, 62
- O'Neill, Paul, secretario de Estado del Tesoro, 11
- O'Reilly, Bill, presentador de Fox News, 137
- Office of Economic Opportunity (OEO), 26
- Oficina de Influencia Estratégica, 87-89
- Oficina de Planes Especiales (OSP) del Pentágono, 75
- Olive, empresa reclutadora de mercenarios, 155
- 11 de septiembre de 2001, atentados del, 104, 111; como pretexto para atacar Irak, 11, 140; imágenes del, 93
- Organización de las Naciones Unidas (ONU), 29, 32, 120; Carta de las, 105, 113; inspectores de las, 37, 41, 43, 56-58
- Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), 110
- Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), 105, 132
- Organización Mundial del Comercio (OMC), 130, 133
- Oriente Próximo, conflictos en, 99-100
- Ottawa, tratado sobre las minas antipersona, 118
- Países Bajos, vasallaje de, 120
- Park Chung Lee, presidente coreano, 60-61
- Parsons Corp., 63
- Partido de la Justicia y el Desarrollo, en Turquía, 101 n.



- Perle, Richard, 17, 22, 64, 84 n., 117
 petróleo, como objeto de la invasión de Irak, 107-108
 Pfaff, William, 132
 Phoenix, plan, en la guerra de Vietnam, 34 n.
 Piastawa, Lori, soldado muerta en Irak, 89
 Pilger, John, especialista en medios de comunicación, 83
 Plame, Valerie, agente de la CIA, 67
 Poindexter, John, almirante, 73 n.
 Portugal, vasallaje de, 120
 Powell, Colin, secretario de Estado, 27, 30, 32-33, 97, 109; en el escándalo Irangate, 73 n.; intoxicación sobre las armas de destrucción masiva en el Consejo de Seguridad de la ONU, 42-45, 69-70, 76
 Project for a New American Century (PNAC), 17-18; *Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century*, 18
 Pulitzer, John, propietario del *World*, 71
 Qaeda, al-, 10, 11 n., 12-13, 19-20, 28, 74, 92, 101 n., 104, 132, 138, 144, 155
 Quayle, Dan, vicepresidente estadounidense, 16 n.
 Rahman, Omar Abdel, jeque, 24 n.
 Rather, Dan, productor de la CBS, 137
 Raytheon, compañía de armamento, 62, 63
 Reagan, Ronald, presidente estadounidense, 29 n., 48, 50, 52-53, 72-73
 Reino Unido: bombardeos sobre Irak, 58; legislación antiterrorista en el, 145-146; vasallaje del, 120
 Rendon, John W., 88
 Rendon Group, gabinete de comunicación, 88-89
 Rice, Condoleezza, consejera de Seguridad Nacional, 10 n., 11, 27, 47
 Rigoulot, Pierre, 87
 Ritter, Scott, antiguo jefe de los inspectores de las Naciones Unidas, 41, 57 y n., 65, 82
 Robertson, James, juez federal, 139 n.
 Roucaute, Yves, 87
 Rove, Karl, consejero de Bush, 67 y n.
 Roy, Oliver, director de investigaciones en el CNRS, 104
 Rumsfeld, Donald, secretario de Defensa, 10, 16-17, 21, 26-30, 34, 77, 87, 93, 117, 125, 127-128, 136 n., 144, 149; entrevista con Sadam Husein (1983), 49-50; en el escándalo Irangate, 73 n.
 Sadr, Moqtda al-, milicias de, 152
 Samir al-Ani, Ahmed Khalil Ibrahim, cónsul en Chequia, 28
 Sánchez, Gervasio, periodista del *Heraldo de Aragón*, 90 y n.
 Saud, dinastía de Arabia Saudí, 60
 Sawyer, Diane, periodista de ABC, 90
 Scheer, Robert, periodista de *Los Angeles Times*, 92
 Schmitt, Eric, periodista, 87
 Scowcroft, Bent, consejero de Seguridad nacional del presidente Bush padre, 44-45
 Searle and Co., GD, empresa farmacéutica, 49
 Senado estadounidense: autorización para atacar a Irak, 40; comisión de Asuntos Exteriores del, 32, 35;
 Shelton, general, jefe del Estado Mayor, 27
 Shinseki, general, 154
 Shulsky, Abram, director de la OSP, 75
 Shultz, George, secretario de Estado, 48, 49 y n., 73
 Silicio, Tami, empleada de Maytag Aircraft Corporation, 137 n.
 Sociedad de Naciones, 124
 Sri Lanka, atentados de los tigres tamiles en, 100

- Steele, Robert, antiguo oficial de la CIA, 13, 23
 Suecia, vasallaje de, 120
 Sullivan, Martin, consejero cultural de Bush, 127
 Sun Tse, pensador sobre la guerra, 151
 Tabuga, Antonio, general, 137, 138
 talibanes, régimen de los, 9 y n., 11 n., 132
 Tenet, George, director de la CIA, 12 y n., 27, 30, 43, 66, 76
 Thatcher, Gary, ex periodista, 94
Time, revista, 90
 Timor Oriental, invasión de, 100
 Toynbee, Arnold J., 9
 tratado de misiles antibalísticos (ABM), 118
 Tribunal Penal Internacional (TPI), 118, 145
 Trujillo, Rafael Leónidas, dictador dominicano, 61
 Turquía: crisis monetaria en, 130; rechazo al paso de tropas estadounidenses, 112; y los kurdos del norte de Irak, 109
 Unión Europea, 128, 131
 United Nations Monitoring, Verification and Inspection Commission (UNMOVIC), 58, 115
 United Nations Special Commission (UNSCOM), 18 n., 55, 57, 58
 United Technologies, compañía de armas, 62
USA Today, periódico, 28
Vanity Fair, revista, 76, 90
 Vaughn, Donald, vicepresidente de Halliburton, 60
 Veteran Intelligence Professionals for Sanity, 75
 Vietnam, guerra de, 72-73, 100, 112, 117, 150
 Vikan, Gary, consejero cultural de Bush, 127
 Villepin, Dominique de, ministro de Exteriores francés, 115, 129
 Vinell, empresa instructora del nuevo ejército iraquí, 155
Wall Street Journal, *The*, 45, 83, 131
Washington Post, 41, 83, 85, 133, 138
Weekly Standard, 16 n.
 Wéry, Michel, investigador del GRIP, 56-57
 Wilson, Joseph, diplomático, 30, 66-67
 Wilson, Thomas Woodrow, presidente estadounidense, 123 n.
 Wolfowitz, Paul, secretario adjunto de Defensa, 16, 17, 21-25, 34, 75-76, 85 n., 117
 Woodward, Bob, periodista, 23; *Plan of Attack*, 31
 Woolsey, James, director de la CIA, 17, 84 n., 107, 125
 Worden, Simon, general del aire, 87
 World Trade Center, atentado de 1993 al, 24 y n.
 Yafar, Yafar Dhia, jefe del programa nuclear de Irak, 59
 Zorro del Desierto, operación, 58

¿Qué ha pasado en Irak desde que la administración estadounidense decidió el ataque? ¿Quién diseñó la política de ocupación sin evaluar sus trágicas consecuencias? ¿Cómo se ha llegado a esta insostenible situación? Ignacio Ramonet, uno de los más lúcidos analistas contemporáneos, ofrece en estas páginas una valoración certera de la realidad política y militar de una zona devastada por un conflicto cuya solución no se perfila en el horizonte.

Con el rigor que caracteriza la obra de este reconocido especialista en geopolítica, el libro recapitula todos los aspectos relativos a la invasión de Irak —las discusiones en el seno de la administración estadounidense, los debates en las Naciones Unidas, las estrategias mediáticas y de propaganda, la ideología de los neoconservadores, las reuniones secretas de la cúpula dirigente o la «reconstrucción» del tejido industrial y petrolífero encomendado a empresas vinculadas al gobierno de George W. Bush—, reuniendo la información más valiosa y completa publicada hasta la fecha y pronosticando, a la luz del desarrollo de los acontecimientos, un futuro incierto para la región.

Qué lejano está el tiempo en que los «halcones» del Pentágono anunciaban que las fuerzas de invasión serían recibidas como libertadoras... Este enorme error de análisis se encuentra en el origen del actual atolladero. Ebrios de poder, los ideólogos de Washington tenían prisa por utilizar la temible maquinaria de guerra estadounidense para realizar su sueño delirante de «rediseñar Oriente Próximo». Ahora todo se vuelve contra ellos.

IGNACIO RAMONET



Sig.: 316.32 RAM ira
Tít.: Irak, historia de un desastr
Aut.: Ramonet, Ignacio
Cód.: 1057944

